

# VIDAS DE ROMANOS



Dorothy Harrer

*O Roma nobilis, orbis et domina,  
Cunctarum urbium excellentissima,  
Roseo martyrum sanguine rubea,  
Albis et virginum liliis candida,  
Salutem dicimus tibi per omnia.  
Te benedicimus: salve per saecula.*

O Roma noble, señora del mundo,  
la más excelsa de todas las ciudades,  
enrojecida por la sangre de los mártires,  
blanqueada por los blancos lirios de las vírgenes:  
salud, te decimos a ti por siempre,  
te bendecimos: salve por los siglos.

– Anónimo  
Anuncio del siglo IX

# Vidas de Romanos

por

Dorothy Harrer

*Impreso con apoyo del Fondo para el Currículo Waldorf*

Publicado por:  
Publicaciones Waldorf  
Instituto de Investigación para la Educación Waldorf  
38 Main Street  
Chatham, Nueva York 12037

Título: *Vidas de romanos*

Autor: Dorothy Harrer

Revisión: Meg Gorman

Formación y diseño: Ann Erwin

Imágenes: Wikipedia Commons

ISBN #978-1-936367-70-2

© 2015 Waldorf Publications

# Índice

## PUNTO DE INICIO

Palabras de Rudolf Steiner . . . . .	8
Eneas. . . . .	9
Líneas de <i>La Eneida</i> de Virgilio . . . . .	14
“La fundación de Roma”, obra de teatro . . . . .	16

## LOS SIETE REYES

Rómulo . . . . .	21
Numa Pompilio . . . . .	23
Tulio Hostilio. . . . .	26
Anco Marcio . . . . .	29
Lucio Tarquinio Prisco . . . . .	30
Servio Tulio. . . . .	31
Lucio Tarquinio el soberbio . . . . .	33

## HÉROES DE LA REPÚBLICA

Horacio Cocles . . . . .	36
Cayo Mucio . . . . .	38
M. Curcio. . . . .	39
Camilo. . . . .	40
Todos los caminos llevan a Roma . . . . .	42

Proverbios latinos . . . . .	45
Cómo Roma gobernaba Italia . . . . .	46
Roma y Cartago. . . . .	47
Amílcar y Aníbal	
Quinto Fabio Máximo	
Publio Escipión	
Marco Porcio Catón . . . . .	54
El circo romano. . . . .	57
Los Gracchi. . . . .	58
Mario y Sila . . . . .	59
El primer triunvirato: Pompeyo, Craso , César. . . . .	66
Julio César . . . . .	67
César Augusto . . . . .	76
César Tiberio. . . . .	80

## LA SITUACIÓN DEL MUNDO AL NACIMIENTO DE JESÚS

Un Mesías anunciado . . . . .	86
Historias de la vida de Cristo . . . . .	86
El credo de los apóstoles. . . . .	95

## TIEMPOS DE CAMBIO

Calígula . . . . .	97
Claudio I . . . . .	99
El “Divino” Nerón . . . . .	99
San Pedro y San Pablo . . . . .	101

Sucesores de Nerón. . . . .	107
Vespasiano, Tito, Domiciano	
Nerva, Trajano, Adriano	
Antonino Pío	
Marco Aurelio . . . . .	109
Los emperadores soldados . . . . .	110
Cómodo, Pertinax, Juliano	
Septimio Severo	
Caracalla	
Dioleciano, Maximiano	
Dos Césares más, Constancio	
Constancio el Grande . . . . .	112
La decadencia de Roma . . . . .	113
Nuevos líderes cristianos . . . . .	114
Juliano el apóstata . . . . .	115
LOS BÁRBAROS . . . . .	118
Teodosio . . . . .	121
“El duodécimo buitres ha concluido su vuelo” . . . . .	122
BIBLIOGRAFÍA . . . . .	125

Aquí, pues, tenemos la civilización de la personalidad.  
Éste es el momento en que el ser humano desarrolla la personalidad:  
bajo la influencia de la cultura romana, y que se extiende más allá,  
hacia las tierras de Occidente. Con Roma comienza el periodo con el que  
el ser humano actual puede sentirse relacionado. La humanidad actual  
se construye sobre la personalidad individual.

– Rudolf Steiner  
“On the Meaning of Life”  
Copenhagen, May 23, 1912

# Eneas

La narración favorita de Alejandro Magno fue *La Ilíada*, una larga canción o poema recitado por primera vez por Homero y transmitido de manera verbal durante generaciones. Tiempo después, pasó a letra escrita y por eso podemos leerlo ahora. Hay otra historia que fue transmitida igualmente de manera verbal, y, como se trata de la historia de la fundación de Roma, Virgilio, un poeta romano, la fijó con su pluma. Esta historia nos es conocida como *La Eneida*. Es la historia de Eneas, el yerno de Príamo, rey de Troya. El rey Príamo tenía una bella hija, Creusa, que se casó con el príncipe Eneas, hijo de Venus (Afrodita) y un mortal, Anquises. Fue voluntad divina que Troya fuera destruida, aun siendo una ciudad sagrada: la sagrada Ilión. Los dioses participaron en la guerra y entre los héroes había hijos de dioses y de diosas.

Una historia narra el encuentro, en batalla, de Eneas y Aquiles, héroe griego, hijo de Peleo y Tetis. En el curso de la batalla, ocurrida en la llanura en que se levantaban los muros de Troya, Aquiles se lanzó en busca de Héctor, noble hijo de Príamo. El dios Apolo, partidario de Eneas, lo alentó a pelear contra Aquiles: “Tú también eres hijo de diosa, y tu madre es más grande que la suya, quien es tan solo una hija del mar. Lánzate de frente, tu espada por delante, y no permitas que sus amenazas te infundan miedo”.

Entonces Eneas encaró a Aquiles, quien dijo: “¿Peleaste conmigo porque esperabas reinar sobre el pueblo de Troya? No encontrarás allanado el camino para eso.”

Eneas contestó: “No creas que tus palabras me infunden miedo, hijo de Peleo, puesto que yo también soy hijo de una diosa. Pongámonos a prueba.”

Eneas aprestó su lanza y dio con ella un horrrisono golpe en el escudo de Aquiles; sin embargo, no lo atravesó. Aquiles proyectó su lanza y penetró con ella el escudo de Eneas, que salió ileso del embate. Aquiles desenvainó su espada y se lanzó contra Eneas. Eneas tomó una piedra de buen tamaño para lanzarla contra Aquiles. Cuando Aquiles comenzó a cercar a Eneas, los dioses intervinieron en la batalla, pues no era su voluntad que Eneas muriera. Él y

sus futuros hijos estaban destinados a gobernar sobre los hombres de Troya en los años por venir.

Neptuno (Poseidón), el dios del mar, elevó a Eneas por encima de los hombres que peleaban en la batalla. Antes, sacó la lanza de Aquiles del escudo de Eneas y la colocó a los pies de su dueño.

Aquiles gritó asombrado: “¡Soy testigo de una maravilla! Mi espada descansa a mis pies, mas no así el hombre que buscaba yo matar. Verdad es que Eneas es favorecido por los dioses”.

Los griegos entraron a Troya, y mientras encendían la ciudad y mataban troyanos a diestra y siniestra, el príncipe Eneas dormía en su palacio, ignorante de la derrota. El fantasma de Héctor se le apareció en su sueño y le aconsejó que huyera con su familia a una tierra distante. A mitad del sueño, Eneas despertó debido al estruendo de la batalla. Se levantó de un saltó, tomó su espada y su lanza, y, avanzando rápidamente por el palacio del Rey, llegó hasta donde Príamo, completamente ataviado ya para entrar a la batalla. Justo entonces, el hijo de Aquiles cayó sobre el Rey y lo mató.

Eneas se abrió paso a la fuerza por entre los héroes enemigos para salvar a su padre, Anquises, a Creusa, su esposa, y a su pequeño hijo, Iulo. En un pasillo vacío se topó con Helena, la causa del derramamiento de sangre. En un ataque de ira, estuvo a punto de matarla, cuando, repentinamente, apareció Venus, quien contuvo las manos del inflamado héroe, al tiempo que decía: “Recuerda, los dioses mismos habían decretado, desde hace mucho tiempo, que Troya debía caer. Helena fue elegida como el motivo de este mundo para que los griegos avanzaran sobre los troyanos.” Acto seguido, Venus develó a los ojos de Eneas la pelea entre Poseidón, Hera e incluso Zeus, y el derrumbe de los muros de Troya bajo los golpes de los dioses. Inmediatamente después, puso en camino a su hijo para que huyera de Troya a una tierra distinta. Eneas recordó el sueño del fantasma de Héctor y quedó convencido de lo que Venus le dijo.

Encontró a su padre, el anciano Anquises, mas no fue fácil persuadirlo. El viejo quería morir peleando, pero vio en ese momento al pequeño hijo de Eneas jugando en el suelo del palacio, como si nada estuviera pasando. Encima de la cabeza del niño flotaba una llama brillante. Esto era un presagio de que Anquises debía seguir a Eneas y de que sus descendientes prosperarían en otras tierras.



*Eneas huyendo de Troya*, Pompeo Batoni, Galería Sabauda Gallery, Turín, Italia, 1753

Así, tomaron camino. Eneas llevaba a Iulo de la mano y a Anquises en su espalda. Creusa lo seguía atrás. Una vez que salieron de Troya, Eneas vio que muchos lo seguían; muchos, menos su esposa. Eneas comenzó a desandar el camino con la intención de encontrarla. Había andado unos pasos cuando la sombra de Creusa se le apareció: la habían asesinado. Con gran solemnidad, ella le rogó a Eneas dirigirse al oeste, donde, en la ribera del Tíber, encontraría a una joven doncella que lo reconfortaría.

Así fue como Eneas y sus seguidores se alejaron de Troya por mar, en busca de nuevas tierras donde asentarse. Navegaron hacia el oeste hasta llegar a una de las islas del Egeo, la isla de Delos. Ahí desembarcaron y se dirigieron al templo de Apolo, donde consultaron al oráculo sobre adónde debían llegar finalmente. El oráculo les indicó buscar en el Occidente la tierra de la que habían partido sus ancestros.

Eneas no sabía dónde estaba esta tierra, hasta una noche en que tuvo una visión. Uno de sus dioses se le apareció y lo conminó a buscar la tierra

de Hesperia. Eneas comentó a Anquises su visión y éste recordó una olvidada profecía que decía que sus descendientes encontrarían un hogar en el lugar del que había venido a Troya su primer ancestro, Dardano.

Así que navegaron durante días y días hacia el oeste y tuvieron tantas aventuras y adversidades como las tuvo Ulises. Pasaron frente a la tierra de los Cíclopes y rescataron a uno de los marineros de Ulises —que había sido olvidado por sus compañeros— de abajo de la nariz de Polifemo, quien había bajado a la playa. Los troyanos se alejaron de él, remando con celeridad. Rodearon a remo una isla grande, Sicilia, para evitar a Escila y Caribdis. Sufrieron la embestida de una enorme tormenta causada por Eolo, persuadido por Hera (Juno), razón por la cual perdieron todos sus barcos, salvo siete, cuando Poseidón (Neptuno) alejó al viento de ahí y calmó las aguas. Pasaron un año en la corte de la Reina Dido, en la hermosa ciudad de Cartago. Por fin, después de muchas aventuras más, en una de las cuales Anquises murió, Eneas navegó hacia el norte y divisó la costa de Hesperia, es decir, Italia.

Había pasado un año desde la muerte de Anquises, cuando se le apareció a Eneas y le ordenó ir a Cumas, ciudad griega, para consultar al oráculo local, que vivía en una cueva en la playa. La sacerdotisa se llamaba Sibila. La Sibila de Cumas era una sabia anciana, la profetisa más importante en Italia. A través de su voz, los dioses hablaban sus mensajes y profecías. Anquises le dijo a Eneas que pidiera a la anciana ser guiado por el mundo donde moran los muertos y donde se entremezclan con aquellos que buscan nacer en la Tierra. Ahí, dijo Anquises, podría hablar con Eneas más a sus anchas y darle más detalles sobre qué hacer y dónde asentarse.

Cuando Eneas fue a donde la Sibila y le pidió lo introdujera y lo guiara en el Hades, ella contestó que accedería a ello si Eneas le traía una rama dorada que crecía en cierto árbol, en un oscuro bosque. Eneas oró pidiendo ayuda, y Venus, su madre, envió dos palomas, blancas como la nieve, que lo guiarían al árbol donde crecía la susodicha rama.

Una vez que entregó la rama dorada a la Sibila, ella gustosa lo condujo hasta el Hades. Ahí, Eneas se encontró con su padre, quien le dijo exactamente a dónde ir y qué hacer. Además, Anquises le hizo saber que entre las almas no nacidas y que esperaban su momento para renacer en la Tierra, había algunas que serían los descendientes de Eneas en el futuro. Detalló a Eneas lo que cada uno de ellos lograría en la vida y los llamó por sus nombres: Rómulo, Camilo,

Tiberio, Cayo Graco, Julio César, entre otros. De regreso en el mundo de los vivos, traído de vuelta por la Sibila, Eneas sabía qué señales seguir.

Cuando navegaban a lo largo de la costa, encontraron la desembocadura del río Tíber. Desembarcaron, tomaron sus pertenencias y se prepararon para sacrificar una cerda blanca, pero el animal se soltó y huyó de los sacerdotes. Eneas salió tras ella ya que Anquises le había dicho que una bestia de cuatro patas lo guiaría hasta el punto en el que debería construir la ciudad. La cerda siguió corriendo hasta llegar a una colina, a dos millas de la playa. Ahí, la cerda blanca se echó y parió treinta crías. Eneas miró hacia el suelo y notó que era arenoso y yermo, y dudó de lo que debía hacer. Entonces escuchó una voz que dijo: “Los treinta marranitos son treinta años. Pasados los treinta años, tus descendientes dejarán esta tierra para ir a una mejor. Mientras tanto, obedece a los dioses y construye tu ciudad en este lugar, donde te aconsejaron hacerlo.” Así fue como los troyanos construyeron su ciudad en ese lugar.

Esta tierra pertenecía a campesinos y granjeros. Su rey se llamaba Latino; era amigable con los troyanos y les dio tierras, pero pronto los troyanos pelearon con la gente del lugar y la pelea devino en guerra, que Eneas ganó. Entonces se casó con la hija de Latino, cuyo nombre era Lavinia. Eneas y Latino gobernaron juntos el lugar. La gente de ahí recibió el gentilicio de ‘latinos’ y al lugar se le llamó Lacio. Cuando Eneas murió, la gente construyó un altar para él y lo adoró como a un dios, al que llamaron Júpiter Indígena, que significa “el dios oriundo de esta tierra”.

Transcurridos treinta años, Iulo, hijo de Eneas, construyó una ciudad en la ladera de una gran montaña a cuyo pie había un lago. Era una ciudad larga y estrecha dado que estaba ubicada en una pronunciada pendiente. Su fundador la nombró Alba Longa, que significa la ciudad larga y blanca; blanca por el presagio que había sido la cerda blanca.

A lo largo de trescientos años, once reyes gobernaron Alba Longa. El último de estos reyes fue Proca. Cuando Proca muere, sus dos hijos, Númitor y Amulio, se hicieron enemigos entre sí. Amulio vence a Númitor y le quita el trono. Para evitar que los hijos de Númitor lo recuperaran, Amulio manda matar al hijo y envió a la hija a un templo para que se hiciera vestal (sacerdotisa); pero Marte, dios de la guerra, se enamoró de ella y le dio dos hijos, que pelearían entre ellos a causa del asentamiento fundado por Eneas.

## LÍNEAS EXTRAÍDAS DE LA *ENEIDA* DE VIRGILIO

*Arma virumque cano, Troiae qui primus ab oris  
Italiam fato profugus Laviniaque venit  
Litora, multum ille et terris iactatus et alto  
Vi superum, saevae memorem Iunonis ob iram,  
Multa quoque et bello passus, dum conderet urbem  
Inferretque deos Latio, genus unde Latinum  
Albanique patres atque altae moenia Romae.*

Canto las empresas bélicas, canto al héroe que,  
prófugo por disposición del hado, fue el primero en llegar,  
desde las costas de Troya, a Italia, a las riberas de Lavinio.  
Largo tiempo fue juguete por tierra y por mar del poder divino,  
a causa del pertinaz rencor de la implacable Juno.  
Mucho hubo de sufrir también en guerras, hasta que  
fundó una ciudad y estableció sus dioses en el Lacio,  
de donde provienen la raza latina,  
los padres albanos y los muros de la excelsa Roma.

## CREUSA SE DESPIDE DE ENEAS

*Quid tantum insano iuvat indulgere dolori,  
O dulcis coniunx? Non haec sine numine diuom  
Eveniunt nec te hinc comitem asportare Creusam  
Fas, aut ille sinit superi regnator Olympi.  
Longa tibi exsilia, et vastum maris aequor arandum:  
Et terram Hesperiam venies, ubi Lydius arva  
Interropima virum leni fluit agmine Thybris;  
Illic res laetae regnumque et regia coniunx  
Parta tibi; lacrimas dilectae pelle Creusae.  
Tamque vale, et nati seruo communis amorem.*

¿De qué sirve abandonarse a tan loco dolor, querido esposo?  
No suceden estas cosas sin permiso de los dioses.  
No te es dado llevarte de aquí como compañera a Creusa,  
ni el que reina en el alto Olimpo lo permite.  
Largo destierro te espera y vasta superficie de mar has de surcar.  
Llegarás a la tierra de Hesperia, donde el lidio Tíber fluye  
con mansa corriente entre fértiles campos. Allí te están  
reservados prósperos sucesos, un reino y una esposa real.  
Deja de llorar a tu querida Creusa [...]  
Adiós ya, y no dejes de amar a nuestro común hijo.

# La fundación de Roma

(Compilación de obras teatrales escritas por estudiantes de sexto grado)

## Personajes:

Marcio	}	dos soldados
Metelo		
Rómulo	}	nietos del rey Númitor
Remo		
Marcelo		vendedor de fruta
Marco		su hijo pequeño
Casio		mercader de vino
Servio	}	dos pastores
Publio		

*Escenario:* Un camino en la llanura entre los montes Aventino y Palatino, en el que hay un manantial o fuente de agua. Conforme se abre el telón, aparecen en escena, uno de cada lado del escenario, Marcio y Metelo, para encontrarse en el centro.

Marcio: ¿Qué hay, Metelo? ¿Has escuchado las nuevas?

Metelo: No, ¡cuéntamelas!

Marcio: ¡Los dos nietos de Númitor ya están de vuelta!

Metelo: ¿Cómo dio Númitor con ellos?

Marcio: ¡Por una pelea entre pastores! Los pastores de Númitor sorprendieron a un pastor, Remo, con las ovejas de Fáustulo en los prados de Númitor, en la ladera del monte Aventino, y lo llevaron frente a su patrón. Después, Fáustulo compareció ante el rey, junto con Rómulo, el gemelo de Remo, para pedir perdón. Entonces, Númitor tras cuestionar a Fáustulo, supo que los gemelos son los mismísimos hijos de Rhea Silvia, la hija de Númitor.

Metelo: ¿Qué resultará de todo esto? Se dijo que Amulio asesinó sin reparos a los hijos de su hermano. ¿Sabe que han sobrevivido?

Marcio: ¡Que si lo sabe! No bien los gemelos se enteraron de dónde venían, regresaron a Alba Longa y sin pérdida de tiempo se presentaron ante el trono, desde el que Amulio da audiencia.

Metelo: ¿Qué dijeron ellos en ese momento? ¿Fueron sometidos y encadenados para esperar su sentencia, o se les ha aparecido su madre, venida desde el inframundo, reino de Plutón?

Marcio: Amulio tuvo tiempo de ponerse de pie, pero no de hablar, antes de que los hermanos lo llamaran a morir como pago por el crimen cometido contra su madre y por lo tanto, ahí acabaron con él. Una vez hecho esto, reclamaron el trono nuevamente para Númitor.

*(Se escucha una voz desde fuera del escenario)*

Rómulo: Ahora que nuestro abuelo, el rey Númitor, ha recuperado el trono, quiere que vivamos con él en Alba Longa.

Marcio: Aquí vienen los gemelos. Démosles el paso y escuchemos lo que tienen que decir.

*(Los dos soldados caminan hacia la parte trasera central del escenario, a un lado del manantial.)*

*(Entran Rómulo y Remo.)*

Rómulo: Yo preferiría construir una ciudad para mí y darle mi nombre.

Remo: Justo eso me gustaría hacer, hermano.

Rómulo: Y será construida en el monte Palatino ya que fuimos criados ahí. Los dioses se ofenderían muchísimo si no construyésemos la ciudad en ese lugar.

Remo: No, hermano Rómulo, ¿acaso no puedes ver que deberíamos construir la ciudad en el monte Aventino? Ahí, los pastos son abundantes y frescos; nuestros rebaños pastarán satisfechos y la ciudad tendrá buenos cimientos.

Rómulo: Como quieras, hermano. Ahí tienes el monte Aventino.

*(Señalando hacia la izquierda, Rómulo sale a la derecha. Remo gira y sale hacia la izquierda.)*

Metelo: *(caminando hacia arriba del escenario)* Espero que los dioses favorezcan a Remo. Su elección ha sido sabia, sin duda. Tiene en mí un seguidor. *(Metelo sale hacia la izquierda.)*

Marcio: No, yo seguiré a Rómulo. Es sabio en él recordar su lugar de crianza *(Sale a la derecha.)*

*(Marcelo, el vendedor de fruta, entra desde el lado derecho, con su hijo, mientras Casio, el mercader de vino, entra por el lado izquierdo.)*

Casio: Saludos, viejo amigo. ¿Qué nuevas tienes desde la última vez que nos saludamos?

Marcelo: ¿Has escuchado que Rómulo y Remo, nietos del rey, construirán una nueva ciudad?

Casio: No, no sabía eso, ¿y dónde levantarán esa ciudad?

Marcelo: Remo opina que en el monte Aventino, pero Rómulo ha elegido el monte Palatino, ya que ahí fueron criados por el pastor Fáustulo.

Marco: Si son nietos de un rey, ¿por qué fueron criados por un pastor?

Marcelo: Porque Faústulo los encontró cuando eran bebés, en la madriguera de una loba, cerca de la orilla del río Tíber.

Marco: ¿Bebés en la madriguera de una loba?

Marcelo: Se dice que Amulio los arrojó a las aguas del río porque, como nietos de un rey con derecho, podrían crecer y exigirle el trono. La loba los rescató y los cuidó hasta que Faústulo los encontró y los tomó bajo su cuidado.

Casio: Ambos jóvenes son líderes, al menos lo eran entre los pastores de Faústulo. No será fácil para ninguno ceder ante los deseos del otro.

Marcelo: Se rumora que el rey Númeron les ha ordenado estar atentos a las revelaciones del cielo, como observar el vuelo de las aves, y dejar así que los dioses decidan el desenlace de su diferencia.

*(Servio y Publio entran.)*

Servio: Ahí está Rómulo, héroe del pueblo.

*(Rómulo aparece a la derecha, acompañado por Marcio y otros. Otean el cielo.)*

Publio: Ahí viene Remo, que pronto será nuestro rey.

*(Señala a la izquierda al tiempo que Remo aparece acompañado por Metelo y otros. También ellos otean los cielos.)*

Servio: Los modos de los dioses pueden ser extraños. Los gemelos siempre han estado juntos y ahora, dado que solo uno puede ser rey, ha tomado cada uno su camino.

Publio: Cierto, cada uno busca una señal del cielo: Remo del monte Aventino y Rómulo del monte Palatino.

Remo: *(corriendo hacia Rómulo)* He visto seis buitres sobrevolando el monte Aventino. Esa es la señal de los dioses para construir ahí la ciudad.

Rómulo: ¡Doce buitres están sobrevolando el monte Palatino!

*(Toda la gente corre hacia Rómulo al tiempo que grita.)*

La gente: ¡Es para Rómulo el vaticinio!

Rómulo: *(empuñando su pala)* Aquí comenzaré el muro que resguardará mi ciudad. Mantendrá a raya a todos mis enemigos.

Remo: *(se aproxima y se ríe)* Tal vez evite que un niño entre, pero tus enemigos brincarán ese muro ¡así! *(Y brinca por encima del muro invisible y se ríe otra vez.)*

*(Rómulo golpea a Remo con su pala y Remo cae. Metelo se inclina sobre el caído y lo toca. Se incorpora.)*

Metelo: Has asesinado a tu hermano. Remo está muerto.

Rómulo: Eso le sucederá a cualquier hombre que se atreva a brincar por encima de mi muro.

TELÓN

# Los siete reyes de Roma

AMOR significa AMOR  
ROMA significa PODER

El 21 de abril de 753 aC, Rómulo, el poderoso, fundó su ciudad después de asesinar a su hermano Remo, y se convirtió en el dirigente del nuevo reino. Durante los trescientos años siguientes, Roma fue gobernada por reyes; Rómulo fue el primero de siete.



Los sucesos que ocurrieron durante ese largo tiempo se escribieron cientos de años después, a partir de historias y leyendas transmitidas oralmente. Por ello, ese periodo es llamado “un tiempo legendario”. En esas historias, a pesar de serlo, tenemos una imagen real y certera del espíritu de Roma, que era muy diferente del espíritu de Grecia.

¿Qué pasaba en el resto del mundo durante estos trescientos años en que gobernaron consecutivamente siete reyes?

- » Los asirios domeñaron la tierra entre dos ríos.
- » Los hebreos fueron llevados a Babilonia cautivos.
- » Los persas conquistaron Nínive y Egipto y sometieron al rey Croeso en Lidia, con lo que se estableció el gran imperio persa.
- » Solón se convirtió en el dador de la ley en Atenas.
- » Tales de Mileto predijo un eclipse de sol.
- » Pitágoras fundó su escuela.

Durante el tiempo en que Rómulo gobernó Roma, había en Israel, entre los judíos, un profeta llamado Isaías, quien predijo un suceso mundial muy importante: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y la soberanía reposará sobre su hombro; y será llamado Admirable Consejero, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz.”

## RÓMULO

Rómulo era hijo de Marte (Ares), dios de la guerra, y fue una loba, bestia cazadora, quien lo crió. Después de su fundación, Roma llegó a ser una ciudad de 3000 hombres, quienes, como súbditos de Rómulo, eran llamados romanos. Todos estaban armados y no había mujeres. Con el fin de aumentar la población, Rómulo invitó a todo tipo de fugitivos a ser ciudadanos de Roma.



Estatua etrusca de bronce de Romulus y Remus siendo amamantado por una loba, Museo Capitolino, Roma

El muro que rodeaba la ciudad era sagrado; no así las puertas. Dentro de los muros, las casas rodeaban el Foro, un lugar donde los romanos se reunían y donde se conservaban los lugares de culto, como el Lupercal o santuario de los lobos; el Vediovis o santuario de Júpiter; una higuera sagrada, la choza de Rómulo, la del pastor Fáustulo y el Mundus, una bóveda, donde se guardaba todo lo necesario de una casa y un puñado de la bienamada tierra natal. Estaba también el edificio (*curia salorium*) que albergaba los altares de cada uno de los curias.

Los primeros 3000 romanos, súbditos de Rómulo, fueron divididos en tres tribus (o clanes). Cada clan de 1000 hombres estaba dividido en 10 curias de 100 hombres cada una. Cada hombre representaba una casa y, pasado un tiempo, una familia. Como ciudadanos, los curias se reunían en asambleas, mientras el senado estaba conformado por 200 senadores elegidos equitativamente de los dos clanes más altos. Dentro de los muros de Roma, cada ciudadano tenía derecho a apelar a la asamblea, en caso de que el rey o sus jueces lo acusaran injustamente.

Conforme la población de Roma fue creciendo fuera de los tres clanes, se establecieron treinta clanes más, clasificados de acuerdo con la ubicación de su propiedad. Estos treinta clanes se reunían en su propia asamblea. Así, había dos asambleas paralelas: los curias, que se consideraban a sí mismos como *el* pueblo romano y que no permitían a los demás, llamados ‘los comunes’, participar en los actos más importantes de soberanía nacional. Solo en tiempos de guerra se unieron en un gran cuerpo. El rango de un hombre en el ejército era equivalente al cargo que ocupaba en el estado y dependía de su riqueza

y propiedad. En los primeros días, la clase gobernante peleaba a caballo, con armadura completa y armas. Sus dependientes peleaban a pie, pues la mayoría de ellos no podían hacerse de una armadura completa. Solo los hombres de los rangos más importantes debían estar completamente equipados. Los treinta clanes de los comunes eran paralelos a los treinta curias. Había tres *centurias* (3 x 100) de hombres a caballo en cada curia, lo que significaba seis centurias en tiempos de guerra. Así fue como Rómulo y sus seguidores modelaron Roma como un gran estado militar.

Otros clanes de los alrededores de Roma se oponían al crecimiento de la ciudad. Entre estos clanes estaban los Sabinos, que invadieron Roma, mas no solo fueron conquistados: las mujeres sabinas fueron capturadas y tomadas como esposas de los romanos. Roma conquistó nuevas tierras en la región y los pueblos conquistados pasaban a ser parte del régimen romano, como hombres libres, mas no como ciudadanos. Recibían el apelativo de ‘plebeyos’ y no se les permitía pertenecer a los clanes o curias romanos ni podían participar en el gobierno ni ser propietarios de tierras. No podían desposarse con miembros



*El rapto de las Sabinas*, Jacopo Ligozzi (1547–1627), óleo en lienzo, Instituto de las Artes de Detroit, 1605

de familias romanas. Entre los pueblos conquistados, estuvieron los latinos, a quienes se les dio el monte Aventino como lugar de asentamiento. No se les permitía vivir en Roma, pero recibían la protección de los romanos frente a enemigos extranjeros. Durante mucho tiempo, los plebeyos sirvieron como soldados a pie bajo las órdenes de los patricios, descendientes de los “Padres del Estado”.

Como primer rey, Rómulo gobernó Roma durante 38 años, hasta 715 aC. Por sus acciones, se le identifica como un guerrero que buscó el poder para sí mismo y su país. Llegó el momento en que quienes habían sido elegidos por Rómulo para ayudarlo en su gobierno, los 200 senadores, se rebelaron contra su tiranía y lo asesinaron. A la gente del pueblo le dijeron que los dioses lo habían elevado a los cielos. Sin embargo, los rumores no tardaron en correr, hasta que uno de los senadores de mayor edad, cuya palabra siempre había infundido respeto, se presentó ante la gente y anunció que Rómulo se le había aparecido con mayor estatura y belleza de la que le habían conocido en este mundo, y le había dicho: “Ve y dile a mi gente que no llore más por mí. Conmínalos a ser valientes y combativos, para que hagan de mi ciudad la más grande en el mundo”. Así la gente quedó convencida de que Rómulo se había convertido en un dios; fue adorado como el dios Quirino y le ofrecieron sacrificios.

## NUMA POMPILIO

Rómulo no dejó descendencia, por lo que durante el año que siguió a su muerte, Roma no tuvo rey. En Roma vivían ahora los romanos originales, que vivían en el monte Palatino, y los sabinos, que vivían en los montes Capitolino y Quirinal. Los senadores se turnaban para gobernar: diez hombres cada cinco días, dado que no se decidían a elegir a un romano o a un sabino como su nuevo rey. La gente comenzó a refunfuñar y a quejarse porque no tenían un rey que comandara sus ejércitos en caso de guerra contra grupos hostiles. Por fin, se decidió que el próximo rey debía ser un sabino, pero elegido por los romanos.

Sucedió que entre los sabinos había un hombre llamado Numa Pompilio, que se diferenciaba de Rómulo tanto como el día de la noche. Numa Pompilio llevaba una vida tranquila y pacífica, alejado de la gente, en un esfuerzo por aumentar su sabiduría. Era conocido como sabio, justo y piadoso; incluso se



*Ein Augur erklärt Numa Pompilius nach dem Orakel des Vogelfluges zum König, Bernard Rode (1725–1797), grabado, 1768*

decía que había sido estudiante de Pitágoras, el gran matemático y maestro griego. Los romanos lo eligieron para ser su rey ya que ellos se habían contagiado de la violencia y sed de sangre que había caracterizado al gobierno de Rómulo.

Embajadores de Roma fueron hasta donde vivía Numa, en su pacífica casa, en el campo, para pedirle que fuera rey, pero, para su sorpresa, Numa no aceptó de inmediato. Tuvieron que convencerlo. Sus propios paisanos le dijeron que debía aceptar, que era su deber, y añadieron: “Es dios mismo quien ahora clama tu sabiduría”. Entonces Numa aceptó bajo la condición de que debía recibir una señal de parte de los dioses, indicando que era voluntad divina que él fuera el rey.

Los romanos lo condujeron hasta el monte Capitolino, donde un sacerdote posó su mano en la cabeza de Numa y oró para que Júpiter (Zeus) enviara una señal de que Numa era el favorecido. Al pie y en las laderas del monte, la gente esperaba en silencio y con devoción. Al tiempo que escuchaban la plegaria del sacerdote, todos vieron aves surcando el cielo, y las aves siempre eran

consideradas como presagio divino. Frente a este augurio, Numa permitió que le fuera puesta sobre los hombros la capa real y bajó del monte para ser bienvenido por la gente, que lo aclamaba como su rey.

El espíritu de Rómulo había instado a la gente a ser valiente y combativa, pero Numa Pompilio era un hombre de paz. A lo largo de su reino, intentó mostrar a la gente que la paz, no la guerra, los haría grandes.

¿Cómo logró esto? Construyó un templo en honor a Jano, quien, según contaba la leyenda, en tiempos muy antiguos había sido un dios, entre varios, que bajó a la Tierra a gobernar como rey y que, como Osiris, había dedicado su vida a enseñar a los seres humanos a no dejarse llevar por lo brutal y salvaje, sino a vivir en sana convivencia, ayudándose los unos a los otros. Las puertas del templo a Jano permanecían cerradas en tiempos de paz, cuando la gente no necesitaba la ayuda del pacífico dios, y debían abrirse solo en tiempos de guerra, cuando la gente necesitara orar por la paz.

Como guardianes de la paz, Numa fortaleció entre la gente aquello que regía este deseo de paz: ciertas leyes y costumbres. Por ejemplo, enseñó a la gente que sus plegarias hacia los dioses debían ser dichas de manera seria y tranquila, sin prisas. Nombró a un hombre como sacerdote en jefe, el Pontífice Máximo, y le confirió la autoridad de regular la devoción y el nombramiento de los sacerdotes. Preparó a sacerdotisas que estarían en el Templo de Vesta, la diosa del hogar, y que estarían a cargo de velar porque el fuego sagrado de la ciudad nunca se extinguiera. Numa Pompilio fue el fundador de la religión en Roma.

Colocó a varios hombres en cargos, no como generales, sino como guardianes de la paz. Confeccionó una ley que impedía que los hombres tomaran las armas contra otros antes de que toda posibilidad de diálogo y de llegar a acuerdos por medios pacíficos hubiera sido agotada. Los guardianes de la paz debían evitar las disputas, debían evitar que avanzaran y lograr su solución sin pelear.

Numa creía que nada haría que un hombre deseara la paz como la vida en el campo, donde puede cultivar su propia parcela, de modo que dividió la tierra entre la gente para así asignar a cada hombre un pedazo de tierra.

Para mantener la paz entre los romanos y los sabinos, proclives a sentir envidia unos de otros y a pelear, formó agrupaciones, no de soldados, sino de

músicos, joyeros, carpinteros, tintoreros, zapateros, curtidores, latoneros, ceramistas, etcétera. Estas agrupaciones, o gremios, eran los lugares de reunión tanto para los romanos como para los sabinos, quienes ahora se veían como colegas músicos, joyeros, etcétera.

No sólo los romanos sintieron el espíritu de nobleza y de paz que je buscó irradiar Numa; también en las tierras y ciudades circunvecinas se sintió una especie de aire saludable y gentil que soplabá desde Roma; también en aquellas tierras las personas comenzaron a vivir en paz, arando la tierra, criando a sus hijos y adorando a sus dioses. En lugar de la guerra entre las ciudades, transcurrían visitas e intercambios; en lugar de celebraciones de victoria o de duelo por la derrota, había festejos para la siembra y la cosecha en los que todo se compartía entre todos. El amor de Numa por la bondad y la justicia parecía inundar toda Italia como si emanara de una fuente inagotable, y su espíritu sereno esparcía su calma por todas las tierras.

Numa vivió hasta los 80 años de edad, y murió, ya viejo, tan pacífica y gentilmente como había vivido. Todos los estados vecinos enviaron a sus embajadores para honrar su muerte durante su funeral.

Numa Pompilio debió haber gobernado Roma entre 714 y 671 aC. Tras su muerte, los senadores gobernaron Roma durante un tiempo, hasta que encontraron a un hombre al que eligieron como tercer rey de Roma.



Detalle de *La ninfa Egeria dictándole leyes a Numa Pompilio*, cuadro de Ulpiano Checa (1860–1916)



## TULIO HOSTILIO

Tulio Hostilio fue elegido por los senadores porque era romano y porque su abuelo había peleado al lado de Rómulo contra los sabinos.

Después de la muerte de Numa, el espíritu de paz se debilitó. La amistad que hasta entonces había entre los romanos y la gente de Alba Longa, en las colinas que circundaban Roma, dio paso a peleas. La gente comenzó a invadir las parcelas y jardines de sus vecinos y a robar los animales y la cosecha de otros.

Cuando el gobernante de los pobladores de Alba Longa se quejó con Tulio Hostilio, éste, como si fuera un niño pequeño, contestó: “¡Tú empezaste!”. Los ejércitos de ambos grupos, albanos y romanos, se prepararon para pelear. Mientras tanto, Tulio y el rey de Alba Longa acordaron que solo ciertos hombres participarían en la batalla y que el ganador, cualquiera que fuera, gobernaría sobre el otro grupo.

Así fue que los de Alba Longa enviaron a tres hermanos de una familia apellidada Curiatius a pelear contra tres hermanos de una familia romana apellidada Horatius. Ambas familias eran descendientes de Eneas.



*La victoire de Tullus Hostilius sur les forces de Veies et de Fidena*, Giusetta Cesari (1568–1640), Musée des Beaux-Arts de Caen, circa 1601

Los tres Curiatii eran tan valientes como los tres Horatii. Ante los ojos de los soldados romanos y albanos, los seis jóvenes guerreros rezumaban valor y devoción hacia sus pueblos y en ningún momento pensaron en que tenían un ancestro común. Ninguno mostró temor en ningún momento de la feroz batalla. Al final, dos romanos resultaron muertos a manos de los albanos, pero los tres Curiatii estaban gravemente heridos.

El Horatius sobreviviente sabía que no podía enfrenar a los tres Curiatii, pero sabía que estaban heridos. Diseñó un plan para ganar la pelea: fingió huir; heridos, cada uno de sus enemigos avanzaba a diferente velocidad respecto de los otros. Así, fue posible enfrenarlos uno a uno. El joven Horatius acabó con todos. Cuando el tercer hermano Curiatius, herido, exhausto e indefenso, llegó ante su contrincante romano, el joven Horatius gritó: “A dos ya he enviado a reunirse con las almas de mis hermanos. Ofreceré este tercero a Roma ya que los romanos gobernarán a los albanos”. Entonces, empujó su espada por la garganta del herido y lo despojó de su armadura y vestimenta.

En algún momento de la triunfal procesión de los romanos por la ciudad, la hermana de Horatius, Horatia, salió al encuentro de éste y vio que la vestimenta que cargaba era la que ella había hecho con sus manos para el joven Curiatius, a quien había amado y prometido desposar. Gritó de dolor y angustia. Sus lágrimas y sollozos dejaron perplejos a todos los que festejaban por lo alto la victoria de Horatius, quien sacó su espada y la descargó en el pecho de la desolada joven. “Así perecerá cualquier mujer romana que llore a un enemigo de su tierra”, gritó enfurecido Horatius.

Muchos hombres aborrecieron esta espantosa afrenta. El joven Horatius fue entonces juzgado frente a todo el pueblo, pero no fue condenado por dos razones: había conquistado a los enemigos de Roma, y el padre y la hermana de Curiatius consideraban que Horatia merecía la muerte.

Como lo habían acordado romanos y albanos, éstos eran ahora súbditos del estado romano; pero cuando Tulio Hostilio los convocó para ayudar a los romanos en otra guerra, el líder albano no atendió el llamado y no participaron en la contienda. Los romanos salieron victoriosos y Tulio buscó vengarse de los albanos y su líder.

Reunió a todos los albanos como si fuera a dirigirles unas palabras. Estando reunidos, los soldados romanos los rodearon en un apretado círculo, tan estrecho que no podían correr ni huir. Entonces el rey romano ordenó

que ataran al líder albano de pies y manos a dos carretas, que fueron tiradas en direcciones opuestas. El cuerpo del líder albano se partió en dos. Tulio Hostilio envió al ejército romano a Alba Longa a destruir por completo la ciudad. Después, ordenó a todos los albanos a mudarse al monte Celio, como ciudadanos romanos.

Tulio Hostilio era un rey muy combativo y declaró una nueva guerra a los sabinos. Tan ocupado estaba en hacer guerra tras guerra que olvidó servir a los dioses. Una horrible plaga cayó sobre los romanos. Incluso Tulio cayó presa de la enfermedad. Rogó a Júpiter su intervención y ayuda. La respuesta del dios fue un relámpago y un trueno que redujo a cenizas al rey y su casa.

Esta fue la señal divina para los romanos de que debían elegir a un nuevo rey que siguiera el ejemplo de Numa Pompilio. Así, eligieron al nieto de Tulio Hostilio.

## ANCO MARCIO

El nuevo rey inmediatamente hizo que se escribieran las normas religiosas y de paz legadas por Numa, en pizarras blancas que se pondrían por toda la ciudad, y decretó que todos debían observar dichas normas. Sin embargo, los sentimientos beligerantes de los romanos y de los pobladores de los reinos vecinos, sentimientos que se habían avivado tras la muerte de



Numa, condujeron a un nuevo conflicto. Los otros estados latinos atacaron a los romanos, pero fueron derrotados. Anco Marcio les dio el monte Aventino para asentarse y construir sus casas. Ahora Roma incluía:

- » el monte Palatino, habitado por los romanos originales
- » el monte Capitalino, donde vivían los sabinos
- » el monte Celio, que fue dado a los albanos
- » el monte Aventino, asignado a los latinos

Anco Marcio tomó el monte Janículo, del otro lado del Tíber, para evitar que





elegirlo como rey. Así, se hizo rey romano en 616 aC y gobernó durante 38 años.

Durante su reinado, hubo tres guerras por las que Roma conquistó muchas ciudades vecinas. Sin embargo, Tarquinio Prisco no era solo un guerrero, sino también un constructor. Mandó construir drenes entre los montes con el fin de desecar el suelo; impulsó la construcción del foro romano, que sirvió como sede del mercado, y del *Circus Maximus*, una pista de carreras construida entre los montes Palatino y Aventino. Él inició las carreras y juegos en esta pista y construyó un nuevo templo a los dioses en el monte Capitolino.



Wolfgang Sauber

Tarquinio tenía un esclavo llamado Servio Tulio. El nacimiento de Servio Tulio tenía un halo de misterio, pues se decía que era hijo de un dios. Servía bien al rey y se casó con la hija de éste. Los hijos de Anco Marcio, temerosos de que Tarquinio hiciera heredero del trono a Servio Tulio, tramaron matar a Tarquinio y quedarse con el trono; mas sucedió que dos pastores pelearon y apelaron al rey para que interviniera. Cuando el rey se iba aproximando a ellos, los pastores lo atacaron, lo golpearon hasta derribarlo y huyeron. Tarquinio murió, pero su esposa fingió que estaba herido solamente y anunció que la voluntad del rey era que Servio Tulio gobernara en nombre de Tarquinio hasta que éste recuperara la salud. Así fue como Servio comenzó a gobernar y la gente se fue acostumbrando a él. Después, cuando se anunció la muerte de Tarquinio Prisco, Servio Tulio siguió gobernando y los hijos de Anco Marcio huyeron de Roma y pasaron el resto de sus días en tierras extranjeras.



## SERVIO TULLIO

Servio Tulio fue un rey justo y bueno; amaba a la gente común, a los pobres e hizo leyes para protegerlos de los ricos; conquistó a los etruscos y les dio los montes Esquilino y Virminal, como la parte de la ciudad que podían habitar. Concluyó la construcción de un muro de la



Ernst Wilhelm Hildebrand

*Tullia en la carroza frente al Capitolino, fotografía, 1885*

ciudad, iniciado por Tarquinio y que rodeaba las siete colinas de Roma. Decretó que después de él, Roma ya no debería tener reyes, sino ser gobernada por dos hombres electos por el pueblo, cada año. Entonces se dispuso a preparar todo para ceder el reinado.

Servio tenía dos hijas. La mayor era cordial; la menor, perversa. Ambas se casaron con sendos hijos de Tarquinio. La hija de buen corazón se casó con el orgulloso y perverso Lucio, y la malvada se casó con Arún, hombre de naturaleza gentil. El mal no soportaba estar unido con el bien. Lucio asesinó a su mujer, en secreto, y Tullia, la hija menor, asesinó a Arún. Entonces hombre y mujer malvados se casaron.

Los nobles romanos odiaban a Servio Tulio, y Lucio tramó con ellos despojarlo del trono. Mandaron asesinarlo cuando caminaba de regreso a casa. Tullia arrolló con su carro el cuerpo de su padre e impulsó a Lucio Tarquinio el soberbio a ser rey de Roma. Servio fue rey durante 44 años.



## LUCIO TARQUINIO el soberbio

Tarquinio el soberbio se hizo del poder a la mala y lo usó perversamente. Mantuvo siempre una escolta de hombres armados en torno suyo y gobernó según su propia voluntad. Menospreciaba a los senadores, asesinaba a los que se quejaban de él y no reemplazaba con nuevos senadores a los que eliminaba. Canceló todas las leyes de buena voluntad de Servio y dejó que los ricos oprimieran a los pobres, a quienes utilizaba como esclavos para cavar drenes y construir templos. Era tan malvado con quienes esclavizaba, que mucha gente pobre se quitó la vida para librarse de esa miseria. En los días de Tarquinio el soberbio se era más feliz estando muerto que vivo.

Aunque prestaba poca atención a los dioses, Tarquinio destruyó los viejos templos de los sabinos, levantados en el monte Capitolino, y construyó nuevos. Durante las excavaciones de las obras, alguien encontró un cráneo humano y esto fue interpretado como una señal de que Roma sería la cabeza de todo el mundo. ¿Vaticinios? ¿Augurios? ¿Profecías? Los romanos de estos primeros tiempos buscaban continuamente este tipo de señales.

Un día, una anciana se presentó ante Tarquinio. Llevaba consigo nueve libros, que ofreció al rey por un cierto precio. La anciana era la Sibila de Cumas y decía que esos libros contenían oráculos y profecías que serían de gran valor para el rey de Roma. Éste consideró que el precio era muy alto, por lo que se rehusó a comprar los libros. La Sibila arrojó tres de los libros al fuego y ofreció los seis que quedaban por el doble del precio de los nueve. De nuevo, Tarquinio se rehusó a comprarlos, así que la



*Tarquinio el Soberbio*, Lawrence Alma-Tadema (1836–1912), óleo en panel, colección privada, 1867



*Brutus besando la tierra*, Giuseppe Crespi (1665–1747), Museo Nacional en Varsovia, 1725

Sibila arrojó otros tres al fuego y le ofreció los tres restantes al doble del precio anterior. Entonces, el rey temió no estar actuando sabiamente y compró los tres libros al precio que le pedía la Sibila. Los metió en un cofre de piedra, que estaba en un templo del monte Capitolino, y fueron resguardados por “los dos hombres de los libros sagrados”.

Un día, Tarquinio vio una serpiente en el altar del patio de su palacio dispuesta a devorar las ofrendas del altar. Como no supo interpretar qué significaba esto, envió a sus dos hijos y a un primo de sus hijos a Delfos, para averiguarlo con el Oráculo. El primo era Brutus, que significa tonto ingenioso, pues siempre había dado la apariencia de ser tonto. No lo era en realidad, pero fingía serlo porque era rico y temía que Tarquinio lo matara para quitarle su riqueza.

Brutus llevó un presente al Oráculo de Delfos y lo entregó como una deferencia en su nombre. Era un cuerno hueco lleno de oro, burdo por fuera, pero con un interior de gran valía. Después de que los tres transmitieron al Oráculo la pregunta del rey y recibieron la respuesta, los tres plantearon su propia pregunta: “¡Oh, dios Apolo! Dinos, ¿quién de nosotros llegará a ser rey de Roma?”

Entonces, una voz dijo: “Quien de ustedes bese primero a su madre”.

Los hijos de Tarquinio acordaron dejar al azar quién besaría a su madre primero cuando llegaran a casa. Brutus, en cambio, al salir del templo, fingiendo que se tropezaba, cayó de bruces y besó la tierra, diciendo: “La tierra es la verdadera madre de todos nosotros”.

Cuando los tres regresaron, Roma estaba en guerra. El hijo más joven de Tarquino, que no había ido a Delfos, había cometido un crimen. Como resultado, una mujer noble había sido asesinada y con su último aliento, había pedido a su esposo y a Brutus castigar a toda la familia de Tarquinio. Brutus encabezó una rebelión y sacó a los Tarquinio de Roma. Este fue el fin de los reinados en Roma. La gente, entonces, se reunió en el Campo de Marte y votó porque regresaran las leyes de Servio y hacer lo que él había dicho: elegir dos gobernantes cada año, que tomarían turnos de un mes para ocupar el cargo, y a los que se les llamaría cónsules. La gente eligió a Brutus y a otro hombre llamado Colatino como sus primeros cónsules.

Tarquinio el soberbio tramó recuperar el trono y algunos jóvenes romanos participaron en este plan. Entre ellos estaban los dos hijos de Brutus. Un esclavo, por casualidad, los oyó hablar sobre el asunto y avisó a los cónsules lo que había escuchado. Mandaron a capturar a los jóvenes y les encontraron en los bolsillos cartas dirigidas a Tarquinio.

Y entonces sucedió algo extraño y piadoso. Brutus y Colatino estaban sentados en sus sillas de gobierno, en el Foro, cuando, ante ellos, fueron llevados los dos hijos de Brutus para ser sojuzgados y decapitados. Brutus permaneció en su silla y no dejó de ver a los jóvenes ni un segundo. Los presentes podían ver el sufrimiento de Brutus en su corazón a causa de sus hijos, pero quedaron asombrados por el amor a la justicia que mostró, por encima del amor a su propia sangre.

# Los héroes de la República

Tarquinio el soberbio fue expulsado de Roma y, a partir de ese momento, 510 aC, ya no hubo más reyes. Roma se convirtió en una República gobernada por cónsules, quienes, en tiempos de guerra y con la aprobación de los senadores, podían designar a un hombre para temporalmente asumir el gobierno él solo, y él comandar al ejército y tener poder absoluto. Ese hombre era llamado ‘Dictador’. En tiempos de paz, los cónsules comandaban las tropas, controlaban la tesorería y asumían el gobierno mientras estuvieran en el poder. Debían tener al menos 45 años de edad y experiencia en cargos de gobierno. Al principio, solo los patricios podían ser electos cónsules; a partir de 367 aC, también los plebeyos podían acceder al cargo.

Cuando la República comenzó a funcionar, Roma era una pequeña nación, que abarcaba solo las siete colinas y un poco más. Estaba rodeada de enemigos. Durante 250 años, sostuvo guerras con estos enemigos y gradualmente fue conquistándolos. Para 264 aC ya gobernaba sobre toda Italia.

Las historias de este tiempo fueron escritas por Livio, en su *Historia de Roma*, que abarcó 142 libros, 35 de los cuales todavía existen. Livio todavía no nacía en tiempos de la República, pero, gracias a que recolectó información lo mejor que pudo, pudo escribir sobre héroes cuya máxima aspiración era cumplir su deber para con su ciudad.

## HORACIO COCLES

Horacio Cocles, ciego de un ojo, era descendiente de los Horatius que asesinaron a los Curiatii. Su heroísmo ha quedado documentado en el poema “Horacio en el puente”, de Thomas B. MacCauley, autor del libro *Lays of Ancient Rome*. Horacio salvó a Roma de caer en manos etruscas.

Los etruscos eran un pueblo mariner y aventurero, que había llegado a las costas de Italia en tiempos pasados y que se había abierto camino tierra dentro hasta establecerse al norte del Tíber. Eran más civilizados que los latinos y comerciaban con Grecia.



*Horatius Cocles*, Diana Scultori y Guilui Romano, siglo XVI, Italia.  
Museo de arte del condado de Los Angeles

Tarquino el soberbio convenció a Lars Porsena, el rey de Clusio, una ciudad etrusca, de ayudarlo a recuperar el trono de Roma.

Los etruscos comenzaron el ataque a Roma por el monte Janículo, desde el que bajaron hasta el puente que, pasando por encima del Tíber, conectaba esta colina con la ciudad. El joven soldado Horacio Cocles, junto con otros dos compañeros, contuvo a los etruscos en la entrada del puente, mientras los otros romanos escapaban del ataque, hacia la ciudad, cruzando el puente. Horacio envió a sus dos compañeros a pedir a los cónsules que ordenaran el derribo del puente, desde la orilla romana, y que le fuera avisado el derribo hablando más fuerte. Solo, sobre el puente, esperó al enemigo. Cuando llegó el momento, golpeó a algunos soldados etruscos con su espada, a otros con su escudo e hizo retroceder a todos aquellos que intentaban cruzar el puente. Solo unos pocos podían estar sobre el puente y las orillas estaban de tal manera que el río lo protegía a cada lado.

Desde lejos, el enemigo disparaba flechas y lanzas contra Horacio, quien las recogía y las lanzaba de regreso. No era difícil dar en el blanco y herir

a algunos de los etruscos arremolinados. Fue herido muchas veces, la peor: una lanza que le atravesó el muslo, pero entonces, escuchó la señal de que el puente sería derribado, así que saltó al río, con armadura y todo, y con gran dificultad nadó hasta la otra orilla. Había salvado a los romanos de una invasión segura. Horacio fue recibido como un gran héroe. Le fueron dadas tierras y se erigió una estatua suya, de bronce, en el Foro. El único infortunio fue que nunca pudo volver a ser soldado debido a su cojera.

## CAYO MUCIO

Los etruscos acamparon fuera de Roma y bloquearon el paso de alimentos. Los romanos comenzaron a pasar hambre.

Cayo Mucio era un joven patricio. Fue al Senado y se ofreció como voluntario para penetrar el campamento etrusco y matar al rey, Lars Porsena. Empezó camino. Ya en el campamento etrusco, vio a un hombre sentado en un trono alto, portando una capa escarlata y recibiendo a muchos que le presentaban asuntos a tratar. Cayo Mucio creyó que estaba frente al rey Lars Porsena así que se le acercó a corta distancia, sacó su daga y se la clavó. El hombre no era el rey, sino su secretario. Cayo Mucio fue aprehendido y llevado frente al rey, quien lo interrogó.

Cayo Mucio dijo: “Soy ciudadano romano. Los hombres me llaman Cayo Mucio. Como enemigo tuyo, mi deseo era matarte, mas de igual forma puedo yo afrontar la muerte. Es de ciudadanos romanos actuar con valor y sufrir con valor. No soy el único decidido a matarte. Detrás de mí hay muchos otros con la misma intención; desde ahora, vivirás bajo esta amenaza cada hora de tu vida.”

El rey sintió enojo y miedo. Amenazó a Cayo Mucio con quemarlo vivo si no le confesaba los nombres y dónde encontrar a quienes querían matarlo.

“¡Mira!”, dijo Cayo Mucio, “y aprende lo poco que nos importa nuestro cuerpo comparado con nuestro amor por Roma”. Y metió la mano derecha en la llama de un altar cercano, hasta quemarla por completo, sin dar una sola muestra de dolor.

El rey quedó asombrado. Saltó de su silla y ordenó que retiraran al valiente romano del fuego y lo liberó. A cambio, Cayo Mucio le dijo que 300 nobles romanos habían jurado, uno a uno, buscar al rey etrusco y matarlo. El



*El heroísmo of Cayo Mucio*, Bernard Keil (1624–1687), Fundación Banco Santander, Madrid

rey, aterrorizado, hizo las paces con Roma y decidió no permitir más que los Tarquinio se refugiaran en su reino.

Después de otro infructuoso intento por recuperar el trono, Tarquinio el soberbio murió en una batalla en la que los dioses Cástor y Pólux ayudaron a Roma a obtener la victoria.

## M. CURCIO

Los samnitas fueron un pueblo montaños del sur de Roma. Durante una guerra que pelearon contra Roma por la posesión de las planicies fértiles occidentales, cercanas a la costa, ocurrió un formidable suceso: la tierra tembló y una enorme grieta se abrió hasta formar una enorme cavidad en medio del foro. La cavidad iba creciendo y parecía que podía llegar a tragarse a toda la ciudad. Los líderes fueron con los oráculos para preguntar qué terrible vaticinio podría estar anunciándose y qué podían hacer para recuperar el favor de los dioses. La respuesta fue que si el pueblo quería salvar Roma, debía sacrificar en la fosa aquello en lo que residía la fuerza de Roma.

Nadie supo qué decir. Mientras todos buscaban afligidos el significado de las palabras del oráculo, M. Curcio, un joven soldado, alzó la voz: “¿Acaso la fuerza de Roma no reside en las armas y el valor de los romanos?” Todos guardaron silencio. Curcio miró entonces hacia el Capitolino y los templos que en él se levantaban y luego hacia el profundo y oscuro abismo, que se abría amenazante. Montó su caballo, vestido para la batalla, y blandiendo su espada, se lanzó al vacío con todo y caballo. La multitud lanzó presentes y fruta para rematar el sacrificio. Livio cuenta que inmediatamente después, la cavidad se cerró.

## CAMILO Y LA INVASIÓN DE LOS GALOS



No solo los hombres jóvenes llegaban a ser héroes en Roma. La última guerra contra los etruscos duró mucho tiempo. Los romanos sitiaron Veyes, una ciudad etrusca no muy lejos de Roma. El sitio duró diez años sin poder ponerle fin con éxito, hasta que un general llamado Camilo, cuando fue nombrado dictador, tomó por fin la ciudad.

Entonces los romanos propusieron que las tierras alrededor de Veyes se repartieran entre los romanos más pobres. Camilo se opuso a esto y los ciudadanos concluyeron que Camilo odiaba a los pobres. Fue acusado de haberse quedado para él parte del botín de la batalla en lugar de entregarlo todo a la ciudad.

Camilo, enojado, decidió marcharse en exilio. Dijo adiós a su esposa y a sus hijos y, mientras se alejaba de Roma, miró hacia atrás, hacia el Capitolino, y con los brazos extendidos invocó a los dioses y juró que no estaba en falta y que la gente de Roma lo llamaría de vuelta, el día en que necesitara su ayuda. Lo que sucedió después llegó a ser considerado por cada romano como el juicio divino de la injusticia cometida contra Camilo.

Comenzaron a correr los rumores de que habían aparecido a caballo hombres de tribus salvajes, provenientes de la Galia, al norte de Etruria. Los jinetes habían penetrado Etruria peleando, quemando y saqueando todo a su paso, camino a Roma. Eran hombres altos, de cabello rubio, con ojos chispeantes y modales burdos y groseros. Sobre la armadura, llevaban pesadas

túnicas bordadas, de las que se despojaban cuando entraban en batalla. Alrededor del cuello portaban gruesos anillos de oro a manera de collar.

Los galos eran vanidosos y pendencieros, buenos peleadores que no tenían piedad con nadie. Una vez que ganaban una batalla y que habían tomado todo lo que querían de las posesiones del enemigo, seguían su camino para atacar la siguiente población o ciudad. No buscaban hacerse de tierras. Peleaban bien mientras fueran ganando, pero si eran derrotados, desaparecían rápidamente.

Los romanos escucharon que los galos estaban a escasa distancia de Roma, así que prepararon la totalidad del ejército y comenzaron la marcha para chocar con los bárbaros. En la batalla, terrible batalla, los romanos fueron derrotados y gran parte de su ejército fue destruido. Algunos soldados escaparon y llegaron a Roma para avisar a los ciudadanos. De no haber ocurrido esto, los galos habrían llegado a Roma y nadie habría escapado con vida. Los galos no estaban conscientes de que Roma estaba a corta distancia, por lo que, después de su victoria, festejaron y se repartieron el botín entre ellos.

Mientras los galos festejaban y descansaban cerca de Veyes, los romanos se preparaban. Algunos decidieron huir, otros decidieron quedarse en la ciudad y encontrarse con su destino. También se pensó que los hombres sanos y fuertes, soldados y senadores, deberían resguardarse en el Capitolino, junto con las mujeres y los niños, y defenderlo. Los senadores demasiado viejos para pelear decidieron esperar en la ciudad. Muchos de ellos habían sido cónsules y generales en su juventud. Vestidos con sus túnicas de oficio y portando la insignia de su rango, se sentaron frente a sus casas, en sus sillas de marfil, a esperar al enemigo.

Los galos entraron en una ciudad vacía, silenciosa, en cuyas calles solo encontraron viejos sentados en orden y en silencio. Los galos estaban pasmados de asombro frente a esos ancianos que no parecían tener miedo de nada. En cambio, los galos sí sentían miedo de acercarse, pues creían que los romanos serían dioses. Uno, más atrevido que los otros, se acercó a un senador anciano, y con su mano extendida, acarició la barba blanca y larga. El senador golpeó al galo en la cabeza con un bastón, ante lo cual el galo desenvainó su espada y le dio muerte al viejo romano. Entonces, los otros siguieron su ejemplo y se lanzaron contra el resto de los ancianos y los mataron a todos. Los invasores saquearon la ciudad entera, llevándose todo tipo de riquezas, y después, quemaron la ciudad, reduciéndola a cenizas.

Ahora Roma era un montón de despojos, a excepción de los templos del monte Capitolino, defendidos por hombres romanos. Los galos no se retiraron, al contrario, sitiaron el Capitolino durante siete meses. Por fin, los romanos llamaron a Camilo para que viniera en su ayuda, justo como él había predicho que ocurriría.

Camilo encabezó un gran ejército latino y de hombres de distinta procedencia, deseosos de lanzar de Italia a los salvajes galos. Los derrotó en una cruenta batalla y, siguiendo su vieja costumbre, los galos huyeron (390 aC).

## “TODOS LOS CAMINOS LLEVAN A ROMA”

Roma estaba libre otra vez, pero pasaron cincuenta años antes de que fuera reconstruida. Durante otros cien años, más o menos, la ciudad estuvo en guerra permanente: contra los samnitas, contra los latinos e incluso contra los griegos, que estaban liderados por el rey griego Pirro, anhelante de conquistar Italia, tal y como Alejandro Magno había conquistado Persia. Roma salió victoriosa de todas sus guerras y se convirtió en dueña y señora de toda Italia, logrando lo que los griegos nunca lograron: unir muchas ciudades en una sola nación.

Los soldados de Roma eran sus propios ciudadanos que habían abandonado sus tierras para ir a la guerra. Los patricios fueron recompensados con parte de las tierras que iban conquistando. Como colonizadores, trajeron las leyes y las costumbres de Roma a estas nuevas tierras. Se construyeron caminos desde todas partes hacia Roma, y a los pueblos conquistados se les permitía comerciar exclusivamente con Roma. Así aseguró Roma su poder e influencia. Dos sucesos son parte inolvidable de este periodo de la historia romana:

Desde el noreste de Roma, de las laderas de los Apeninos, los ecuos solían bajar a saquear propiedades romanas. Uno de los cónsules tenía un campamento militar en esa región. Los ecuos sitiaron el campamento como si fuera una ciudad. El otro cónsul estaba en Roma y, enterado del asalto, no supo qué hacer. El senado decidió designar un dictador. Los senadores escogieron a CINCINATO, propietario de una pequeña granja al otro lado del Tíber. Cincinato amaba su granja y solía pasar tiempo ahí, a pesar de ser senador. Trabajaba la tierra y cuidaba de sus animales. De hecho, los mensajeros enviados por el Senado encontraron a Cincinato trabajando su parcela. Lo saludaron y le



*Cincinato recibiendo a los embajadores de Roma,*  
Alexandre Cabanel (1823–1889), Musée Fabre, 1843

pidieron que se cambiara de vestimenta para que, portando la toga senatorial, escuchara el mensaje que le traían. Su esposa le trajo su toga; él se la puso encima de su ropa polvosa y sudorosa y grande fue su sorpresa al escuchar que los mensajeros lo saludaban como dictador y le pedían que fuera con ellos, de inmediato, a la ciudad. Así fue como encabezó una legión que derrotó a los ecuos. Al término de la batalla, abandonó el cargo de dictador y regresó a su granja a seguir sus labores de campo.

Los plebeyos debían pelear las guerras de Roma, lo cual los obligaba a abandonar sus tierras y negocios y asumir como propias las deudas que necesariamente adquirirían para pagar lo que perdían en su ausencia. Aquellos que no podían pagar sus deudas eran tomados como esclavos o encarcelados. Además, a diferencia de los patricios, los plebeyos no recibían nada de las tierras que conquistaban, junto con otros.

En 494 aC, justo antes de una guerra, todos los plebeyos marcharon desde Roma hacia una colina distante, el Monte Sacro, para manifestar que no pelearían en la guerra. Los patricios se alarmaron: necesitaban soldados. El Senado envió a Menenio Agrippa para pactar con ellos.



*La secesion/marcha de los plebeyos al Monte Sacro,*  
B. Barloccini, grabado, 1849

Entonces, Agrippa les contó a los plebeyos la fábula de las manos, la boca y los dientes que se rehusaron a darle comida al estómago, cuando, según ellos, se dieron cuenta de que éste era un haragán, que no hacía más que disfrutar lo que los tres le daban. Cuando comenzaron a sentirse débiles y enfermos, pudieron darse cuenta de que el estómago no solo vivía para sí mismo, sino que la comida que recibía regresaba a ellos en forma de fuerza y vida.

Los plebeyos entendieron la moraleja de la fábula y regresaron a Roma. Los patricios acordaron cancelar las deudas de los plebeyos que habían servido a su país y permitirles elegir tribunos que los protegieran de las injusticias. Pasaron otros cien años antes de que fuera aprobada la ley que permitía que uno de los dos cónsules fuera plebeyo.

## PROVERBIOS LATINOS

*Audi, vidi, tace si vis vivere in pace.*

Escucha, mira y cállate, si quieres vivir

*Divide et impera.*

Divide y obtén el poder/gobierna.

*Justitia est fundamentum regnorum.*

La justicia es el fundamento de los reinos.

*Ad astra per aspera*

A las estrellas por el camino difícil

*Errare humanum est.*

Errar es de humanos.

*Honesta fama melior est pecunia.*

Una reputación de honesto es mejor que el dinero.

*Imperare sibi maximum imperium est.*

El gobierno de sí mismo es la mejor forma de gobierno.

*Finis coronat opus.*

El fin corona la obra.

*Fortes fortuna adiurat.*

La fortuna ayuda a los fuertes.

*Labor omnia vincit.*

El trabajo todo lo vence.

*Nil homini certum est.*

Nada es seguro para el hombre.

*Non omnia possumus omnes.*

No todos podemos hacer todo.

*Pari cum paribus facillime congregandur.*

Los iguales se juntan muy fácilmente entre sí.

El calamar opta por su tinta. Dios los hace y ellos se juntan.

El que anda con lobos a aullar se enseña.

Dime con quién andas y te diré quién eres.

*Podior est, qui prior est.*

Los primeros en llegar son los primeros en ser servidos.

*Quot homines tot sententiae.*

Cada cabeza es un mundo.

Tantas opiniones como personas hay.

*Periculum in mora.*

El peligro por la mora procesal.

*Factum fieri in factum non potest.*

Lo hecho, hecho está. A lo hecho, pecho.

## CÓMO ROMA GOBERNÓ ITALIA

Los romanos creían en el estado de derecho. Muchas de sus leyes han llegado hasta nosotros y todavía ahora siguen rigiendo vidas. Algunas de esas leyes son:

Si se hace trato comercial bajo palabra, es necesario cumplirla. Si alguien no puede pagar todas sus deudas de una sola vez, puede ir haciendo pagos parciales a cada uno de los acreedores.

Todos los comerciantes están obligados a dar medidas completas y verdaderas.

Los hombres no pueden ser castigados por la sospecha de haber cometido un crimen. Se les debe comprobar la culpabilidad.



Via Appia Antica en Roma, fotografía, 2005

*Imperare sibi maximum imperium est.* El gobierno de sí

mismo es la mejor forma de gobierno. Ésta era la creencia base de los romanos y ese respeto a la autoridad en casa llevó a Roma a poder gobernar a otros.

Los métodos de Roma para gobernar Italia fueron tales que Roma se convirtió en el eje alrededor del cual giraba la rueda. Los pueblos conquistados hablaban lenguas distintas y tenían diferentes costumbres. Roma pactó con cada uno de ellos por separado de manera que cada uno tenía su propio vínculo con Roma y cada pueblo se sentía parte de Roma. Se construyeron caminos, dispuestos como los radios de una rueda, que conectaban a las ciudades y poblaciones distantes con Roma. A lo largo de estos caminos que llevaban a Roma desde diversos y distantes lugares, andaban aquellos que portaban el espíritu de ley y orden romanos. Con el tiempo, cada uno de los pueblos de Italia llegó a sentir que su pueblo era una porción de Roma.

## ROMA Y CÁRTAGO

Durante los doscientos años que Roma empleó para formar una nación en Italia, los romanos mostraron poco interés por lo que sucedía en el resto del mundo. Temístocles, Pericles, Filipo de Macedonia, Alejandro Magno, Aristóteles y otros líderes griegos vivieron y murieron en el periodo en que el poder de Roma crecía. La civilización griega se impuso en el Mediterráneo oriental y otra gran potencia, también oriental, se impuso en el occidente. Para cuando Roma asomó la nariz al resto del mundo, se topó con esta potencia apostada en su puerta.

Nos referimos al emporio comercial fenicio, que Alejandro Magno nunca logró domeñar. Su ciudad más importante, Cartago, había sido fundada por la princesa fenicia Dido, que amaba tanto a Eneas, que, cuando éste salió de Cartago, ella lo maldijo y juró enemistad eterna contra él y toda su raza.

Cartago era un importante puerto de navíos comerciales. Todo el intercambio comercial entre África, Etruria, España y Sicilia pasaba por Cartago. Comerciantes de muchas tierras ejercían en Cartago. Todos tenían un interés en común: el dinero, el oro. Los cartagineses peleaban por controlar las rutas comerciales impidiendo el acceso al puerto a otros barcos que no fueran los suyos. Sus principales competidores eran los etruscos y los griegos, que se habían asentado en Italia. El ejército cartaginés estaba formado por mercenarios, hombres a sueldo, poco confiables, que no sentían ningún amor por Cartago, pues provenían de muchos otros sitios y hablaban lenguas distintas. Los cartagineses creían que no había nada que el dinero no pudiera comprar.

De 264 a 201 aC, Roma y Cartago se enfrentaron numerosas ocasiones para definir qué potencia se impondría: la romana o la fenicia (o púnica). Estas batallas han recibido el nombre de Guerras Púnicas y fueron lideradas por cuatro personalidades: una cartaginesa y tres romanas.

Los cartagineses habían tomado posesión de Mesana, una ciudad griega en Sicilia, y los griegos pidieron ayuda a Roma para enfrentar a los invasores. Temerosos de que invadieran también Italia, los romanos pelearon contra los cartagineses, los derrotaron y los expulsaron de Sicilia. El general cartaginés AMÍLCAR BARCA se llenó de odio contra Roma y juró vengar el agravio sufrido con la derrota. Cuando intentó formar un nuevo ejército, los cartagineses no mostraron interés alguno ni sentido patriótico. Así, Amílcar se fue a España con la idea de formar un ejército allá. Antes de partir, le preguntó a su hijo de nueve años, Aníbal, si quería venir con él. Aníbal le rogó que lo llevara.

Amílcar llevó a su hijo, primeramente, a ofrecer sacrificio en el templo y a jurar jamás sostener amistad con romano alguno. Aníbal acató su juramento hasta el día en que murió.

Diez años después, Amílcar murió en España, cuando ANÍBAL tenía 19 años de edad, demasiado joven para comandar un ejército; mas para cuando tenía 26 años, ya era comandante en jefe del ejército cartaginés y su único objetivo y deseo era llevar a Roma a la debacle.

Aníbal contaba con la total lealtad de sus tropas, puesto que mostraba templanza y temeridad frente al peligro. Parecía nunca cansarse, dormía solo cuando no estaba en intensa actividad y lo hacía por unas horas, sin importar si era de noche o de día, envolviéndose en su abrigo y acostado en el suelo, entre sus soldados. No vestía de manera distinta de la de sus soldados; era el primero en entrar a batalla y el último en dejarla.

Roma y Cartago acordaron una tregua que duró 23 años, hasta que comenzaron una pelea por una colonia griega en España, que vivía bajo la



*Aníbal ofreciendo el juramento,*  
tomado de un rompecabezas,  
Mary Evans

protección de Roma, y era el único punto en España que no estaba bajo gobierno cartaginés. Aníbal sitió la colonia, llamada Saguntum, y al cabo de ocho meses la hizo suya. Roma se preparó para la guerra.

Esta fue la segunda Guerra Púnica. Roma envió un ejército por mar, al mando de uno de sus cónsules, para atacar a los cartagineses que ocupaban España. No bien hubo llegado a estas tierras, de inmediato fue convocado a Roma, con la noticia más increíble que pudiera escuchar: ¡Aníbal estaba invadiendo Italia! (218 aC)

Aníbal había trasladado 50,000 soldados a pie, 9,000 en caballo y un gran número de elefantes, todos en procesión por los Pirineos, hacia el sur de Galia, pasando por los Alpes hasta llegar al valle del río Po. Le llevó 15 días atravesar los Alpes; en esta travesía perdió la mitad de sus hombres, muchos animales, incluidos elefantes, y gran cantidad de provisiones y equipamiento.

En el camino, los cartagineses se habían enfrentado a grupos de montañeses, galos y celtas, que solían hacer rodar, desde las alturas, grandes piedras sobre la procesión de Aníbal o bien, los dejaban atrapados en pasajes estrechos. Hombres y animales eran desbordados del camino y caían por los precipicios. Los gritos de los atacantes celtas asustaban a los caballos, y los animales de carga, que llevaban a cuestras gran cantidad de provisiones, rodaban por los desfiladeros como casas que se caían a pedazos. Después de andar nueve días, Aníbal y sus hombres y animales llegaron al punto más alto de los Alpes. Después de escalar las laderas sin senderos, los soldados cartagineses descansaron. Cuando comenzó a nevar, el miedo los sobrecogió.

Frente a todos estos infortunios, Aníbal había mantenido la calma. Cuando vio que sus hombres estaban a punto de rendirse, se encumbró en una saliente y les hizo echar un vistazo al paisaje italiano y al fecundo valle del Po, y dijo: “Estamos a punto de llegar no solo a Italia, sino a Roma misma. En una o dos batallas, máximo, serán los amos de Roma”. El descenso hacia Roma fue peor todavía que el ascenso por los Alpes. Las pendientes eran más pronunciadas, más resbaladizas y más hombres, animales y carga se perdieron. Una vez que llegaron al valle, los hombres acamparon para descansar y recuperar las tu fuerzas.

Los romanos jamás se imaginaron que Aníbal invadiría Italia llegando por los Alpes. Rápidamente se prepararon, no sin temor, encabezados por Escipión, cónsul en ese momento, para arrasar el campamento cartaginés.



De *Die Karthager – Hannibals Übergang über die Alpen*, Heinrich Leutemann (1824–1905), Munich, hoja con 13 imágenes antiguas, 1866

Sin embargo, Escipión fue herido, derrotado y rescatado por su hijo. Los romanos se retiraron; nuevas tropas se unieron a los romanos combatientes, nuevamente atacaron y otra vez fueron derrotados. Regresaron a Roma.

Aníbal descansó en el valle del Po durante todo el invierno, mientras que en Roma, sus pobladores no se sentían tranquilos.

En la primavera, Roma envió un ejército al mando del cónsul Flaminio para derrotar a Aníbal, pero Aníbal ya había tomado camino por las tierras inundadas, atravesó Etruria y asentó su ejército entre Flaminio y Roma; desde ahí, emboscó a los romanos y, en tremenda batalla, los derrotó completamente

y mató a Flaminio. En el curso de la batalla, un sismo sacudió la tierra; el sismo destruyó villas enteras, derrumbó desfiladeros y alteró el curso de varios ríos, mas los soldados ni siquiera lo sintieron: tan enfrascados estaban en la batalla.

Otra gran batalla en Cannas fue una derrota más para los romanos, en la que 70,000 romanos, de 80,000, fueron muertos. El cónsul derrotado regresó a Roma desesperado. De haber sido cartaginés, habría sido torturado, pero en Roma era esperado por miles de ciudadanos agradecidos con él por haber hecho su mejor esfuerzo. Los romanos tuvieron que enviar tributo a Cartago: un cargamento de anillos de oro. Cartago pensó que Aníbal lo estaba haciendo tan bien que no le proveyó ni dinero ni refuerzos.



Aníbal Barca en la batalla de Cannas (216 aC), Heinrich Leutemann (1824–1905), ilustración para *Rom* por Wilhelm Wagner, 1877



(derecha) Aníbal contando los anillos de los caballeros romanos muertos en Cannas, mármol, Sébastien Slodtz (francés, 1655–1726), Tullerías, París, 1704

Dos romanos se erigieron como líderes: QUINTO FABIO MÁXIMO y PUBLIO ESCIPIÓN. El Senado decidió entonces designar a Fabio como Dictador. Fabio admitía que Aníbal era un general militar superior por mucho que cualquier general romano, pero también sabía que el espíritu romano era el más grande y sabía que no debía ser mermado. Implementó la táctica de evitar las batallas contra Aníbal; lo seguía, lo acosaba, lo atacaba y se escondía, un poco aquí, un poco allá. Los romanos derramaron desperdicio sobre los campos de los que las tropas cartaginesas se abastecían de grano. Debido a que Fabio buscaba debilitar a Aníbal, desgastándolo poco a poco, muchos romanos

lo creían un cobarde. Le llamaban *Cunctator* (el moroso o el irresoluto). Durante doce años, los romanos pelearon y su espíritu no se quebrantó. Aníbal, que permaneció en Italia durante todo ese tiempo, nunca atacó Roma y fue replegándose hacia el sur. Llegaron a un callejón sin salida: Aníbal no se apoderaba de Roma y Roma no expulsaba a Aníbal de Italia.

Entonces, PUBLIO ESCIPIÓN, hijo del Escipión que había sido derrotado por Aníbal, llegó a cónsul. Propuso atacar Cartago y la idea fue aceptada. Viajó en su navío, llegó a África donde alcanzó un acuerdo con un rey africano, peleó con Cartago y la derrotó. Cartago mandó llamar a Aníbal, quien seguía en Italia, a pesar de que nunca le envió refuerzos ni provisiones, y le suplicó ayuda. Aníbal era más grande que Cartago, así que acudió al llamado y trató de reunir un ejército con quien aceptara enlistarse.



*Publio Cornelio Escipión, el africano, Livio Retti (1692–1751), Das Rathaus in Schwäbisch Hall, Württembergisch*

Escipión se enfrentó a Aníbal en una larga y cruenta batalla en Zama, a corta distancia de Cartago y al sur de ella, y, por primera vez en su vida, Aníbal



La procesión triunfal de Escipión al Templo de Júpiter en el Capitolino. Lana y seda, Geraert van der Streeke, Castillo Real en Varsovia, 1660

fue derrotado, y con la derrota del héroe vino la paz. Escipión fue reconocido en Roma y recibió el apelativo de “Africanus”. Fue el primer comandante en jefe en recibir el nombre del pueblo derrotado.

El acuerdo de paz implicaba que Roma se quedaba con España y con todas las islas entre África e Italia. Cartago debía entregar todas sus embarcaciones de guerra y todos sus elefantes y pagar a Roma un tributo anual de 200 talentos (monedas). Quinientos barcos cartagineses, con uso comercial, fueron arrastrados por los romanos hasta un puerto y quemados. Cartago siguió siendo una nación libre de decidir su gobierno, pero tenía prohibido ir a la guerra, a menos que Roma se lo permitiera.

La tercera guerra púnica tuvo lugar unos cincuenta años después, en 1413 aC, cuando Roma descubrió que Cartago estaba violando los acuerdos de paz al prepararse para atacar a un príncipe numidio, amigo de Roma. Roma envió otro ejército a África y asedió Cartago durante dos años y finalmente prendió fuego a la ciudad hasta reducirla a cenizas. La tierra donde estaba Cartago fue arada y una maldición lanzada sobre todo aquel que intentara reconstruir la ciudad. Así, Roma se convirtió en ama y señora del Mediterráneo Occidental.

¿Qué pasó con Aníbal? Se fue de Cartago y pasó el resto de su vida exiliado en el Oriente. Escipión Africanus se encontró con él años después en una corte oriental. Platicaron y Escipión le preguntó a Aníbal: –¿A quién consideras el comandante en jefe más grande del mundo?

– Alejandro – contestó Aníbal.

– ¿Quién el segundo más grande?– siguió inquiriendo Escipión.

– Pirro.

– ¿Quién el tercero?

– Yo mismo.

Escipión sonrió y contestó: –¿Qué habrías contestado de haberme derrotado?

– En ese caso, habría dicho que soy más grande que Alejandro, Pirro y todos los comandantes en jefe del mundo.

# MARCO PORCIO CATÓN

## 234-149 AC

Marco Porcio Catón era un patricio, un senador, a veces Cónsul, a veces Censor.

¿Quiénes eran los Censores? Eran funcionarios patricios elegidos para contar a la gente, estimar las propiedades de las personas, juzgar su comportamiento y bajar de nivel a quien era encontrado culpable de crueldad hacia su familia, de extravagancia, deshonestidad o indigno de alguna manera. Los Censores también podían incrementar los impuestos de una persona valuando a discreción los viñedos, olivares, carruajes, joyas y esclavos de la persona en cuestión. El Censor tenía casi tanto poder como un dictador.

Durante los 52 años que siguieron a la derrota de Aníbal por parte de Escipión, Cartago se hizo más y más próspera y los romanos veían eso con más y más recelo y ansiedad. Cuando escucharon que Cartago se estaba preparando para pelear contra el rey de Numidia sin el consentimiento romano, los romanos enviaron una comisión a Cartago para averiguar sobre el asunto. Marco Catón era miembro de esa comisión y cuando regresó de Cartago, dijo al senado: “Me parece que Cartago debería ser completamente destruida”. Dijo esto tantas veces que el Senado finalmente accedió y, tres años después de la muerte de Catón, envió al ejército que destruyó Cartago.

Durante el periodo de vida de Catón, Roma mostró, de manera creciente, interés por el placer y el lujo. Esto no le parecía a este hombre de costumbres sencillas, que había crecido como campesino. A los 17 años de edad, Catón peleó en el ejército contra Aníbal y, bajo el mando de grandes generales romanos, en otras campañas libradas en África, España y el Oriente. Durante ese periodo de guerras, siempre había menospreciado a quienes mostraban inclinación por el lujo; había promovido la destrucción de Cartago y ahora, justo aquello que más despreciaba: la búsqueda del placer más que el deber hacia el Estado, se estaba dando en Roma.

Al este del Mediterráneo, tres partes del imperio alejandrino se habían convertido en tres reinos separados: Macedonia, Siria y Egipto. Roma se enteró de que los reyes de Macedonia y de Siria tramaban apoderarse de Egipto y dividírselo entre los dos.



Dado que Egipto abastecía a Roma de grano, los romanos enviaron un ejército contra los macedonios, mismo que, en Tesalia, en 197 aC, derrotó al rey macedonio, Filipo, y devolvieron su libertad a las ciudades griegas que habían vivido bajo gobierno macedonio. El rey sirio, Antíoco, atacó en Grecia a las guarniciones romanas que se habían apostado ahí con el fin de salvaguardar la libertad de los griegos. Los romanos expulsaron a los sirios de Grecia y los condujeron al Asia Menor, donde, en Magnesia, en 190 aC, derrotaron a Antíoco. Todo esto ocurrió durante el periodo de vida de Catón. Tras su muerte, Siria pasó a ser provincia romana en Asia.

Mientras tanto, las ciudades griegas fueron amenazadas nuevamente por Perseo, hijo de Filipo, quien pretendió recuperarlas de manos romanas. El cónsul Emilio Paulo derrotó a Perseo en 168 aC, y Grecia y Macedonia también pasaron a ser provincias romanas.

Los romanos tomaron posesión de Grecia y la cultura griega tomó posesión de Roma. Los romanos comenzaron a adoptar métodos griegos de educación, especialmente el estudio de la filosofía, la poesía y el arte de hablar en público. Los maestros eran esclavos griegos.

Catón se rehusó a que un esclavo griego fuera el maestro de su hijo. Prefirió enseñarle él mismo gramática, leyes y gimnasia. Le enseñó a lanzar dardos, montar a caballo, pelear con la armadura puesta, boxear, soportar el frío y el calor, y cruzar a nado los ríos más caudalosos y rápidos. Catón escribió historias en forma de largas cartas, de manera que su hijo pudiera aprender sobre sus paisanos y antecesores sin salir de casa. Catón quería que los maestros griegos regresaran a su patria y dejaran en paz a los romanos. Así los niños romanos obedecerían sin chistar las leyes romanas y a los gobernantes romanos.

Catón sí hacía uso de los esclavos en su granja. Hacían el trabajo más pesado y duro y vivían con limitaciones de alimento y vestimenta: podían beber vino agrio en pequeñas cantidades, comer sólo las aceitunas que cayeran al suelo, tener una sola túnica y un solo abrigo cada dos años y también un par de zapatos nuevos cada dos años. Catón creía que el ganado viejo y cansado, las ovejas enfermas, la herramienta descompuesta y los esclavos viejos y enfermos eran todas cosas inútiles que debían ser puestas en venta.

Durante las guerras contra Aníbal, Roma siempre estuvo en peligro de caer derrotada. Todo lo que la gente tuviera, aun los más pequeños tesoros,



Antiguo retrato romano, *Catón y Porcia*, Carlo Brogi (1850–1925), Museo del Vaticano, principios del siglo XX

servía para pagar la comida y las armaduras de los soldados. Se aprobó una ley que prohibía a las mujeres ser propietarias de más de media onza de oro, portar vestidos de varios colores y utilizar carrozas jaladas por dos caballos, a menos que tomaran parte de algún ritual religioso. A esta ley se le nombró Ley Opia.

Cuando las guerras terminaron y Roma comenzó a gozar de prosperidad gracias a su actividad comercial con Oriente,

mucha gente creyó que la Ley Opia debía ser revocada, mientras otros pensaron que había que conservarla, pues ayudaría a los romanos a seguir siendo un pueblo humilde. Durante un tiempo, personas de una y otra opinión aglutinaban el Foro, pues era ahí donde se reunían para expresar su sentir.

Las mujeres también acudían a estas reuniones, aun cuando sus esposos y los magistrados se lo prohibían. Las mujeres abarrotaban las calles y bloqueaban las entradas al Foro. A los hombres que intentaban abrirse paso entre la multitud femenina, las mujeres les gritaban instándolos a cambiar la ley: “¿Acaso no era Roma más rica gracias a las conquistas a las que ellas habían contribuido?” Las mujeres incluso iban en busca de los jueces (los pretores) para exponerles sus demandas de cambio. A las mujeres de la ciudad se unían las del campo.

Marco Catón era cónsul en aquel momento, y le resultaban molestas las mujeres y sus demandas. Las veía como una exagerada intervención en los asuntos propios de los varones. “Si das a las mujeres igual derecho de voz que a los hombres, entonces pasarán a ser las amas de los hombres”.

Sin embargo, un tribuno ayudó a las mujeres, puesto que habló por ellas. En esta ocasión, el decir de Catón no fue tomado en cuenta, la ley fue revocada y las mujeres pudieron volver a portar sus finos vestidos, joyas de oro y carruajes de dos caballos.

## EL CIRCO ROMANO

La palabra latina *circus* significa ‘círculo’ o ‘anillo’. En la Roma antigua, los juegos y concursos se llevaban a cabo dentro de un círculo, por lo que la palabra *circus* pasó a significar también lo que ocurre dentro del círculo, el espectáculo mismo (en español, circo). La vida romana tenía ahora rasgos de espectáculo, uno que puede ser visto por asombrados espectadores. Lo que se llevaba a cabo en los circos (los juegos, los concursos y las carreras, incluso) se oponía, por su naturaleza, a los griegos, quienes, incluso bajo el dominio romano, jamás aceptaron el circo.

Los romanos que alcanzaban la posición de gobernadores de las provincias conquistadas trataban de obtener de los pueblos sometidos la mayor cantidad de dinero para poder presumir su riqueza una vez que regresaban a Roma. Los ricos vivían con lujos y daban a los pobres con qué entretenerse; los pobres, a su vez, buscaban en los ricos apoyo y el blanco de su voto: aquel que mejor lo alimentara y lo vistiera.

Cuando los romanos ocuparon Tarento, una colonia griega al sur de Italia, hicieron esclavo a un griego educado, llamado Livio Andrónico,



Carrera de carro romano, de una historia escolar ilustrada, ilustrador desconocido, 1876



Escuela de gladiador, mosaico

quien rápidamente aprendió latín y tradujo a esta lengua algunas obras de teatro griegas. Los romanos le dieron un teatro en el monte Aventino y acudían en multitudes a ver sus obras. Luego, les despertó el interés por ver animales: leones, leopardos, panteras, elefantes, que eran capturados en África, enviados por barco a Roma y liberados en las arenas de los circos, donde la gente los veía pelear a muerte. Esto era verdadero entretenimiento, pero no por mucho tiempo.

Acabó siendo aburrido; era más emocionante ver hombres pelear y matarse.

A estos hombres se les llamaba gladiadores, nombre tomado de la palabra latina *gladius*, que significa ‘espada’. Los gladiadores solían ser esclavos o criminales a los que se les prometía su libertad si peleaban algunos años en las arenas de los circos, sin que resultaran muertos en la pelea. Podemos decir que estos hombres realmente peleaban por sus vidas, por su libertad. Peleaban de manera torpe, desesperados, y esto comenzó a aburrir a los espectadores, así que se establecieron escuelas para aprender a pelear con destreza y gracia, en las que los gladiadores se preparaban y desde las cuales salían, convocados para ello, a pelear en la arena. El gladiador vencedor en un combate se paraba orgulloso junto a su víctima. Si había peleado con valentía y gracia, los espectadores mostraban el dedo pulgar apuntando hacia arriba y él salía de la arena con vida. Sin embargo, si el espectador sentía que el gladiador había peleado con torpeza o con miedo, el dedo pulgar apuntaba hacia abajo y el ganador era muerto ahí, donde estaba de pie.

## LOS GRACCHI (GRACOS)

Qué había sido de las enseñanzas que Numa Pompilio había tratado de transmitir a los romanos? El cultivo de relaciones humanas amistosas, el amor de los dioses, el dedicarse pacíficamente a trabajar la propia tierra con las propias manos. Esta pregunta atribulaba a algunos, entre ellos, dos hermanos nacidos de una sabia mujer, Cornelia, la hija de Escipión Africanus.

Cuenta la leyenda que Cornelia recibió la visita de una amiga, quien venía a enseñarle algunas hermosas joyas que recién había comprado. Después de mostrar las joyas, la amiga le pidió a Cornelia que le mostrara las que



*Cornelia, madre dei Gracchi*, Joseph-Benoît Suvée (1743–1807), Museo Louvre, 1795

ella tenía. Cornelia le contestó: “Espera un momento”. Entonces, cuando sus hijos, Tiberio y Cayo, llegaron a casa de la escuela, Cornelia le mostró a la amiga los dos muchachos, diciendo: “Estas son mis joyas”. Tiberio y Cayo Graco crecieron e intentaron que los romanos entraran en razón.

Diez años después, Gaius se convirtió en tribuno. Él valientemente continuó la reforma agraria. Durante dos años tuvo éxito, hasta que una mafia se crió para matarlo también. Más tarde, más de 3000 de sus seguidores fueron arrestados y sentenciados a morir. A partir de entonces, la mayoría de los líderes de Roma controlaron el Imperio tanto por la fuerza y el miedo como por un buen liderazgo.

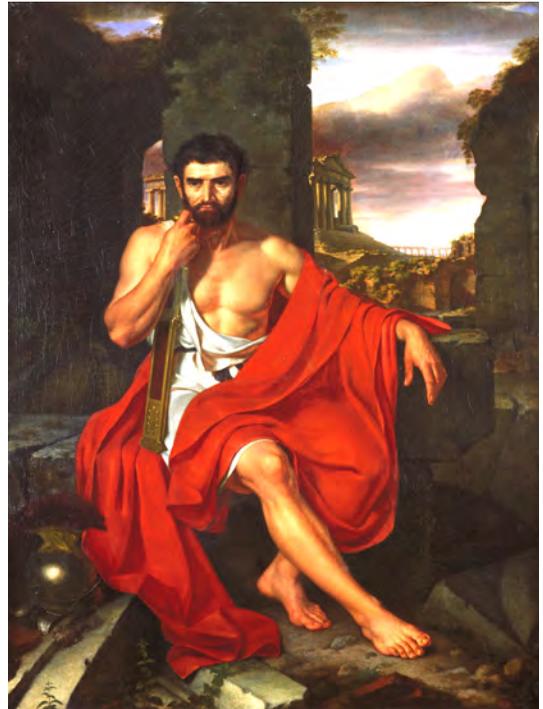
## MARIO Y SILA

Una de las leyes que Cayo Graco pasó fue: maíz barato para los pobres. El desafortunado resultado fue que mucha gente perdió el interés por trabajar y se mostró dispuesta a seguir a cualquiera y votar por quien fuera que le prometiera darle lo que quería.

El Senado concentró más y más poder ya que era imposible que los ciudadanos se organizaran en una asamblea popular, dado que eran muchos y estaban dispersos. Bajo estas condiciones, ¿podría Roma gobernarse a sí misma con éxito? (Ya no digamos, las lejanas tierras bajo su dominio.)

Una y otra vez, Roma se veía obligada a enviar tropas para sofocar rebeliones en África, en Grecia, en Asia. Los generales de una de esas legiones regresó a casa sin haber peleado debido a que el enemigo los había sobornado con oro. El senado romano pasó por alto este hecho, no así el pueblo, cuya indignación lo llevó a elegir a Cayo Mario como Cónsul. Mario era un joven militar que había servido bajo el mando de Escipión Africanus. Prometió capturar al líder africano de aquella rebelión y cumplió. Llegó a ser tan popular que, sin importar que una ley limitaba el ejercicio consular a un año, fue reelecto el siguiente año y de nuevo un tercero y un cuarto, hasta sumar siete en total.

Como cónsul, Mario llegó a ser comandante en jefe del ejército y, por primera vez, Roma fue gobernada por un poder militar, no por el voto popular. El ejército también había cambiado debido a que Roma sostenía económicamente las guerras allende sus costas, por lo que había menos campesinos y menos hombres libres trabajando su propia tierra; los hombres de la ciudad no eran proclives a pelear por Roma ya que no tenían tierra que defender. Así, Mario capacitó a un ejército asalariado. Los soldados fueron conocidos como 'las mulas de Mario'. Tenían que cargar su propio equipaje, preparar su comida y eran reclutados en todo el territorio romano. Era como si Cartago hubiera ganado el poder, como si su espíritu hubiera triunfado sobre el espíritu romano, ahora que Roma era rica en oro.



*Cayo Mario, entre las ruinas de Cartago*, John Vandelyn (1775–1852), pintura, Museo de las Bellas Artes de San Francisco, 1807

Con su ejército, Mario salvó a Roma del peligro de nuevas invasiones procedentes del norte y derrotó a dos tribus bárbaras que avanzaron sobre Italia: los Teutones y los Cimbrios. Su recompensa fue el quinto año como Cónsul e hizo su entrada triunfal en Roma. Cambió de ser un soldado sencillo y valiente a buscar más y más poder para sí mismo, en lugar de pensar en el bien de Roma.

Después de sus victorias, Mario tenía que desempeñarse como Cónsul, no como comandante en jefe. En el sexto año de su consulado, los romanos tenían mayor confrontación entre sí: los senadores en un extremo, el pueblo en el extremo opuesto. Había disturbios y derramamiento de sangre en las calles. Mario no podía detener el caos, no tenía la sabiduría de Numa Pompilio. La gente anhelaba un verdadero líder que pusiera fin a la injusticia. Culpaban a Mario, a quien, ni más ni menos, habían adorado como a un dios hasta hacía poco. Al término de su sexto año consular, Mario salió de Roma con destino al Asia.

En aquel tiempo, un ciudadano romano, a donde quiera que fuera, estaba protegido por las leyes de Roma. Los italianos querían ser ciudadanos romanos, pero los romanos se negaban. En 91 aC, Marco Droco trató de hacer una ley que otorgara la ciudadanía, pero fue asesinado, como los Gracchi. Entonces, los italianos se organizaron como una fuerza rival contra Roma y comenzó una guerra, la cual duró dos años. Mario regresó y peleó a favor de Roma, pero esta vez fue opacado por un oficial joven y novato: Lucio Cornelio Sila, quien obtuvo muchas victorias. Mario sintió celos. Él y Sila comenzaron a odiarse mutuamente. Sila fue electo Cónsul por los nobles.

Roma ganó la guerra contra los italianos, no solo por la fuerza de las armas, sino concediéndoles la ciudadanía bajo la condición de que depondrían las armas durante sesenta días. Los romanos se dieron cuenta de que necesitaban la lealtad de los italianos.

Mario, todavía poseído por la ambición, encontró en Sila a un opositor tras los mismos intereses: ser el comandante en jefe del ejército. Un rey oriental, Mitrídates, se desplazaba hacia el oeste y amenazaba a las provincias romanas. En 88 aC, Mario y Sila, cada uno, querían encabezar un ejército romano para pelear contra Mitrídates. El Senado, hombres ricos, eligieron a Sila; la asamblea del pueblo de Roma eligió a Mario. ¿Quién debía ir?

Sila, que ya había llegado a conformar y encabezar un gran ejército mientras Mario estaba en Asia, entró en Roma y resolvió la pregunta por la fuerza. Nunca antes había sucedido algo así en Roma. Estaba claro: Roma no era gobernada por el Senado ni por la Asamblea, sino por el hombre que comandaba el ejército.

Sila se fue hacia el oriente y Mario fue desterrado de Roma, pero ningún barco lo sacaría de la ciudad, así que recurrió a esconderse en Italia. Como ningún romano se atrevería a matar a Cayo Mario, un esclavo galo fue contratado para hacerlo. Encontró a Mario en una oscura barraca, en un pequeño poblado italiano. El esclavo sintió temor al acercarse a Mario puesto que los ojos de éste lanzaban lenguas de fuego y escuchó una voz que fuerte le dijo: “Compañero, ¿te atreverás a matar a Cayo Mario?” El galo salió despavorido de la cabaña y Mario pudo escapar. Se fue a Cartago, o donde alguna vez estuvo esa gran ciudad, pero los gobernadores romanos en África no le daban asilo.

Nuevas batallas se desarrollaron en Roma entre los nobles y el pueblo. Mario regresó y tomó partido por el pueblo. Se entregó por completo a la venganza y condujo sus tropas no solo contra hombres armados, sino también contra hombres desarmados, asesinándolos a sangre fría, matando a todo aquel que era o había sido contrario a él. Después, Mario, ya con setenta años de edad, se nombró a sí mismo Cónsul. Era su séptimo consulado.

Cuando Sila regresó, después de derrotar a Mitrídates, Mario sabía que se avecinaba un posible conflicto y otro posible destierro. Se preocupó mucho, no podía dormir por las noches y ante la noticia de que Sila ya estaba cerca, se enfermó y murió en el día décimo séptimo de su séptimo consulado. Esto ocurrió en el año 86 aC.

Sila había estado lejos de Roma durante tres años, periodo en el que había conducido a Mitrídates, que se hacía llamar Rey de reyes, de regreso a su reino. Sila había castigado a todas las ciudades que habían acogido al rey oriental y le habían reconocido autoridad, incluyendo Atenas. En esos tres años, Sila y su ejército habían matado a 160,000 seres humanos.

Un historiador asienta que los ojos de Sila era de un azul penetrante y puro, pero que tenían una expresión siniestra y atemorizante, especialmente porque la piel de su cara era gruesa, marcada por granos y manchas. Los griegos decían que era como una mora salpicada de comida. Era altanero y malhumorado, parecía estar siempre enojado. En cualquier historia que se

le menciona, jamás se le atribuye un gesto o acto amable o generoso. Los romanos nobles que lo aceptaron como su campeón y que apoyaron que tuviera el poder no le tenían ningún afecto. Él, a su vez, no sentía más que desprecio hacia la humanidad; no sentía que los seres humanos merecieran respeto. Aún así, amaba los placeres, los banquetes y las bebidas; se rodeaba de bailarines, payasos y bufones, que sabían cómo burlarse de los demás.

En 83 aC, Sila navegó desde Macedonia hasta la costa este de Italia y de ahí anduvo a pie hasta Roma. El 6 de julio, mientras Sila caminaba, ocurrió una catástrofe en Roma: el Capitolio fue destruido por un incendio; los sitios sagrados de Roma y los libros sibilinos fueron devorados por las llamas. Nunca nadie supo cuál fue la causa de la conflagración. La destrucción de los templos y los oráculos parecían anunciar un gran cambio en el destino de Roma, y, de hecho, marcó el fin de la República.

Sila regresó a Roma esperando ser recibido como victorioso, pero el nuevo cónsul, un comunero que estaba sustituyendo a Mario, se opuso al regreso de Sila y envió un ejército que lo mantuviera fuera de Italia. Sila se abrió paso hasta Roma peleando y entró a la ciudad como su amo y señor. Lo primero que hizo fue expedir una orden de asesinar a todo aquel que se hubiera opuesto a su regreso; así comenzó el episodio más sangriento de la historia romana, que recibe el nombre: ‘el reino del terror’.

No sólo fueron asesinados aquellos que se hubieran opuesto a Sila, sino muchos miles más. Bajo las órdenes de Sila, los soldados mataron gente en las calles, en las casas, en el Foro y en el campo; hombres que salían de sus casas para ir a trabajar; mujeres que cuidaban a sus hijos. Fueron asesinados, incluso, los bebés que estaban en brazos de sus madres. Nadie podía decir quién estaba en peligro y quién estaba seguro.

En el Senado se cuestionó el proceder de Sila: “¿A quién debemos salvar para tener con quien compartir el gozo de nuestra victoria, si la sangre fluye tan abundantemente por nuestras ciudades como por nuestros campos de batalla?”

Otra petición fue: “No perdones a los culpables, pero sí asegure la vida de aquellos que planeas perdonar.” Sila respondió fríamente que todavía no había decidido a quién reservaría vivo. “Entonces anticípanos quiénes serán castigados.”

De ahí en adelante, se publicaron listas con los nombres de aquellos que serían asesinados para que todos los conocieran. Sila recordaba diario los nombres de más y más personas que podrían sumarse a los proscritos. Algunos de los consentidos de Sila se hicieron ricos porque le llevaban nombres de personas que eran blanco del desprecio de otros. Esos nombres



*Sila lee la lista de los proscritos, grabado a partir de un dibujo por Silvestre David Mirys (1742–1810), Francia, 1799*

también se añadían a las listas. Sila también traicionó a los hombres ricos que lo habían hecho Cónsul por primera vez y los mató a todos para poder enriquecerse con sus tierras y palacios.

Del primero de diciembre de 82 aC al primero de junio (seis meses), la matanza de romanos continuó; no sólo en Roma: se extendió hacia todas las grandes ciudades de Italia y perecieron muchas tribus nativas. Sus lenguas y costumbres desaparecieron con ellas. Por ejemplo, la civilización de Etruria desapareció y quedó en el olvido durante 2000 años, hasta que fue descubierta, en nuestros tiempos, en las tumbas de esas tierras.

Los familiares de Cayo Mario fueron perseguidos después de que el cuerpo de Mario fue sustraído de su tumba y arrojado al río. Este crimen estremeció y ofendió a la gente, que dijo que el fantasma de Mario tenía hechizado el lugar con el fin de asustar a la gente del campo cada vez que se acercara una calamidad. Un familiar de Mario, llamado Mario Gratidiano, fue decapitado por uno de los oficiales de Sila y la cabeza fue colocada en la mesa del banquete de Sila.

Un sobrino de la esposa de Mario, de dieciocho años de edad, era esposo de Cornelia, la hija de Cinna, uno de los enemigos de Sila. Cuando Sila exigió que el joven se divorciara de su esposa, él se rehusó y huyó a las montañas Sabinas. Sila envió hombres en su busca para que lo asesinaran, pero la hora

de la muerte de este joven aún no había llegado. Familiares del joven y las vestales se presentaron ante Sila para rogarle que le perdonara la vida. Incluso algunos de los seguidores de Sila hablaron en favor del joven.

Sila cedió diciendo: “Le perdono la vida, pero ¡cuidado! En ese joven insignificante hay más de un Mario.” Así que este joven escapó con vida. Su nombre era Julio César.

El reino del terror había llegado a su fin. Sila forzó al pueblo a nombrarlo Dictador; entonces, dispuso todo para cambiar la forma de gobierno y poder destruir lo que quedaba de la República. Gobernó por decreto. Todavía era posible elegir Cónsules, pero estos tenían que obedecer al Dictador. Los tribunos, si eran elegidos, quedaban imposibilitados de ocupar un cargo más alto que éste en fecha futura; no podían votar ni proponer leyes en el Senado. En el periodo de las proscripciones, habían muerto 200 senadores y fueron reemplazados por 300 soldados que habían peleado al lado de Sila. Cualquiera que fuera nombrado Senador debía ser hijo de alguno de estos hombres: una sucesión hereditaria. Sila dio la ciudadanía romana a 10,000 soldados de manera que aumentara el número de sus seguidores.

En 79 aC, Sila, ya viejo, se retiró creyendo que ninguno como él había sido favorecido por los dioses. Se hizo llamar Sila el afortunado y se retiró a una casa en Cumae. Para celebrar su retiro, destinó un décimo de su riqueza a celebrar una gran fiesta con el pueblo. Sobró tanta comida, que el exceso fue paleada por montones al río. Regresó a una vida de placer y gozo, rodeado de entretenimiento. Comía y bebía en abundancia, leía literatura griega y dictaba las memorias de su vida, en las que decía que en su juventud se había profetizado que moriría después de una vida feliz y en la cumbre de su prosperidad.

En un sueño, nos cuenta, su difunto hijo se le apareció y le rogó que descansara de sus atribulaciones y se le uniera en la eterna paz y tranquilidad de las que ahora gozaba. Sila murió en 78 aC, a los 60 años de edad. Se le ofreció un magnífico funeral en el Campo Marte y fue sepultado ahí mismo, el campo del dios de la guerra. Su epitafio decía: “Ninguno de sus amigos tuvo para con él un gesto de generosidad, ni de sus enemigos un yerro, sin haber sido generosamente recompensados.”



Busto de César, Museo Nacional de Arqueología, Nápoles; Bustos de Craso y Pompeyo, Ny Carlsberg Glyptothek, Copenhague

## EL PRIMER TRIUNVIRATO

Después de la muerte de Sila, fueron tres hombres quienes lideraron Roma: Pompeyo, Craso y Julio César. Los tres llegaron al acuerdo de compartir el gobierno de Roma y sus provincias. Así ocurrió que, en lugar de dos cónsules, tres triunviros ejercieron autoridad en los asuntos romanos.

POMPEYO había ganado fama como general militar gracias a sus victorias sobre los seguidores de Mario en África y Sicilia. Mientras Roma estaba ocupada en guerras civiles, los mares estaban bajo el gobierno de piratas que saqueaban los buques mercantes. Los navíos piratas tenían mástiles de oro, velas púrpuras y remos cubiertos de plata. A Pompeyo se le asignó la tarea de limpiar los mares de piratas, lo cual logró en 40 días, al mando de 500 barcos. Fueron capturados 400 buques piratas, 13 fueron destruidos y ningún barco romano se perdió.

Mitrídates había recuperado fuerza y Pompeyo fue enviado a combatirlo, con la misma investidura que la de un rey. Sometió a Mitrídates y extendió el poderío romano desde el Eufrates y el mar Rojo hasta el océano Atlántico. Fue convocado para apaciguar una rebelión en España y fue nombrado Gobernador en España.

CRASO era el hombre más rico de Roma; sin embargo, su fortuna se originaba en el infortunio de otros, al menos eso se decía. Cuando Espartaco,

un líder tracio que había sido vendido como esclavo, encabezó una revuelta de gladiadores, fue Licinio Craso quien sofocó la rebelión y mató y crucificó a Espartaco y a 6,000 de sus seguidores. Tras llegar a triunviro, fue enviado al Asia Menor a gobernar las provincias romanas del oriente.

JULIO CÉSAR era seguidor de Mario. Simpatizaba por completo con la gente por lo que muchas veces fue portavoz del sentir popular, lo que hizo que se ganara el favor del pueblo y perdiera el favor del Senado. Quizá para librarse de él, fue enviado a la Galia como procónsul. En un periodo de nueve años conquistó toda Galia.

Cuando Craso fue asesinado en el Oriente, Pompeyo y su ejército se encontraban en Roma, y César y su ejército estaban en Galia. A pesar de que la esposa de Pompeyo, Julia, era hija de César, Pompeyo sentía enemistad hacia César. Cuando Julia muere, Pompeyo comenzó a instigar en contra de César en Roma. En la confrontación entre el Senado y el pueblo, Pompeyo estaba con el Senado.



*Julio César*, Nicholas Coustou (1658–1733), solicitada en 1696 para los Jardines Versailles, Museo del Louvre

## JULIO CÉSAR 100-44 AC

Julio César venía de una familia de la nobleza, era descendiente de Eneas, por lo tanto, de la diosa Venus. Se le ha descrito como alto y apuesto, con ojos negros y vivarachos. Vestía pulcramente, llevaba siempre la cara rasurada y era calvo, mas cubría la calva con el cabello de atrás peinado hacia arriba. Le gustaban las joyas y la buena comida. Era despilfarrador con el dinero, y pedía prestado a sus amigos cuando se acababa su dinero o vendía títulos romanos a príncipes extranjeros a cambio de oro para pagar espectáculos extravagantes en el circo y abultadas sumas por esclavos (siempre y cuando fueran bien parecidos).

César era un gran orador, había estudiado con un maestro griego. Era también un gran general. Escribió su propia versión de sus campañas en Galia y en otros lados, escritos que

nutrieron buena parte de lo que conocemos como historia romana. Manejaba a la perfección todas las armas y era un avezado jinete. Nunca se rendía a la fatiga e iba siempre al frente de sus tropas, casi siempre a pie. Llevaba la cabeza descubierta en todo tipo de climas. Disfrazado, penetraba las líneas enemigas en solitario para conocer los planes de batalla. Nunca permitió que un enemigo tuviera tiempo para recuperarse, y siempre lo obligaba a salir del campo de batalla tras haber sido vencido. Si una victoria se veía improbable, César hacía retirar los caballos de sus oficiales para que estos no tuvieran los medios para escapar. Él cabalgaba en un caballo especial, que él mismo había criado, con pies casi como de humano, puesto que tenía las pezuñas divididas en dedos. Los nigromantes habían predicho que quien poseyera ese caballo llegaría a ser dueño del mundo. El caballo no tendría otro jinete que no fuera Julio César, mas él daba escasa importancia a profecías u oráculos, buenos o malos, y decía: “Yo elijo mis predicciones”.

Nunca tasó a un soldado porque fuera rico o de noble cuna, sino sólo según su fuerza. Se dirigía a sus hombres no llamándoles soldados sino hermanos o compañeros soldados. Amaba tanto a sus tropas que, cuando uno de sus ejércitos sufría una derrota, no se cortaba el cabello ni se rasuraba la barba hasta que cobrara venganza por la derrota. Sus soldados, en consecuencia, lo amaban, y les infundía tanto valor que, incluso siendo inferiores en número, eran capaces de superar grandes ejércitos. Un valiente soldado de César conservó su posición de guardia en la entrada de una fortaleza hasta el final de la batalla, y cuando concluyó, había perdido un ojo, tenía un muslo y un hombro gravemente heridos y su escudo había sido perforado 120 veces.

César siempre trató a sus amigos con amabilidad y bonhomía. En una ocasión, atravesando un bosque, uno de ellos cayó enfermo. César le cedió el único sitio abrigado que encontraron esa noche para dormir y él durmió en el suelo y a la intemperie. Si se enfrascaba en un altercado con otro, César siempre estaba dispuesto a perdonar o a resolver la diferencia con el otro. Un hombre que había escrito insultos contra él, rogó después su perdón y César, de inmediato, invitó al hombre a cenar con él esa misma noche. Por otro lado, César no dudaba en mirar la sangre derramada en los grandes espectáculos deportivos en que los gladiadores peleaban a muerte, mientras la gente aplaudía.

Desde la muerte de Sila, Julio César, durante dieciocho años y como líder del partido popular, había intentado, esperanzado, traer de vuelta a Roma la grandeza y el honor sin la necesidad de un ejército. Como procónsul en Galia, al mando de muchas tropas, había sugerido que podía dismantelar su ejército y regresar a Roma para ganar un cargo de cónsul por medio de una elección, si Pompeyo estuviera de acuerdo con eso. Sin embargo, Pompeyo se rehusó. César se dio cuenta, entonces, de que no podría lograr nada para Roma a menos que fuera jefe de un ejército que peleara con él; ya tenía cuarenta años de edad.

Cuando el Senado envió la orden a César de dismantelar su ejército, pues de otra manera sería declarado enemigo de Roma, éste reunió a sus soldados y les pidió que lo apoyaran en su confrontación con el Senado. Los soldados se declararon listos para la acción y César los condujo a Italia.

El río Rubicón marcaba la frontera entre esa parte de Galia e Italia. La ley dictaba que nadie podía cruzar el río Rubicón al mando de un ejército. Ahora, de pie en las orillas del río, César estaba pensativo y dijo a los que estaban cerca de él: “Todavía podemos retroceder, pero, si atravesamos este pequeño puente, todo tendrá que resolverse con las armas”.

Mientras dudaba, apareció un ser de enorme tamaño y belleza, sentado en una roca y tocando una siringa. Los soldados lo rodearon para escucharlo, entre ellos había trompeteros. El ser tomó de improviso la trompeta de uno de ellos y la hizo sonar fuerte: el llamado a la guerra, y atravesó el río caminando.

Entonces César clamó: “Tomemos el curso que las señales de los dioses nos indican. ¡La suerte está echada!” *¡Alia iacta est!* Y atravesó el río conduciendo a sus legiones para emprender la marcha hacia Roma, tomando ciudades sin derramar una gota de sangre, puesto que la gente salía huyendo ante el recuerdo de Sila.

Pompeyo, que había sido nombrado cónsul por el Senado, salió de Roma antes de que César llegara a esta ciudad, huyendo hacia el Oriente, con la idea de que allá podría reclutar a más hombres, liberarse de Roma y ganar fuerza sobre la mayor parte de las posesiones romanas. César entró a Roma y tomó el mando. La gran pregunta fue: “¿Cómo tratará a sus enemigos?”

Cuando César supo que uno de sus viejos amigos se había ido con Pompeyo, dio órdenes de que su dinero y sus pertenencias le fueran enviados

a su propietario. César tomó el gobierno en sus manos y fue hecho Dictador. Convocó a la gente que había huido a causa de Sila, emitió ciertas leyes que acababan con injusticias y, así, en la vida cotidiana, los romanos comenzaron a respirar otra vez, puesto que nadie perdió la vida ni fue vejado.

Pompeyo sometió las tierras orientales de las que los italianos podían obtener maíz. César sabía que no podría obtener alimento para Italia, mientras Pompeyo tuviera el poder en el Este.

Ahora el campo de batalla para los romanos se extendía más allá del mundo Mediterráneo, con Pompeyo de un lado, listo para pelear en aras de su poderío personal y César del otro. ¿Qué era por lo que éste peleaba? ¿Era para establecer el espíritu romano, el amor por Roma, por la ley, el altruismo en el servicio? Grecia, Egipto, África y España serían los campos de batalla de César.

Andando tras Pompeyo en Grecia, César peleó contra él dos veces y lo derrotó otras tantas. Aunque Pompeyo obtuvo una victoria en la primera batalla, no la concluyó y permitió que César escapara. Pompeyo perdió el siguiente encuentro y huyó a Egipto. Pompeyo fue derrotado principalmente porque sus soldados eran hombres del Oriente, nada cercanos a Roma, y sus oficiales, si bien lo seguían devotamente, no eran leales a Roma ni entre sí. Cuenta la historia que durante la segunda batalla, César señaló a un joven soldado en la formación de Pompeyo y ordenó a sus hombres que lo trataran bien. Cuando se obtuvo la victoria, este joven, junto con otros, fue perdonado y bien acogido. Se le dio un cargo en el gobierno romano y tratado como si fuera hijo de César. Su nombre era Marco Bruto.

Después de que Pompeyo huyó de Grecia, César entró al campamento desalojado y encontró mesas servidas como para un banquete de celebración; también encontró todas las cartas, dirigidas a Pompeyo, escritas por hombres que se habían hecho pasar por amigos de César, contándole al primero los planes del segundo; y aunque César sabía que los nombres de estos detractores estaban escritos en las cartas, las tiró todas a un tiempo al fuego, sin leerlas.

Pompeyo fue a Alejandría, en ese momento gobernada por un Ptolomeo, descendiente de Ptolomeo, primo de Alejandro Magno. Este gobernante era un niño, cuyos asesores temían que César se enojara si Egipto le daba refugio a Pompeyo, pero también temían que Pompeyo se enojara si no se le daba asilo.



*César dando a Cleopatra el trono de Egipto*, Pietro de Cortona (1596–1669), Museo de las Bellas Artes de Lyon, 1637

Cuando César llegó a Egipto, los líderes egipcios le trajeron un presente: la cabeza de Pompeyo. César estaba horrorizado, volteó a otro lado y lloró. En una carta que escribió a sus amigos en Roma contándoles el triste suceso, dijo: “El único y máximo placer que encuentro en la victoria es perdonarles la vida a aquellos que han peleado contra mí”.

Después de llevar al trono a Cleopatra, y no a su hermano más joven, César salió de Egipto y se fue a Asia Menor para pelear contra el hijo de Mitrídates. Se refirió a su victoria con tres palabras: “*Veni, vidi, vici.*” (Vine, vi, vencí)

Después arremetió contra algunos de los seguidores de Pompeyo, en África, y los sometió, y también contra los hijos de Pompeyo, en España. El

mundo romano en su totalidad fue liberado del peligro de disturbios y revueltas. César regresó a Roma en 45 aC, se le reconoció el gran triunfo y fue hecho Dictador vitalicio. Nadie pudo ver que le quedaba muy poco tiempo de vida.

¿Cómo gobernó? Perdonó a sus enemigos, no concedió favores a sus amigos e incrementó el número de senadores; dictó nuevas leyes sobre la distribución del maíz y nuevas leyes para el justo arreglo de deudas; alentó la fundación de colonias y dio la ciudadanía romana a gente procedente de las provincias conquistadas, fuera de Italia. Reformó el calendario asignando el número de días a cada mes, en la forma en que lo usamos en el presente.

¿Cuáles eran sus planes? Esperaba y tenía previsto mejorar el puerto de Ostia, erigir hermosos edificios en Roma, reunir un acervo considerable de libros griegos y romanos para armar una biblioteca, reunir todas las leyes romanas en un libro, construir caminos y canales en las provincias y drenar tierras pantanosas para hacerlas tierras cultivables. Estaba determinado a usar la enorme cantidad de riqueza que había llegado a Roma mediante sus conquistas, para la grandeza de Roma.

A Julio César se le hicieron honores como a ningún otro se le hicieron antes. Los nobles le ofrecieron el título *de Rey*. Él lo rehusó diciendo: “Mi nombre es César, no Rey”. La gente lo respetaba por eso. Su persona fue declarada Sagrada y desde ese momento, renunció a su escolta y se movía acompañado sólo por amigos que no iban armados. Recibió el apelativo de ‘El Padre de su Nación’, un trono de mármol y oro y se colocaron estatuas de su persona en templos, como si fuera un dios. El mes de Quintilio fue renombrado Julio en su honor. A lo largo del año, sus días de victoria eran celebrados como días festivos, con juegos y sacrificios, y cada cinco años se apartaba un día especial de oraciones, en que los sacerdotes y las vestales ofrecían plegarias públicas para la seguridad de Julio César.

La mayoría de los hombres habría perdido la cabeza en estas circunstancias, habrían aceptado la corona y el nombramiento de Rey, se habrían vuelto personas tiránicas, voluntariosas y egocéntricas. César, en cambio, permaneció ecuánime, amable y generoso con todos. Antes de que el primer año terminara, el pueblo romano lo tenía en muy alta estima, como nunca antes había sucedido con los gobernantes previos. Sin embargo, algunos hombres no confiaban en él; pensaban que al final del camino, Julio César usaría su poder para beneficio personal. Quizá le tenían envidia. Por una u

otra razón, estaban contra él, pero mantenían su animadversión en secreto. Eran liderados por dos hombres a quienes César les había perdonado la vida después de derrotar a Pompeyo: uno era Casio y el otro era Bruto, Marco Bruto. Ellos eran quienes le habían sugerido a César recibir el título de Rey, con la esperanza de que la gente se le volteara.

El 15 de febero era el día en que se celebraba la Lupercalia, una fiesta en honor a Lupercal, dios de la naturaleza y patrón de la agricultura. Durante los ritos y las festividades, Julio César permanecía sentado en el trono de oro y mármol. Un hombre se le acercó y sacó de entre los dobleces de su túnica una corona, que ofreció a César como obsequio del pueblo romano. Los ojos de la multitud cayeron sobre él, se escucharon algunos débiles aplausos y luego un silencio reprobatorio. César levantó la mano y empujó la corona, lejos de sí. El hombre se la ofreció nuevamente, y César nuevamente la rechazó, esta vez diciendo: “Yo no soy el Rey, el único rey de los romanos es Júpiter”. Después ordenó que la corona fuera llevada al templo de Júpiter en el monte Capitolino y fuera colocada ahí, donde pertenecía.

Los hombres que conspiraban contra César fueron encontrando a otros que se les unieran. Llegaron a reunir entre setenta y ochenta aliados; muchos de ellos favorecidos por César con altos cargos en el gobierno y otras prebendas. Marco Bruto, jefe de los conspiradores, afirmaba ser descendiente de Bruto, uno de los dos primeros cónsules de Roma. Marco Bruto había aceptado todos los honores que César le había concedido y disfrutaba de la sensación de gloria que le daba la presencia de éste. Se sintió halagado en su afán de poder cuando los conspiradores lo nombraron como su asesor en jefe.

El 14 de marzo, César estaba cenando con sus amigos mientras conversaban sobre la muerte. Uno preguntó: “¿Cuál es la mejor manera de morir?”, a lo que César contestó: “La mejor muerte es la súbita e inesperada; es mejor morir de una vez que vivir con un permanente miedo a la muerte”.

Esa noche, la esposa de César tuvo pesadillas; tanto la asustaron que al siguiente día rogó a César no salir de casa para ir al Senado. Este 15 de marzo, los idus de marzo, correspondía, según un vidente, a uno de mal agüero y en que la vida de César peligraba. Un día, en la calle, este vidente se le había presentado a César, abriéndose paso entre la multitud, diciendo: “¡Cuídese de los idus de marzo!” Su esposa le recordó esto, pero César no solía conducirse por presagios, así que se dispuso a salir sin miedo.



*La muerte de Julio César*, Vincenzo Camuccini (1771–1844), Galleria Nazionale d'Arte Moderna, óleo sobre tela, 1804

En su camino, mucha gente lo rodeaba, como ocurría normalmente, acercándosele para entregarle peticiones escritas o recuentos de sus problemas. Una de esas personas era un hombre griego, amigo de César, que colocó en la mano de éste una nota, rogándole que la leyera cuanto antes. La nota hablaba de ciertas sospechas que el griego tenía, pues se había hospedado la noche anterior en casa de uno de los conspiradores. César no pudo leer la nota debido a la multitud, pero la conservó en la mano.

Cuando César entró al edificio del Senado, todos los senadores se pusieron de pie para recibirlo. Su silla había sido colocada frente al pedestal de la estatua de Pompeyo, y César fue conducido hasta ella por los hombres que más tramaban contra él. Tan pronto como tomó asiento, un hombre se le acercó para rogarle que su hermano, quien estaba en exilio, fuera traído a casa y perdonado. César le contestó que esta petición aún no podía ser considerada.

Entonces el hombre tomó con una mano la túnica púrpura de César y gritó: “Amigos, ¿qué están esperando?” Fue ésta una señal que recibió respuesta inmediata: más de una docena de hombres se precipitaron sobre César, empuñando dagas. Intentó defenderse, pero estaba rodeado. Adondequiera que volteara, era apuñalado. Al tiempo que tomó la mano del primer hombre,

quien lo había apuñalado en el pecho, otro lo atacó por un costado. Casio le apuñaló la cara y un cuarto hombre le penetró el muslo. Mientras todo esto ocurría, César alcanzó a ver que una de las dagas era empuñada por Bruto, con quien había hecho amistad. Dándole la cara a Bruto, César masculló: “*¡Et tu, Brute!*” y dejó de defenderse. Se cubrió la cara con la túnica y se dejó caer, indefenso y sangrando. Sus asesinos no se detuvieron ante esto: continuaron apuñalándolo hasta dejarle veintitrés heridas en su cuerpo sin vida. Su sangre bañó el pedestal de la estatua de Pompeyo.

Una vez consumado el asesinato, los senadores huyeron del edificio, dejando el cuerpo de César donde había caído. La gente formó aglomeraciones y cuando escuchó que César estaba muerto, hubo gran confusión. Bruto clamaba, frente a la multitud, que otro Tarquinio había sido derrocado por otro Bruto, pero la gente estaba tan enojada que no le impresionó la defensa de Bruto: corrió por toda la ciudad e incendió las casas de los asesinos, que huyeron de Roma.

Entonces la gente levantó una gran pira funeraria en el Foro, frente al palacio de los antiguos reyes de Roma. Colocaron el cuerpo de César en el centro de la pira, le prendieron fuego y la velaron toda la noche. Marco Antonio, uno de los amigos de César, leyó el testamento de César: dejaba sus jardines a la ciudad de Roma para uso de la gente, una cantidad de dinero para cada ciudadano, y como heredero, nombró a Cayo Julio César Octaviano, mejor conocido como Octavio.

Poco después, César ascendió al rango de dios ya que, en los primeros juegos celebrados en su memoria, apareció un cometa que fue visto todas las noches, durante siete noches. Se creyó que era el alma de Julio César.

Trajiste a las naciones una gran tierra madre,  
Levantaste al salvaje con tu domadora mano,  
Lo quebraste y le diste leyes que lo auxilian.  
Hiciste una ciudad de tierra dispersa.

– Rutilius Claudius Namatianus,  
poeta ad de principios del siglo V

## CÉSAR AUGUSTO 63 AC-14 DC

En Iliria, del otro lado del mar Adriático, un joven de dieciocho años estudiaba con un maestro griego. Era un joven especial porque era el sobrino nieto e hijo adoptivo de Julio César. Le llamaban Octavio.

Un día recibió una carta de su madre rogándole que huyera lejos, hacia el Este y sin demora, con el fin de escapar del peligro que los asesinos de su tío representaban para su vida. Así fue como recibió la noticia del asesinato. Se fue de inmediato a Roma, donde se enteró de que Julio César lo había nombrado su sucesor y único heredero de su fortuna; también se enteró de que Marco Antonio, el muy cercano amigo de Julio César, había tomado posesión de la riqueza de César y no estaba dispuesto a darla. Marco Antonio había sido nombrado Cónsul, por lo que no podía ser fácilmente cuestionado ni criticado. Fue amable con Octavio, sin concederle un ápice de la riqueza ni de poder al joven.

Octavio se dio cuenta, como lo había hecho Julio César, de que no llegaría a ningún lado sin un respaldo militar. Muchos de los soldados de César respondieron a su llamado para apoyarlo, incluso dos legiones de las tropas de Marco Antonio tomaron partido por él. En dos años, a la edad de veinte años y con un ejército apoyándolo, Octavio forzó a la gente a votar por él como cónsul. Después hizo una alianza con Marco Antonio y Lépido (otro poderoso líder) y así el pueblo votó por el Segundo Triunvirato.

Todos los opositores al Triunvirato fueron asesinados, al estilo de Sila; entre ellos estaba Cicerón, reconocido como el más grande orador y escritor romano, y quien quería preservar la vieja República. Fue asesinado por los soldados de Marco Antonio. Bruto y Casio, partidarios de la República, habían huido a Filipos, en Macedonia, y ahí lograron formar un poderoso ejército.

Octavio estaba, ahora, en alianza con Marco Antonio y ambos movieron hombres y armas hacia Macedonia para vengar la muerte de César. Una gran batalla se desarrolló en Filipos, y Bruto y Casio fueron derrotados, tras

---

\*Al nacer, su padre lo llamó Gaio Octavio; los historiadores se refieren a él como Octavio durante el periodo entre su nacimiento y el año 63, cuando fue adoptado por Julio César, momento en que tomó el nombre de Gaio Julio César Octaviano. A partir de ese punto, sus contemporáneos lo conocían como César; los historiadores se refieren a él como Octavio (44–27 aC).

lo cual, ellos mismos se quitaron la vida. Casio se suicidó con la misma daga con que apuñaló a Julio César.

Ahora, Octavio y Marco Antonio acusaron a Lépido de conspirar contra ellos, junto con Sexto, hijo de Pompeyo. Expulsaron a Lépido del Triunvirato y resolvieron que Marco Antonio gobernara el oriente y Octavio gobernara el occidente.

Para 34 aC Marco Antonio ya estaba establecido en Alejandría. Cautivado por la reina Cleopatra, se entregó complaciente a todo tipo de placeres y a la buena vida. Cuando Octavio supo que Marco Antonio tenía intenciones de hacer de Alejandría la capital del mundo romano, se embarcó en una flotilla de embarcaciones pequeñas y ligeras y retó a los barcos de Marco Antonio en Actium. Los grandes galeones de Marco Antonio fueron demasiado torpes para responder con eficacia al ataque de los pequeños barcos. Marco Antonio se rindió y poco tiempo después se suicidó. Cleopatra, tiempo después, también se quitó la vida.

La larga batalla entre el oriente y el occidente, que había comenzado con la batalla de Maratón en 490 aC, culminó en Actium en 31 aC, ya que César Octavio, gobernador de occidente, pasó a ser amo y señor de ambos dominios, oriente y occidente. Tenía 31 años de edad.

Octavio, soberano sobre cada centímetro cuadrado del territorio romano, recibió el título de Augusto (que significa ‘el honorable’). Se hizo llamar *Imperator* (que significa ‘comandante’) y no aceptó ser más que eso, pero *Imperator* llegó a significar más que un comandante militar: emperador llegó a significar gobernante de más de un país.

Cuando Augusto regresó a Roma después de la batalla naval en Actium, permitió que los senadores se consideraran a sí mismos como los que gobernaban. De hecho, más y más de la dirección de los asuntos en Roma y



Augusto, artista desconocido, Museos del Vaticano, siglo I, mármol blanco

sus territorios recaía en César Augusto, quien llevaba estos asuntos de manera pacífica. Por primera vez en doscientos años, las puertas del Templo de Jano estaban cerradas. La riqueza de Roma se incrementó como nunca antes, y aunque Augusto era un hombre de gustos sencillos, el gobierno romano se entregaba a todo tipo de excesos de los placeres que el dinero puede comprar.

Ahora “todos los caminos llevaban a Roma” desde lugares mucho más distantes que las ciudades italianas. Augusto no buscaba conquistar nuevas tierras, una vez establecidas las lindes del Imperio. Estas fronteras eran naturales: el Rin y el Danubio al norte, el Eufrates al oriente, el océano Atlántico al occidente y el gran desierto africano al sur. Octavio creía que el Imperio ya tenía el tamaño adecuado para ser bien gobernado y en él hubo paz durante su periodo como Emperador (31 aC a 14 dC, 44 años).

Las fronteras del Imperio Romano eran defendidas por las legiones romanas, es decir, soldados extranjeros a quienes se les daba la ciudadanía romana a cambio de sus servicios militares. Eran jóvenes de España, África, Egipto, Galia e, incluso, Alemania. Rara vez se veía a las legiones romanas en Roma, puesto que en Roma había paz.

Los impuestos eran usados para construir caminos, acueductos, puentes y edificios públicos; las legiones estacionadas en las fronteras eran las que hacían los trabajos. Aparecieron pequeñas poblaciones que emulaban a Roma, desde Jerusalén hasta Bretaña, cada una con su foro, su circo y su basílica o ‘salón de la justicia’. También en Roma aparecieron nuevos edificios.



Acueducto romano: Pont du Gard, Francia

En el mar Mediterráneo, numerosas embarcaciones llevaban gente de una parte del Imperio a la otra. Los viajeros eran funcionarios, arquitectos y estudiantes en su camino a Grecia; también en los caminos romanos era evidente el movimiento de viajeros. Uno podía ver al entrenador de un gobernador romano, una cohorte de quinientos legionarios marchando a su puesto de destino y a quienes todo mundo les abría paso, a un oficial llevando a un prisionero esposado, a un jinete del correo imperial o a elegantes damas llevadas en palanquines. Carretas y caravanas de camellos y mulas transportaban estaño desde Bretaña, especias de la India, tinte púrpura de Siria y, procedentes de Egipto: trigo, papiro, lino, vidrio y telas bordadas.

La “Pax Romana”, establecida por Augusto, resistió los disturbios ocasionados por las tribus bárbaras más allá de las fronteras del Imperio.

Para recompensar a Octavio por haber traído la paz al mundo romano, el Senado propuso brindarle honores como a un dios. Sin embargo, el sabio emperador quería saber, de lo que la Sibila le dijera, si el mundo vería algún día un hombre más grande que él. Según la leyenda escrita, Augusto escuchó una voz que dijo: “Un Niño celestial, Hijo del Dios viviente, nacerá de una Virgen sin mácula”. A partir de lo cual, el Emperador levantó un altar en el monte Capitolino, en el que se podía leer la siguiente inscripción: “Este es el altar del Hijo del Dios viviente”.

El 19 de agosto del año 14 dC, César Augusto, quien dio nombre al mes, estaba en su casa de campo, en Nápoles. Era ya un hombre con 76 años de edad y un estado de salud muy deteriorado. Pocos días antes, había asistido a los juegos celebrados en su honor. Desde ese momento, su fuerza se había ido mermando aún más y este día comenzó a tener dificultades para hablar. Sabía que estos eran sus últimos momentos de vida. Acostado en un diván, pidió un espejo para ver su cara. Pidió que se le peinara el cabello. Sus mejillas estaban hundidas y quería que se les diera volumen. Después vio el círculo de amigos que lo rodeaba, de pie, y preguntó: “¿Creen que he actuado bien mi parte en el escenario de la vida? Si así fue”, y aquí citó a un poeta griego: “¡Con gozo, sus voces se eleven en ruidosos aplausos para halagar al actor!”

Despidió a todos menos a su esposa Livia para que salieran del cuarto. Vio a su esposa, con quien había vivido feliz durante cuarenta años, y dijo: “Vive pensando en nuestra unión, Livia; adiós”. Con estas palabras, su espíritu dejó rápida y silenciosamente su cuerpo, como siempre lo había deseado. Su

cuerpo fue llevado a Roma por soldados que lo cargaban y avanzaban solo de noche, debido al excesivo calor del verano. El viaje tomó varios días.

Su ataúd, en la forma de un diván de oro, fue llevado desde su palacio en el Palatino al Foro. Fue envuelto en púrpura y, encima, colocaron una imagen del Emperador vestido con las túnicas propias de su cargo. En la procesión, se elaboró, de oro fundido, otra imagen de él, y también fueron llevadas imágenes de sus ancestros: Eneas y la diosa Venus. El Foro se llenó de gente que acudió a rendir honores a Augusto.

Al sonar de las trompetas y de tambores atenuados, la procesión funeral, seguida por multitudes de personas, avanzó lentamente a lo largo de la orilla del río Tíber hasta el Campo Marte, donde se había levantado la pira. Vino, aceite y especias fueron solemnemente vertidos sobre la pira. Después, el nombre del difunto César se dijo en voz alta tres veces, y cuando solo se escuchó el silencio, prendieron fuego a la pira. Las flamas y el humo se elevaron a gran altura. Viendo lo que ocurría, mucha gente creyó haber visto, en el humo, la forma de un águila, llevando el espíritu de Augusto a los cielos.

Así termina el tiempo en que el Imperio Romano fue organizado y establecido bajo el orden y la paz, un tiempo conocido como la época dorada de Roma.

## CÉSAR TIBERIO 42 AC-37 DC

Augusto previó dejar un testamento antes de su muerte, de su puño y letra y en pergamino, y lo dejó al resguardo de las vírgenes vestales; ellas lo mostrarían una vez que muriera. Lo llevaron al Senado donde se le dio lectura. En él, Augusto nombraba a quien debía ser el segundo emperador de los romanos: Tiberio, hijo de Livia, de un primer matrimonio, ya que Augusto nunca tuvo descendencia propia.

De niño, Tiberio había sido un chico solemne y silencioso. Tenía cabello color arena y ojos grandes, era miope por lo que



Soldados galos, Larousse Illustre, 1898

debía entornar los ojos para aclarar la imagen de lo que veía. Su madre hubiera querido que no entornara tanto los ojos, hubiera querido que se sentara derecho y que cerrara la boca, pues la llevaba abierta la mayor parte del tiempo, haciéndolo parecer un tonto; mas Tiberio no era tonto. Era extremadamente inteligente. Su interés en los asuntos del mundo de los adultos y su sensatez eran tales, que sus compañeros solían llamarlo “hombre viejo”.

A la hora de la comida, solía sentarse a escuchar la conversación entre Augusto y Agripa, yerno del Emperador. Tiberio imaginaba cómo gente y mercancía iba y venía, entre Roma y otras partes del mundo. Había visto cargamentos traídos en los lomos de animales de carga y en barcazas que subían por el río. Le interesaba pensar en todos estos cargamentos viajando de un lugar a otro como algo que unía países distantes y gente desconocida. Cuando creció tuvo muchas oportunidades de visitar tierras lejanas.

Antes de cumplir veintiún años, Tiberio fue enviado como soldado a España. El Emperador le encomendó conducir tropas más allá de las fronteras del Imperio, internándose en Armenia, con el propósito de coronar a un rey amigo de Roma. A su regreso, todavía de 21 o 22 años de edad, su padrastro lo envió a otra misión aún más honorable: ser el Gobernador de Galia. Cuando niño, Tiberio había visto a la gente extraña que vivía en los bosques del norte: galos, vestidos con sus abrigo de tartán escarlata y pantalones largos y peculiares, y también a los alemanes altos y rubios, vestidos con pieles de lobo, deambulando por las calles de Roma, mirando fijamente los edificios.

Cuando Agripa murió, Augusto sintió que su hija, Julia, debía tener otro marido. Los dos hijos de Julia, Gayo y Lucio, eran cercanos a Augusto, quien incluso había pensado que Gayo, algún día, tomaría su lugar. Estos dos niños necesitaban ahora un padre, y Augusto eligió a Tiberio, de quien dependía cada vez más. Tiberio no amaba a Julia, pero la desposó para complacer a Augusto. Julia no era como Tiberio. Ella amaba el placer y coqueteaba con los hombres que la rodeaban en los banquetes y los entretenimientos que ofrecía. Tiberio se halló en una situación terrible: su mujer, hija del Emperador, llevaba una vida escandalosa, mas no tenía el valor de decirle a Augusto la verdad sobre ella. La única solución era abandonar Roma y retirarse del servicio público.

La isla de Rodas siempre había atraído a Tiberio como un lugar para vivir, y ahí reunió a muchos de los maestros y eruditos tanto del oriente como del occidente. Ahí podía leer, estudiar y llevar la vida tranquila que él disfrutaba.

No ambicionaba el poder y encontró que la vida en Rodas era lo que realmente quería.

Cuando Gayo creció, Augusto lo designó gobernador de Armenia. Tiberio fue a visitarlo; habían pasado veinte años desde que Tiberio fue enviado ahí con una misión especial. En ese tiempo, Lucio fue asignado a puestos en Galia y España.

Mientras tanto, Julia, finalmente, representó un problema para su padre: se vio envuelta en tal escándalo que Augusto se avergonzó muchísimo y no quería ver a nadie. En ese momento, se dio cuenta de por qué Tiberio se había ido de Roma; entonces sacó a Julia de Roma y decretó un divorcio entre Julia y Tiberio. Augusto jamás volvió a ver a su hija.

Cuando el Emperador le escribió a Tiberio informándole sobre los últimos acontecimientos, Tiberio le rogó a Augusto no ser tan duro con Julia y expresó su deseo de que ella conservara todos los regalos que él le había dado. También pidió permiso de regresar a Roma, diciendo que, aunque no quería regresar a la vida pública, ayudaría a Gayo y a Lucio prepararse para su gran futuro. Para su desconcierto, Augusto se negó diciendo: “Ya que tan presto abandonaste a tu familia, puedes también ahorrarte cualquier angustia en torno a ella”. Leyendo estas palabras en la carta del Emperador, no podía sino preguntarse si alguna vez podría regresar a Roma.

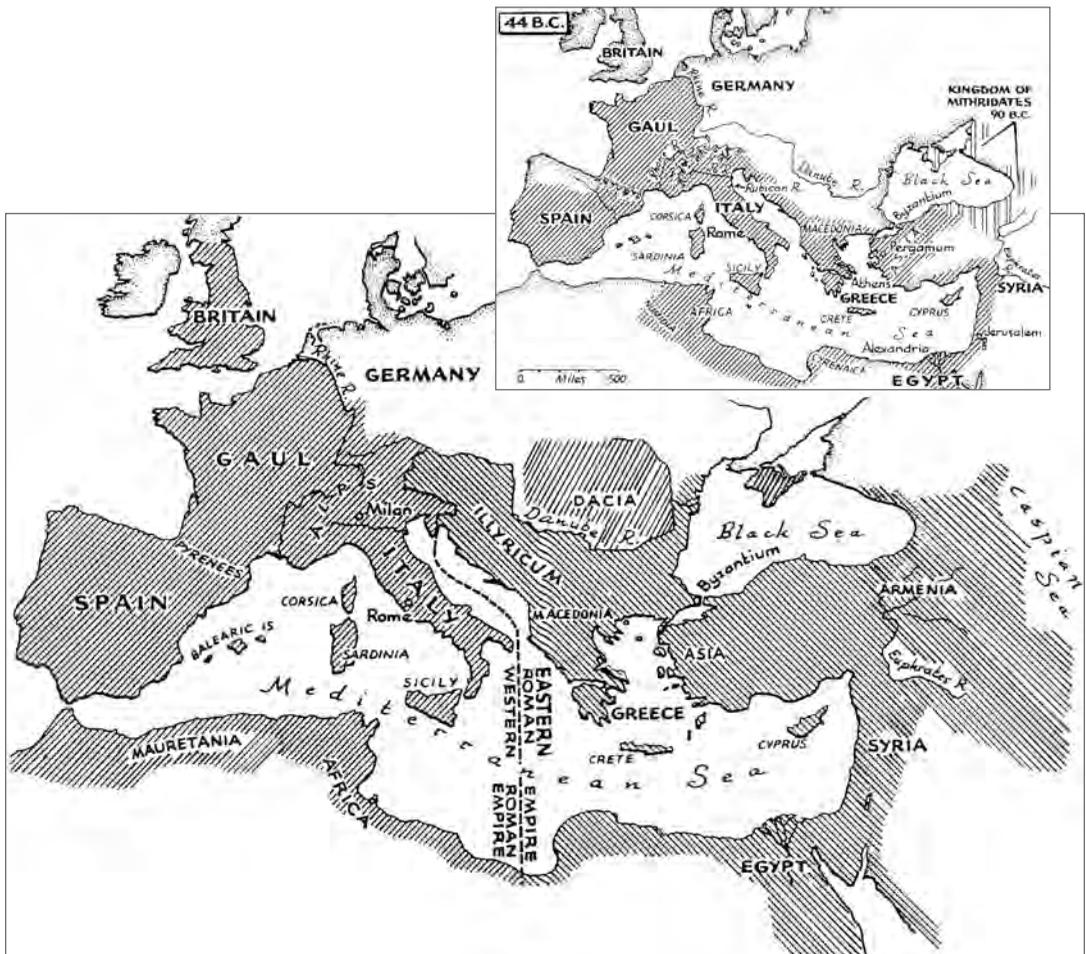
Cualesquiera que hayan sido las razones del Emperador para lo anterior, Livia no le dio tregua a su esposo hasta que él cedió y le envió a Tiberio una invitación a regresar a Roma. Así, un día del año 2 dC, cuando Tiberio tenía 45 años de edad, se embarcó en un galeón romano y, con todas sus pertenencias, navegó a la gran ciudad.

Durante el año que siguió a su regreso, Gayo fue herido y muerto en Armenia; Lucio sufrió de fiebres en España y murió en el camino de regreso a casa. Tiberio seguía sin querer entrar al servicio público, mas, dado que un joven jefe germano, en la frontera norte, estaba reuniendo un ejército para pelear contra Roma, Augusto convocó a Tiberio para ir y apagar la rebelión.

El joven germano, Hermann (Arminio era su nombre romano), había servido en las legiones romanas, como lo habían hecho muchos germanos, y tenía el sueño de que existiera un Imperio Germano similar al Imperio Romano. El territorio al norte del río Rin estaba semiconquistado por los romanos,

lo que no había impedido que estos administraran los asuntos de las tribus germanas ahí asentadas. Cuando Hermann sometió a todos los destacamentos y fuertes romanos en el lado germano del Rin, se temió que pudiera avanzar sobre Galia, que era territorio romano. Tiberio lo detuvo. Entonces Augusto y Tiberio decidieron no adentrarse en el lado norte del Rin, lo cual fue un hecho decisivo en la historia, que condujo a la independencia de la nación germana.

Augusto ya era un hombre viejo y Tiberio pasó a ser su continuo acompañante, lo fue durante los dos siguientes años, que precedieron a su muerte. Augusto adoptó a Tiberio como su hijo y heredero. Cuando se le dio lectura al testamento de César Augusto, el Senado buscó honrar a Tiberio César como había honrado a Augusto, usando su nombre para el noveno mes: septiembre. Tiberio atajó lo que él consideraba una tontería: “Solo hay doce meses”, dijo contundente, “¿qué harán si llega a haber trece césares?”



Mapa del Imperio Romano 117 dC. Inset: Imperio Romano 44 dC

Al principio, Tiberio fue un buen gobernante, aunque adusto y silencioso. Dictó leyes en contra de juegos y espectáculos fastuosos. Esto le restó popularidad, aun cuando estas leyes le ahorraran dinero a la tesorería romana. Dictó leyes fiscales justas para la gente en las provincias, las tierras lejanas, y eso aumentó su popularidad en esas tierras. Parecía tener mayor interés en la gente que no le era cercana, menos aún en quienes veía a diario. ¡Odiaba al populacho romano! Así como le parecía una soberana tontería tener un mes con su nombre, le parecía un sinsentido que otra persona que no fuera él gobernara Roma. Por ello comenzó a ser visto como un tirano y perdió la buena voluntad de muchos; después, pasó a sospechar que había quien tramaba contra su vida; por último, la enorme influencia que Sejano, un hombre intrigante que anhelaba el poder, ejercía sobre él lo llevó a escuchar el consejo de éste de irse de Roma a algún lugar cercano a Nápoles para vivir seguro y a salvo, mientras él, Sejano, se quedaba en Roma en su representación.

Sejano comenzó a acusar y a sentenciar a muerte a todos aquellos que, supuestamente, estuvieran hablando en contra de Tiberio, aunque fuera en broma. La ambición de poder de Sejano llegó a tal punto que, incluso, tramó contra Tiberio, quien, entonces, sospechó de Sejano y se aseguró de que este fuera capturado por traición y ejecutado.

Para entonces, Tiberio sospechaba de todos y de todo y sus últimos días transcurrieron en medio de actos de injusticia y crueldad. Por miedo, nunca regresó a Roma. Al cabo de 23 años de haber sido Emperador, murió en el año 37 dC, despreciado y sin ser extrañado. Tenía 75 años de edad.

# La situación del mundo en el tiempo en que nació Jesús

El poderío romano estaba en su máximo. En el pináculo de este poderío estaba el César. Un dicho popular era: “No hay más dios que el César”. No había una verdadera religión romana. Al principio, Roma había adoptado los dioses griegos, pero la veneración a estos dioses había ido perdiendo importancia, de modo que Augusto construyó nuevos templos para revivir la religión, pero también construyó un templo para ‘el divino Julio’, para que la gente adorara en él a Julio César. Había sido asesinado bajo la sospecha de que quería acaparar un poder terrenal demasiado grande, al tiempo que era adorado como si hubiera sido un dios. La gente había comenzado a ver al Emperador como un ser divino. Augusto recibió tal adoración que aparecieron estatuas de él por todos lados. Cuenta la leyenda que, aún después de su muerte, se iba a construir un templo para él en el monte Capitolino. Hace dos siglos se descubrió en Cumas un templo para adorar a Augusto.

Tiberio, sucesor de Augusto, no era ningún dios. Algo había cambiado. No entretenía a la gente; no celebraba juegos ni combates como espectáculo. A pesar de su juventud, mostraba gran interés por los sucesos de su tiempo en el mundo que lo rodeaba; era humilde y altruista para con el Emperador y había pensado en la vida. Cuando estaba en Rodas, había mostrado mucho interés por estudiar las estrellas.

En el año 6 aC una estrella particularmente brillante apareció en el firmamento. Los astrónomos descubrieron que en realidad se trataba de tres planetas: Saturno, Júpiter y Marte, que, juntos,



*La estrella de Belén* (detalle), Frederic Leighton  
(1830–1896), óleo en lienzo, 1862

brillaban en la constelación de Piscis. La llegada simultánea de estos planetas es un hecho notable que ocurre, en Piscis, cada 800 años aproximadamente. (En 800 dC nadie notó las estrellas; ocurrió en un periodo llamado Oscurantismo.) Su aparición simultánea fue percibida en 1604 dC y se prevé que ocurra otra vez en 2408 dC. Algunos piensan que esta brillante “estrella” fue la que guió a los Tres Magos en su travesía en busca del Niño Jesús.

## UN MESÍAS ANUNCIADO

Durante siglos, todas las mitologías soñaron en un Niño Divino: se habló de Él en el Templo de los Misterios; los astrólogos calculaban Su venida; las sibilas predecían la caída de muchos dioses paganos. Quinientos años antes de Cristo, Esquilo, el poeta y dramaturgo griego, se atrevió a incluir un personaje en una de sus obras de teatro diciendo que el reino de Júpiter llegaría a su fin, y debido a este atrevimiento casi pierde la vida en manos de los atenienses. Virgilio escribió que concluía la Era de Hierro y que una Era Dorada sería inaugurada por el nacimiento de un Niño, Hijo de Apolo, el Dios Sol.

No solo en el libro del Génesis, en la Biblia, sino también en las escrituras y escuelas de misterios de los antiguos India, Egipto y Grecia, se enseñaba que Dios hizo al hombre a su semejanza. En el misterio de Dionisio, se creyó que las almas de los seres humanos venían del humo de su cuerpo cuando fue destruido por los Titanes; y que cuando las almas de los hombres ascendían a los cielos para reunirse con el corazón de Dionisio, puesto por Atenea como un sol en el cielo, entonces Dionisio revivía.

La enseñanza del misterio es la siguiente: en cada ser humano hay una chispa de Dios. En ciertos periodos de la historia humana, cuando se trata de salvar a la humanidad del mal, viene un elegido en el que lo divino se hace presente. Este elegido es llamado el Mesías.

## HISTORIAS DE LA VIDA DE CRISTO

Entre los pueblos conquistados por Roma estaba aquel llamado ‘los hijos de Dios’. Era el pueblo de Israel, que adoraba a Jehová, el único Dios. Había sido conquistado y gobernado por naciones que no creían en Jehová, a saber: los asirios, los persas y, ahora, los romanos. Con el paso de los siglos, el pueblo hebreo esperaba la llegada del Mesías, que lo libraría de las cadenas y a Quien habían anunciado todos los profetas hebreos. Así, la gente de Israel,

los sacerdotes de las escuelas de misterios en el Oriente y ciertos astrólogos que creían en las profecías estaban llenos de asombro y veneración ante el nacimiento del Cristo.

Jehoshoua, a quien llamamos Jesús, era el hijo de Miriam, a quien llamamos María y que era esposa de un carpintero llamado José. María de Galilea era de noble cuna.

Jesús nació durante el reinado de César Augusto, cuando las puertas del templo de Jano estaban cerradas. Roma, el mayor poder sobre la Tierra, estaba en paz. El rey Herodes gobernaba Jerusalén para Roma. Cuando los tres reyes procedentes de tierras orientales vinieron a buscar “al nuevo rey”, cuyo nacimiento había sido anunciado por una estrella, Herodes sospechó y sintió miedo. Escondió su miedo y les dijo a los tres reyes que encontraran al Niño y le hicieran saber dónde lo habían encontrado para que él fuera también a adorarlo.

Después de que los tres reyes encontraron al Niño y le entregaron los regalos que le llevaban: oro, incienso y mirra, fueron advertidos por Dios, mediante un sueño, que no regresaran a Herodes y que regresaran a sus países por otro camino.

Entonces, en un sueño, un ángel advirtió a José que debería llevar a la madre y al Niño a Egipto para escapar de Herodes. Consumado este hecho y viendo que los reyes del oriente no regresaban, Herodes decretó que todos los niños varones de dos años o menos fueran asesinados. Muchas fueron las madres que lloraron a sus hijos muertos. “Se oye una voz en Ramá; gran llanto y gemido: es Raquel, que llora a sus hijos, y no quiere ser consolada, porque perecieron”. (San Mateo, Capítulo 2)

Después de que Herodes murió, un ángel se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma al Niño y a su madre, y regresa a Israel, porque los que querían matar al Niño han muerto ya”. Cuando José regresó a Israel, escuchó que el hijo de Herodes era rey, y temiéndole, llevó a su familia a Galilea, a una ciudad llamada Nazaret. Ahí se estableció y recuperó su oficio como carpintero.

El niño Jesús ayudaba a su padre en la carpintería; José murió siendo Jesús todavía joven. José tenía hermanos que podían hacerse cargo de la carpintería, de modo que María le dio permiso a Jesús de irse de la casa y



*Cristo en la casa de sus padres (el taller de carpintería)*, John Everett Millais (1829–1896), óleo en lienzo, Tate Gallery, Londres, circa 1849

reunirse con una fraternidad de hombres que vivían en un lugar remoto donde dedicaban sus vidas y pensamientos a Dios y a los misterios que les habían sido develados desde tiempos antiguos. Los hombres de esta fraternidad eran llamados esenios.

Apenas en los últimos veinte años, más o menos, los arqueólogos han venido encontrando cuevas cercanas al mar Muerto, en las que se encontraron papiros con textos de los esenios. Los papiros eran tan viejos, tan frágiles, que debían ser manipulados con cuidado para que no se desmoronaran y pudieran ser leídos para recuperar nuevos fragmentos de la historia de esos tiempos. Los papiros han revelado la existencia, entonces, de una tremenda lucha entre las fuerzas de la luz y las fuerzas del mal en distintos aspectos de la humanidad.

Jesús de Nazaret pasó varios años con los esenios. Estudió los secretos de la naturaleza externa y adormeció sus sentidos físicos para meditar sobre la humanidad y su propósito de vida. También se preguntó a sí mismo: ¿Por qué estaba vivo? ¿Para qué estaba vivo?

Llegó el momento en que el líder de la orden de los esenios, figura que solía llegar a los 100 años de edad, sintió que Jesús mostraba signos de ser tan

grande como los profetas de antaño y que merecía beber del cáliz de oro del que, de acuerdo con los esenios, Moisés y Abraham habían bebido. Sin embargo, nadie podía decirle a Jesús qué sería de su vida; él tendría que descubrir eso por sí solo. “Nada desde fuera; todo desde dentro”. Esto era el opuesto total de lo que se había desarrollado en el Imperio Romano en aquella época. La gente era, como nunca antes lo había sido, gobernada por leyes externas.

En ese tiempo, un hombre llamado Juan El Bautista predicaba frente a las multitudes que se reunían a su alrededor, que el Mesías vendría pronto para sacar a los romanos y reestablecer el reino de Israel, con paz y justicia, y que para prepararse para su llegada, la gente debía arrepentirse de sus pecados. Como símbolo de este arrepentimiento sincero, los llevaba a las aguas del río Jordán para lavar en ellas sus pecados. De todas partes de Palestina venían multitudes para escuchar a Juan y ser bautizados en las aguas del Jordán; después se quedaban en sus orillas, acampando, en espera de la llegada del Mesías.

Sucedió entonces que Jesús se unió a las multitudes y se presentó frente a Juan El Bautista para ser bautizado. En el evangelio según San Mateo, Capítulo 3, la escena se describe así:

Apenas fue bautizado, Jesús salió del agua y, en ese momento se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y descendía sobre él. Y una voz que venía del cielo decía: —Este es mi Hijo amado, en quien me complazco.

Entonces Jesús partió. Juan el Bautista quedó maravillado, seguro de que había visto al Mesías, “alegría de sus días”.

Mientras todo esto ocurría, César Tiberio tenía 74 años de edad y se aproximaba el fin de su vida; Poncio Pilato era el gobernador romano de Israel.

Después de su bautizo, Jesús fue llamado el Cristo, que significa “el ungido”. Esto significaba que Jehová lo había elegido a Él y estaría con Él. Tras alejarse del río Jordán, Jesucristo se internó solo en las montañas, donde permaneció cuarenta días. Un estudioso de la vida de Jesús escribió que Jesús fue a una cueva designada por los esenios para los pupilos que querían encarar la prueba de la soledad, como lo habían hecho los antiguos egipcios. Y así como Buda se había retirado en solitario para meditar bajo el Árbol Bodhi hasta encontrar la respuesta sobre la bondad de Dios frente al sufrimiento humano,

así Cristo buscó encontrar una respuesta a las preguntas que el mundo le planteaba. ¿Cuáles eran esas preguntas?

¿Habían triunfado los reyes y sacerdotes de Israel sobre las fuerzas del mal en el mundo? No. Israel estaba muriendo bajo la espada romana. ¿Pondría la espada fin al reino de la espada? ¿Debería conducir a su pueblo para derrocar el poderío de Roma en la Tierra? ¿O debería decir a la gente que busque el Reino de Dios en su interior?

Al final de los cuarenta días, Cristo tenía hambre, dice la Escritura, puesto que no había comido nada. Entonces se le apareció Satanás, rey de este mundo, quien le dijo: “Si eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes”. Y Jesús contestó: “No solo de pan vive el hombre”.

Entonces Satanás lo llevó a la cima de una montaña desde donde podía verse todos los reinos del mundo al mismo tiempo y le dijo: “Todo esto te daré, si te postras y me adoras”.

A lo que Cristo contestó: “Adorarás al Señor tu Dios y solo a él le darás culto”.

Después Satanás lo llevó a la parte más alta de un templo en Jerusalén y le dijo: “Si eres Hijo de Dios, tírate abajo porque escrito está: A sus ángeles mandará por ti, para que te lleven en sus brazos...” Cristo contestó: “También está escrito: No pondrás a prueba al Señor tu Dios”. Viendo Satanás que no lograba hacer caer a Cristo en ninguna de estas tentaciones, desapareció.

Entonces Cristo bajó de la montaña a Galilea y entró a sus sinagogas y comenzó a discutir con los presentes el significado de la Ley dada por Moisés y los dichos de los antiguos profetas. La gente comenzó a seguirlo para escuchar sus palabras. De entre quienes lo seguían, eligió a doce hombres —simples recaudadores de impuestos, pescadores y así— como discípulos. Esperaba poder comenzar, con estos doce, a traer el Reino de los Cielos a las almas de la gente en la tierra.

Jesús no tenía casa, iba de un lado a otro, siempre acompañado por los doce hombres que había escogido como discípulos. Al principio los doce discípulos creyeron que el Reino de los Cielos era un gobierno judío, que Cristo sería coronado Rey y que ellos serían sus Ministros. Sin embargo, las palabras de Cristo eran: “El Reino de los Cielos está en ustedes”, y enseñaba

de muchas maneras a quien lo escuchara. Decía que para encontrar el Reino de los Cielos: “Ama a tu prójimo como a ti mismo. Ustedes sean perfectos como su Padre Celestial es perfecto” y “Así que cuantas cosas queráis que los hombres os hagan a vosotros, así haced vosotros con ellos, porque esto es la ley y los profetas”.

Otras palabras que utilizó para instruir sobre el Reino de los Cielos son dadas por Mateo, uno de sus discípulos:

Bienaventurados los pobres en espíritu porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los humildes porque heredarán la tierra.

Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que construyen la paz porque ellos serán llamados hijos de Dios

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia porque de ellos es el reino de los cielos.

Durante dos años Cristo estuvo entre la gente, y sus seguidores aumentaban cada día porque deseaban entender sus enseñanzas, deseaban que Él los redimiera de sus congojas y porque gustaban de ver Sus milagros. Les enseñaba mediante parábolas, pequeñas historias que guardaban los misterios del conflicto entre el bien y el mal, lo justo y lo injusto, sabiduría e ignorancia. Los Evangelios nos hablan de los milagros que hacía al curar a la gente, revivir a los muertos y aquietar los elementos. Muchas parábolas nos hablan de esto.

En el Evangelio según San Mateo se lee:

Jesús subió a una barca y sus discípulos lo siguieron. De pronto se desencadenó una gran tempestad en el lago de tal manera que las olas cubrían la barca, pero Jesús estaba dormido. Los discípulos se acercaron y lo despertaron diciéndole: —Señor, sálvanos, que nos hundimos. Él les dijo: ¿Por qué tienen miedo, hombres de poca fe? Entonces se levantó, ordenó calmarse a los vientos y al lago y sobrevino una gran calma. Y aquellos hombres, maravillados, se preguntaban: ¿Qué clase de hombre es este, que hasta los vientos y el lago le obedecen?

En el mismo Evangelio también podemos encontrar la parábola del segador:

Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, unas semillas cayeron al borde del camino; vinieron los pájaros y se las comieron. Otras cayeron en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra; brotaron en seguida porque la tierra era poco profunda, pero cuando salió el sol se marchitó la planta y se secó porque no tenía raíz. Otras cayeron entre la maleza y cuando la maleza creció las ahogó. Finalmente otras semillas cayeron en tierra buena y dieron fruto: un grano dio cien, otro sesenta, otro treinta. El que tenga oídos, que oiga.

Entonces Jesús interpretó esta parábola a sus discípulos: las semillas sembradas al borde del camino son como aquellos que escuchan la palabra del Reino y no la entienden, y los pájaros son las fuerzas del mal que arrebatan la palabra de Dios que ha sido sembrada en sus corazones. Las semillas sembradas en terreno pedregoso son como aquellos que escuchan la palabra de Dios y la reciben con presteza y alegría, pero no echa raíces en sus almas: tan pronto como los demonios se les aproximan, tropiezan y caen. Las semillas sembradas entre la maleza son como los que escuchan la palabra celestial, pero están más ocupados del mundo y sus riquezas, y esto acaba por ahogarlos y no dan fruto. Las semillas sembradas en tierra buena son como aquellos que escuchan la palabra de Dios y la entienden y que, gracias a ella, proveen fruto de bondad y misericordia como dones celestiales.



Durante la vida de Cristo, muchas fueron las almas como las semillas sembradas en buena tierra, pero también muchas fueron como las semillas sembradas entre la maleza. Muchos guardaron su palabra para llevarla al futuro, pero fueron odiados por los fariseos y los saduceos; ambos, intérpretes de la ley judía.

En aquellos días de poderío romano, Jerusalén, la ciudad santa de los judíos, estaba rodeada por un muro en el que los legionarios romanos, con lanzas en mano, vigilaban atentos. Aquí, Salomón construyó su templo,

Dibujo de un legionario romano, Antoine Glédél, 2008

que después fue destruido y más tarde reconstruido con mayor magnificencia por el rey Herodes. El sueño de todo judío era visitar este templo. Cuando Jesús cumplió doce años de edad, sus padres lo llevaron a conocer el templo.

Al entrar al templo, Jesús habría visto y admirado el esplendor de los pórticos de mármol desde los que los fariseos predicaban la ley judía, vestidos con ricas prendas. Habría visto el santuario, o lugar sagrado, en el que los sacerdotes, vistiendo túnicas púrpuras y escarlata, decoradas con oro y gemas preciosas, sacrificaban cabras y bueyes, salpicando a la gente de sangre mientras repartían bendiciones.

Ya en la ciudad y caminando por las calles, Jesús seguramente vio mendigos, pálidos por el hambre, y gente con rostro sombrío, que vivía sumida en sus recuerdos de torturas y guerras pasadas, en manos de los conquistadores romanos. Saliendo de la ciudad, habría visto dementes que salían de entre las oscuras barrancas y cuevas, gritando maldiciones a vivos y muertos. Bajando por una ancha escalinata hasta la piscina de Siloam, profunda como un pozo, podría haber visto, a un lado de las amarillas aguas, leprosos, mutilados, gente cubierta de llagas, algunos pidiendo ayuda, otros tan alelados por el sufrimiento que ya eran insensibles a todo. “¿De qué servía el templo, entonces? ¿De qué servían los sacerdotes, los himnos, los sacrificios, si no pueden aliviar toda esta penuria?” Estas preguntas permanecieron como parte importante de las enseñanzas de Cristo, y “al oír las parábolas de Jesús, los principales sacerdotes y los fariseos comprendieron que Él hablaba de ellos”.

Entonces los fariseos intentaron sorprenderlo en alguna de sus palabras, y le preguntaron: “¿Es lícito pagar impuesto al César, o no?” Le mostraron una moneda con la imagen del César en ella. Cristo les dijo: “Pues den al emperador lo que es del emperador y a Dios lo que es de Dios”.

Los saduceos también se acercaron a Cristo para cuestionarlo y tratar de engañarlo con sus preguntas. Los saduceos eran una secta de la clase alta de los judíos que aceptaban los cinco libros de la Ley de Moisés pero no creían en la resurrección de los muertos ni en la existencia de ángeles y demonios. Cuando le preguntaron qué podía decir sobre la resurrección, Él, a su vez, les preguntó: “¿No han leído lo que Dios les dijo a ustedes: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Él no es Dios de muertos, sino de vivos”.

No fue hasta que Cristo habló a las multitudes y a sus discípulos sobre los fariseos y los saduceos, llamándolos hipócritas, que estos comenzaron a tramar contra Él. Algunas de las frases con las que se refirió a ellos son:

“Dicen y no hacen”.

“Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de la gente, pero ellos ni con un dedo quieren moverlas”.



Photo from James Emery, Douglasville, US

Detalle de un mural en la iglesia de Santa María Magdalena. Hay variaciones; la idea central de la historia es que después de la Resurrección, María Magdalena viaja a Roma y cena con César Tiberio. Mientras comen, ella le cuenta sobre Jesús, la crucifixión y su resurrección. Incrédulo, César Tiberio exclama: “¡Un hombre no puede levantarse de entre los muertos más que el huevo que tienes entre tus manos tornarse rojo!” Milagrosamente, el huevo se tiñe de un profundo carmín frente a los ojos del emperador en testimonio del poder de Dios para levantar a Jesús de su tumba.

“Antes, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres, pues ensanchan sus filacterias (cajas de oración) y extienden los flecos de sus mantos; y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en las plazas y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí”.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, porque cerráis el Reino de los Cielos delante de los hombres!”

“Guías ciegos, que coláis el mosquito y tragáis el camello”.

Y fue uno de los discípulos de Cristo, Judas Iscariote, quien acudió con los jefes sacerdotales y les dijo: “¿Qué están dispuestos a darme si les entrego a Jesús?” Le dieron treinta piezas de plata.

Después de que Cristo fue sacrificado y levantado de entre los muertos y ascendió a los cielos, aumentó el número de sus seguidores en el mundo romano. Existe un relato que cuenta que cada uno de los discípulos contribuyó con una parte de lo que hasta hoy se recita en las iglesias cristianas, conocido como El Credo de los Apóstoles.

## EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Creo en Dios Padre, Todopoderoso,  
Creador del cielo y de la tierra.  
Y en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor,  
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,  
nació de Santa María Virgen,  
padeció bajo el poder de Poncio Pilato,  
fue crucificado, muerto y sepultado,  
descendió a los infiernos,  
al tercer día resucitó de entre los muertos,  
subió a los cielos  
y está sentado a la derecha de Dios Padre, Todopoderoso.  
Desde allí vendrá a juzgar a vivos y a muertos.  
Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica,  
la comunión de los santos, el perdón de los pecados,  
la resurrección de la carne y la vida eterna. Amen

# Tiempos de Cambio

Los romanos se habían entrometido tanto en las vidas de otros pueblos, parte del Imperio, que comenzaron a perder su identidad como romanos. Egipcios, griegos y germanos podían pasar a ser ciudadanos romanos como consecuencia de unirse a las legiones romanas; muchas personas que eran originalmente romanos se establecieron y continuaron sus vidas en las tierras lejanas de Roma. La ciudad de Roma se convirtió en una más de las ciudades romanas, y dejó de ser el centro del imperio.

En este sentido, los romanos abandonaron no sólo Roma, sino también a los dioses romanos, y los dioses de otras tierras fueron traídos a Roma. Así, aparecieron en Roma templos dedicados a Isis o imágenes del dios persa Mitra o de Cibeles, la diosa frigia. En las calles, uno podía toparse con magos y adivinos procedentes de Egipto, Persia o Grecia, quienes vendían sus servicios y amuletos a quien pagara lo justo.

Cuando Tiberio escuchó de los sucesos en Palestina, pidió incorporar a Cristo al panteón romano, pero el Senado ignoró su petición. Mucho había cambiado desde los tiempos antiguos en que unos cuantos elegidos eran los autorizados para entrar en los templos escuela y seguir una preparación para ser iniciados en los misterios de los dioses. Estos elegidos eran después los líderes de los pueblos y debían usar su sabiduría con fines altruistas y para el beneficio de los demás. Tenían la obligación de enseñar a otros a partir de esa gran sabiduría. Sabían que si usaban su conocimiento con fines egoístas, ponían en marcha las fuerzas del mal en el mundo. Y ahora, esos secretos sagrados de la vida y de los dioses no estaban ya en manos de hombres buenos. Eran utilizados por más de un aventurero para beneficio personal, por hombres que, ajenos a una piadosa actitud, adolecían de una oscuridad interna: la nada y el miedo dentro de sí mismos. Uno de estos hombres llegó a ser emperador de Roma después de César Tiberio.

## CALÍGULA

De niño, Cayo había vivido en un campamento militar en el que su padre, Germánico (sobrino de Tiberio), era oficial. El niño era llamado Calígula, que significa “pequeñas botas”, que usaba junto con réplicas del yelmo y la armadura de un soldado romano. Jugaba, entonces y después, a ser soldado.

Tiberio nombró a Calígula como su sucesor. Al principio fue aclamado con alegría por el pueblo romano ya que reabrió las arenas y permitió los combates de gladiadores y los juegos para que la gente volviera a contar con formas de entretenimiento. Dio el perdón a muchos hombres condenados y gastó dinero tan sobradamente que en nueve meses las arcas ya estaban vacías. Entonces la alegría cambió a inquietud ya que, para conseguir más dinero, Calígula comenzó a condenar a hombres ricos por delitos —o no delitos— en contra de Calígula, para así borrarlos de su camino y quedarse con su riqueza.

Después se dio a sí mismo el título de “El más grande y mejor César” y aparecía en público con una barba dorada sobrepuesta en su barbilla y sosteniendo con una mano el trueno simbólico del dios Marte. En otras ocasiones aparecía vestido de Venus. No mucho después de estas apariciones se proclamó a sí mismo dios. Mandó a construir templos en su honor y a sacerdotes a guardarle culto; decía ser el hermano de Júpiter y mandó a construir un puente desde su palacio en el monte Palatino hasta el templo de Júpiter en el Capitolio: cruzaba el puente y entraba al templo, se detenía a un lado de la imagen de Júpiter y susurraba algo al oído de la imagen, después llevaba su oído a la boca de Júpiter como si estuviera escuchando la respuesta del dios. Era frecuente que le gritara a Júpiter, como si estuviera muy enojado.

En el templo erigido en su honor había una imagen dorada de Calígula. Todos los días se le cambiaba de atuendo, similar éste al que él usara ese día. Lo siguiente fue mandar a cortar las cabezas de todas las estatuas de los otros dioses y colocar, en su lugar, modelos de su cabeza. No solo actuaba como si fuera un dios en la Tierra, sino que en luna llena decía comunicarse con la luna, simulaba abrazarla como si él también fuera un cuerpo celestial, un ser



*Emperador Calígula, anónimo, Museo de Louvre*

celestial. Sin embargo, a pesar de que se decía ser un dios, vivía con tal miedo que siempre estaba rodeado por guardaespaldas muy fuertes.

Calígula nunca dedicó su atención a asuntos militares salvo fingiendo. Una vez condujo varias tropas a la frontera con Germania y envió parte de ellas a cruzar el Rin fingiendo que atacarían después de caída la noche. Así lo hicieron y pelearon una batalla de mentiras; a todos aquellos que no habían participado en esta batalla los llamó “cobardes”. Al regresar bordeando la costa como si fuera a atacar a Bretaña, ordenó a sus tropas a recoger conchas en la arena para llevarlas a Roma, triunfalmente, como el “botín de guerra”.

Amaba la compañía de aurigas y caballos. Incluso dio a su caballo favorito un establo de mármol y un comedero de marfil. El caballo usaba cinchos escarlatas y un brazalete con piedras incrustadas y era atendido por un séquito de esclavos. Calígula convidaba a sus invitados a comer en el establo de mármol, firmando las invitaciones con el nombre del caballo: Incitato. Tenía planes de nombrar cónsul al caballo.

Paralelo a todo esto, Calígula cometía crímenes atroces a voluntad y presumía el poder que tenía sobre las vidas y la forma de morir de los romanos. “Si el pueblo romano tuviera una sola cabeza, se la cortaría de una vez”. Una vez, un hombre inocente fue condenado a muerte por error. Cuando lo supo, Calígula dijo: “No importa, es tan culpable como el que más”.



*Un emperador romano*, representando el asesinato de Calígula y el ocultamiento de Claudio, Lawrence Alma-Tadema (1836–1912), Museo de Arte Walters, Baltimore, 1871

Calígula era un hombre alto y pálido, con piernas delgadas. Tenía los ojos hundidos y una boca débil; el labio superior le colgaba sobre el inferior. Se dice que de niño había sufrido ataques epilépticos. Ya mayor, no podía dormir durante la noche más de dos o tres horas por lo que permanecía sentado en su cama o caminaba por los pasillos del palacio, esperando a que llegara el día. Fue en una noche de estas, en que deambulaba, cuando uno de sus guardaespaldas se le acercó y lo estranguló hasta causarle la muerte, cuatro años después de que había sido nombrado emperador.

## CLAUDIO I I 44-54 DC

El tío de Calígula tenía un largo nombre: Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico. Mientras Calígula estaba siendo asesinado, Claudio estaba escondido tras las cortinas de un balcón del palacio, apanicado. Uno de los guardias vio sus pies tras las cortinas y lo sacó de su escondite. Claudio cayó de rodillas, suplicando misericordia; el soldado lo proclamó el nuevo emperador y lo condujo hasta donde estaban los demás guardias. Al siguiente día, el Senado lo aceptó como el cuarto emperador de Roma, aun cuando nunca antes había ocupado ningún puesto de gobierno.

A fin de cuentas, los trece años de su gobierno resultaron benéficos para el Imperio. Entre sus logros, hubo mejoras en el puerto de Ostia, nuevos edificios y acueductos en Roma y la conquista de Bretaña en una guerra que duró ocho años. Como emblema de este suceso llamó a su hijo Británico. También convenció al Senado de permitir que los galos llegaran a ser senadores.

Agripina, esposa de Claudio, ganó gran poder como emperatriz. Tenía un trono al lado del de su esposo, un hijo que era sólo de ella y que estaba decidida a que fuera el heredero de Claudio. Su influencia en su esposo logró su objetivo: fue este hijo, y no el de Claudio, el heredero.

## EL “DIVINO” NERÓN

La manera en que Nerón llegó a ser emperador nos anuncia lo que su régimen (54–68 dC) sería. Su madre, Agripina, quería todo el poder por medio de su hijo. Cuando las estrellas se alinearon con Nerón, se libró de Claudio sirviéndole champiñones envenenados. Después de su muerte, ordenó que se guardara luto público y nombró al César Claudio como nuevo dios de Roma, siendo ella su sacerdotisa.

Durante los primeros cinco años del régimen de Nerón, la gente sintió que sería un buen emperador, mas ahora sabemos que ello ocurrió gracias a la buena influencia de Séneca, su maestro, quien lo aconsejaba y le escribía todos sus discursos. Séneca había sido maestro de Nerón desde los años mozos de éste, 14 a 16 años de edad. Conocía bien a Nerón y sabía que en su naturaleza había una peligrosa obstinación en hacer su voluntad y un autocontrol débil. Sabía que Nerón era egoísta y, al mismo tiempo, fácilmente influenciable. Séneca quería asegurarse de que la influencia siempre fuera positiva, a toda costa. Por otra parte, Agripina estaba en el extremo opuesto de Séneca y en esta lucha de poder entre Séneca y Agripina, no tardaron en suceder hechos funestos, uno tras otro.

Bajo la influencia de Séneca, Nerón se contenía, respetaba al Senado y trataba de gobernar bien. Como Agripina no quería esto, amenazaba a Nerón con derrocarlo y poner a Británico en su lugar. Británico, hijo de Claudio, tenía entonces sólo catorce años. Nerón entonces actuó por su propia cuenta y le sirvió a Británico una copa de vino envenenado. Británico la tomó y cayó muerto sobre la mesa del emperador. Y éste no fue el último asesinato cometido por Nerón.

La primera esposa de Nerón, Octavia, era hija de Claudio, una joven de veinte años de edad. Otra mujer, Popea, hechizó a Nerón. Tenía celos tanto de Octavia como de Agripina. A instancias de ella, Nerón asesinó a Agripina y se divorció de Octavia, quien fue raptada y luego muerta.

Séneca le dijo a Nerón: “Tienes el poder de hacer muchas cosas. Sabes mucho. Puedes incluso matar a quienes piensas tendrán alguna participación en el orden de las cosas una vez que caiga Roma; pero hay algo que está más allá de tu poder: quién vendrá después de que tú te hayas ido.

Nuevamente, a instancias de Popea, en el año 65 dC, Séneca acató la orden de suicidarse, y en ese mismo año Nerón mató a Popea en un arranque de ira. A raíz de la muerte de Agripina, Nerón se libró de su injerencia y autoridad, y comenzó a descuidar los asuntos del imperio y a regodearse en placeres de su elección: cantar y tocar la lira, actuar en el escenario y conducir carros de cuatro caballos.

En el año 64 dC, casi toda Roma fue destruida por el fuego; alimentado éste por personas que lanzaban objetos en llamas, gritando que alguien les había dado autorización de hacerlo. Nerón actuó, mientras la ciudad ardía,

cantando “La caída de Troya”. Los rumores de que Nerón había ordenado el incendio para su propio deleite se propagaron y, aunque dio refugio y alimento a los que se quedaron sin casa, estos rumores comenzaron a extenderse más y más. El resentimiento público originó tramas en su contra. Fue ante el Senado y mostró a los senadores las confesiones de los conspiradores, y, aunque lo odiaban, los senadores se inclinaban frente a su autoridad, daban ofrendas de agradecimiento a los dioses por haber salvado a Nerón e hicieron planes de construir un templo al “Divino Nerón”. Todos aquellos que no adoraban al emperador eran condenados y castigados con crueles torturas y la muerte.

Al final, el Senado declaró a Nerón enemigo del estado y dictó su sentencia de muerte. Los guardias del palacio renunciaron a su cargo y Nerón huyó a la casa de campo de un amigo, cerca de Nápoles, mas se enviaron tropas en su busca. Mientras los hombres a caballo se acercaban a su guarida, se quitó la vida diciendo: “¡El mundo está perdiendo un gran artista!”

## SAN PEDRO Y SAN PABLO

Cristo fue crucificado en Judea, una provincia lejos de Roma, durante el reinado de César Tiberio. Cristo dedicó su vida a predicar que todo ser humano podía llevar a su interior el reino de Dios. El monte de los olivos en Jerusalén era el lugar en que los criminales eran crucificados. Su nombre era Gólgota, que significa ‘el lugar de la calavera’. Cristo fue crucificado en este lugar, un suceso que marcó el advenimiento de una nueva época.

Con el paso del tiempo, la humanidad había incrementado su interés por la vida en este mundo, mientras que su devoción hacia ámbitos celestiales se había ido debilitando. Ahora, en un momento en que el poder romano había tomado posesión de casi todo el mundo conocido, poco creía en cualquier otro mundo, en cualquier ser divino y sin duda poco podría creer que un ser humano había encarnado al Dios más real. Después del suceso del Gólgota, algunas personas se rehusaron a guardar culto al emperador romano.

En el cuarto año del reino de César Claudio, un hombre llamado Pedro vino a Roma. A lo largo y ancho del mundo romano, muchas personas anhelaban alguna certeza sobre la vida después de la muerte. Este Pedro habló del Hombre que había muerto y que se había levantado del sepulcro. Entre los que escucharon a Pedro, hubo quienes le creyeron y, de ahí en adelante, dejaron de adorar a sus antiguos dioses; se rehusaron a adorar al emperador.

La leyenda nos cuenta que Pedro (que también era conocido como Simón) vino a Roma debido a otro Simón, un hechicero que se decía ser un dios. Estando ambos en Jerusalén, se encontraron y Simón el mago le dijo a Pedro: “Soy la Palabra de Dios. Soy el Espíritu Santo. Soy Dios en todo y cabalmente. Pronto te arrodillarás frente a mí y me adorarás, puesto que yo soy el poder superior. Puedo volar por los aires, crear nuevos árboles, convertir piedras en panes, caminar a través del fuego sin sufrir daño”.

Cuando Pedro expuso a Simón el mago como un farsante, Simón se fue a Roma y Pedro lo siguió. Ahí, Simón encontró que Nerón era el dios y que nadie más podía tomar su lugar, así que Simón se dedicó a servir a Nerón de múltiples maneras, y esto lo conegó con Nerón.

Sea cierta o no la leyenda, Pedro vino a Roma cuando cierto tiempo antiguo estaba a punto de terminar. Se quedó en Roma durante 25 años, hasta el día de su muerte. Hablaba con todo aquel que quisiera escuchar y guió a todos aquellos que creían en lo que él les decía. En el Nuevo Testamento (2 Pedro 1) podemos leer palabras (similares a las que seguramente él repitió muchas veces) escritas en una carta que escribió a algunos de los primeros cristianos:

16 Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad.

17 Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia.

18 Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo.

A estos primeros cristianos también les escribió:

“Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey”.

“Someteos, por causa del Señor, a toda institución humana, ya sea al rey, como autoridad, o a los gobernadores”.

“Siervos, estén sujetos con todo respeto a sus amos; no solamente a los que son buenos y comprensivos, sino también a los severos. Porque esto

halla gracia, si por causa de la conciencia ante Dios, alguno sobrelleva penalidades sufriendo injustamente. Porque ¿qué gloria es, si pecando vosotros sois abofeteados y lo sufrís? Pero si haciendo bien sois afligidos y lo sufrís, esto ciertamente halla gracia con Dios”.

“Pues Cristo también sufrió sin haber cometido pecado”.

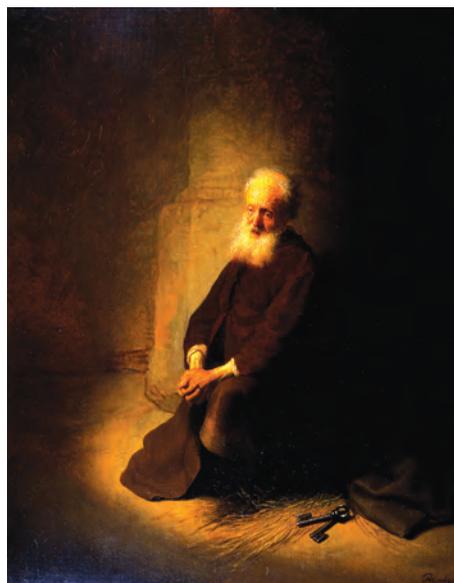
“Pues es mejor padecer por hacer el bien, si así es la voluntad de Dios, que por hacer el mal”.

“Porque Cristo, el justo, sufrió por los injustos, para llevarnos a Dios”.

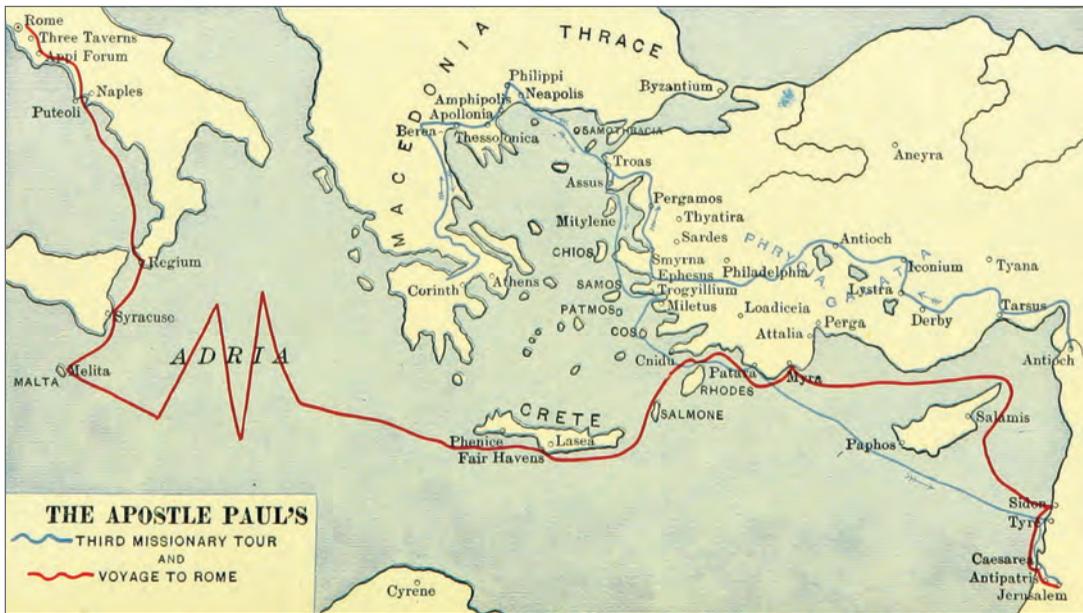
Otro hombre que vino a Roma fue el tendero judío llamado Saulo de Tarso. Había estudiado las Leyes de Moisés y creía en ellas con todo su corazón. En Palestina había ayudado a los jefes sacerdotales a perseguir y expulsar a los seguidores de Cristo. Una vez, camino a Damasco para arrestar cristianos y llevarlos a juicio, súbitamente, se vio rodeado por un resplandor de luz proveniente del cielo, y, cayendo en la tierra, escuchó una voz que decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues”.



*El apóstol Pablo*, atribuido a Rembrandt (1606–1669), Galería Nacional de Arte, Washington, DC, circa 1657



*San Pedro en prisión (El apóstol Pedro arrodillado)*, Rembrandt (1606–1669), Museo de Israel, 1631



Cuando Saulo se levantó, sus ojos estaban abiertos pero no podía ver nada, y aquellos que iban con él tuvieron que llevarlo de la mano hasta Damasco. Siguió ciego durante tres días y no comió ni bebió nada. En adelante, Saulo tomó el nombre de Pablo, que significa ‘pequeño’, por su enorme humildad. Y fue hacia los cristianos, no para arrestarlos, sino para unírseles.

Pablo viajó por el mundo mediterráneo. Se ganaba la vida haciendo tiendas y, después de su día de trabajo, se unía a grupos de personas para predicar que la profecía de Isaías se había cumplido, que Cristo, el Hijo de Dios, había venido, había pasado por la muerte y seguía viviendo.

Después de pasar un tiempo en Atenas, Corintio y Éfeso, Pablo fue a Macedonia y después regresó a Jerusalén. Ahí, los judíos, enojados por su presencia, lo lanzaron de un templo. Estaban a punto de matarlo, cuando el capitán en jefe de la milicia romana lo salvó, lo encadenó y lo llevó al palacio del gobernador romano. Ahí fue sentenciado a azotes por causar disturbios: toda Jerusalén estaba conmocionada. Mientras lo amarraban con correas para ser flagelado, le dijo al centurión: “¿Es lícito, para ti, azotar a un hombre que es romano y que no ha sido condenado?” Cuando los judíos presentaron sus cargos contra él, Pablo pidió, como ciudadano romano, le fuera permitido apelar al César. Así fue como Pablo llegó a Roma, como prisionero que comparecería ante Nerón.

Todo esto sucedió 25 años después del suceso del Gólgota; Nerón llevaba dos años en el poder. Cuando Nerón escuchó que los judíos estaban en disputa con Pablo en torno a uno de Galilea llamado Jesús, de quien unos decían que estaba muerto y el otro decía que estaba vivo, Nerón prestó poca atención y permitió que Pablo anduviera en Roma a su antojo. Pablo se unió a Pedro.

Para las personas que escuchaban a Pedro y a Pablo, y que querían entender sus palabras, las enseñanzas de Cristo eran más reales que nunca. Cristo había dicho: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”. Cuando la vida traía sufrimiento, estas palabras cobraban significado. Era posible sobrellevar el sufrimiento con paz mental, incluso con felicidad.

Entre los primeros cristianos había gente que había nacido para sufrir: los esclavos. Un romano rico tenía cientos de esclavos: hombres y mujeres (o sus ancestros) que habían sido botín de las guerras fronterizas. Ni siquiera eran considerados seres humanos; eran tratados como ganado. Los esclavos no podían formar familias, no podían casarse; sólo la gente libre podía hacer eso. Los niños eran separados de sus padres. Si los esclavos se rebelaban, eran sometidos mediante azotes.

Los oficiales romanos descubrieron una sociedad secreta entre los esclavos; los miembros de esta sociedad secreta usaban un signo misterioso: un pescado, que, trazado en la arena o en un muro, era el indicio de que se trataba de cristianos y así los extraños se convertían en amigos. Cada séptimo día, el Sabbat, grupos enteros de esclavos desaparecían y se reunían en algún lugar oscuro de Roma para escuchar las palabras de Pedro o Pablo, para orar y guardar culto a Dios. Las tundas que les daban no los disuadían de reunirse, y aunque continuaban trabajando con lealtad para sus amos, siguieron reuniéndose los Sabbat y regresaban, cada vez, sabiendo que el látigo los esperaba. Pronto se unieron otros a esta sociedad secreta: soldados, artesanos y gente pobre y desposeída.

El primer gran sufrimiento para los cristianos ocurrió después del incendio de Roma, cuando Nerón los culpó de la conflagración. De ahí en adelante, los cristianos se hicieron más notorios y salió a la luz que no sólo se rehusaban a sacrificarse por el emperador como si éste fuera un dios, sino que no participaban de ningún festejo en honor de los viejos dioses; no harían ladrillos para un templo pagano y trataban de detener la crueldad de

los gladiadores en sus batallas públicas. Abiertamente profetizaban la caída de Roma y que una nueva época surgiría. Pronto se decidió que los cristianos eran criminales en contra del estado y como castigo a sus crímenes, fueron buscados y se les dio muerte.

Los castigos para ellos fueron muchos y muy crueles. Eran puestos en las arenas, indefensos y desarmados, frente a leones y tigres que eran liberados para ir contra ellos. Conforme la muerte se acercaba, oraban y miles de romanos disfrutaban del espectáculo. Otros eran azotados a muerte con látigos con puntas de plomo. Otros eran metidos en baúles lastrados con plomo y arrojados al mar. Otros eran atados a estacas y les arrancaban la carne con ganchos de hierro. Frente a estas torturas, cuando se les daba la opción de salvarse si regresaban a adorar al emperador, contestaban: “Mientras haya aliento en mi nariz, no negaré a mi Dios”.

Séneca fue uno de los que estaban profundamente impresionados por estos mártires. Sus palabras decían lo siguiente: Estos hombres no sólo encaran la muerte con valentía, sino que incluso sonríen como con el corazón contento y muestran buena voluntad hacia aquellos que tienen poder sobre ellos.

Mucha gente que atestiguó la brutalidad infligida sobre los cristianos sentían en sí mismos un nuevo y extraño valor que los hacía buscar a Pedro y a Pablo y ser bautizados. Tanto las reuniones como los lugares de reunión tenían que mantenerse más en secreto. En las afueras de Roma y bajo tierra había cementerios de un pueblo antiguo. Las cavernas en que los muertos habían sido enterrados estaban conectadas por pasadizos. En estas catacumbas, la gente se reunía para escuchar la historia de Cristo y después salía para regresar con más gente que escuchara. Incluso romanos de las clases altas estaban uniéndose a los cristianos. Cuando Nerón escuchó que algunos de sus oficiales de mayor confianza se había unido a esa gente, ordenó matar a Pedro y a Pablo.

A Pedro sus amigos trataron de persuadirlo de que huyera, pero se cuenta que al ir saliendo de la ciudad, una figura de luz se le apareció y le dijo: “Si abandonas Roma, iré allá para ser crucificado por segunda vez”. Entonces, Pedro regresó a Roma y fue inmediatamente aprehendido y crucificado. Al mismo tiempo, Pablo fue llevado a otro lugar donde fue decapitado, puesto que era ciudadano romano.

## LOS SUCESORES DE NERÓN

Los emperadores que sucedieron a Nerón fueron, en su conjunto, hombres de carácter que trabajaron mucho para servir al Imperio y a los ciudadanos romanos en todas las regiones. Es interesante que, entre los ocho emperadores que gobernaron después de Nerón, ninguno fue un verdadero romano, a excepción de un viejo senador, Nerva, quien gobernó sólo dos años. Vespasiano y sus dos hijos, Tito y Domiciano, eran italianos; Trajano y Adriano eran españoles; Antonino Pío y Marco Aurelio era galos. Los periodos de gobierno de todos ellos abarcan de 68 a 180 dC.

VESPASIANO gobernó durante diez años. Derribó el palacio de Nerón y construyó el Coliseo en los terrenos del palacio derribado. Vespasiano venía de una familia pobre. Vivía de manera sencilla y puso en marcha medidas de ahorrar dinero por parte del Estado. Gobernó de 68 a 79 dC.

TITO fue emperador durante tres años, de 79 a 81 dC, y recibió el mote de “Amor y delicia del género humano” porque se esforzaba por ganarse el afecto de sus súbditos. De hecho, como general, había sido temido por su crueldad. Destruyó Jerusalén y trajo a Roma las vasijas de oro del Templo [de Salomón]. Los judíos fueron expulsados de su ciudad sagrada y obligados a dispersarse. Hubo tres calamidades durante el régimen de Tito: otro incendio en Roma, una plaga y la erupción del Vesubio. Tito murió de fiebres.

DOMICIANO reinó durante quince años (81–96 dC). Construyó nuevos y espléndidos edificios, aumentó el salario de los soldados con dinero que tomó de los ricos, quienes dejaron de sentir simpatía por él a causa de esto. Durante su periodo se renovó la persecución de cristianos. Domiciano conquistó amplios territorios de Bretaña, hasta llegar a Escocia, al norte. Fue asesinado y no dejó descendencia.



*El Coliseo, Lawrence Alma-Tadema (1836–1912), colección privada, 1896*



Estatua de bronce del emperador *Nerva* (96–98 dC), Foro de Nerva, Roma



Estatua de *Traiano*, Londres



*El emperador Adriano*, anónimo, Museo de Altes, Berlín

El viejo senador NERVA, amable y gentil, se hizo destacar porque eligió a Trajano para sucederlo. TRAJANO fue el primer provinciano en llegar a ser emperador. Gobernó durante 19 años, y en su periodo el Imperio Romano alcanzó su máxima extensión, pues pasó a incluir: Armenia, Asiria, Mesopotamia y Media. Después de estas conquistas, ya no hubo más.

ADRIANO, pariente de Trajano, ya no conquistó más territorios durante los 21 años que duró su reinado (117–138 dC). Su objetivo era gobernar bien y civilizar a los pueblos que formaban parte del Imperio. Sus ejércitos estaban estacionados a lo largo de las lindes del Imperio solo para defenderlo. Adriano visitó cada rincón del Imperio y estableció las mismas leyes en todas partes. Construyó un templo a Zeus en Atenas, el muro romano al norte de Inglaterra, un panteón para los dioses en Roma y su propia tumba en la ribera del Tíber. Señaló a Antonino Pío como el próximo emperador.



Una porción del muro de Adriano, Milecastle, Inglaterra



*Busto de Antonino Pío, artista desconocido, Museo Británico, ca. 140 dC*

ANTONINO era amable y amante de la paz, de ahí su segundo nombre: Pío. La paz y la armonía rigieron durante los 23 años de su gobierno. Fue el primero en insistir en la ley que establece que todo mundo es inocente hasta que se le demuestre ser culpable. Su sobrino Marco Aurelio le sucedió en el poder y fue emperador durante 19 años.

## MARCO AURELIO

Marco Aurelio era fiel devoto de Antonino Pío y quería imitarlo en su personalidad, de todas las formas posibles, pero, como emperador, no era posible debido a que su reinado estuvo lleno de guerras y otras calamidades. Él no tenía una naturaleza bélica. Era un rey filósofo y hubiera sido el más feliz de haber podido llevar una vida tranquila, de estudio y reflexión; pero aceptó su destino de gobernar, montado en un caballo, al mando de su ejército, en medio del tumulto y la excitación. Dondequiera que estuviera, se la pasaba pensando, planeando y trabajando por el bien del Imperio. Su mayor don para el mundo era su carácter, que llegó a ser conocido en un pequeño volumen de pensamientos o “Meditaciones”, que escribió en sus momentos libres. Una de esas meditaciones es: “El dueño interior, cuando está de acuerdo con la naturaleza, adopta, respecto a los acontecimientos, una actitud tal que siempre, y con facilidad, puede adaptarse a las posibilidades que se le dan”.

Invasiones y ataques por los partos, germanos y bretones fueron repelidos y los atacantes derrotados, pero los soldados que regresaban a Roma trajeron



*Estatua de bronce de Marco Aurelio, Musei Capitolini, Roma*

una plaga. Las guerras y la plaga acabaron con el dinero de las arcas, de modo que el emperador vendió su propio tesoro para levantar fondos: vasijas de oro, vasos de cristal, prendas bordadas con hilo de oro, propiedad de la emperatriz, las joyas de la corona. Veía a los cristianos como enemigos del imperio porque adoraban a un Dios que nada tenía que ver con el Imperio y era despiadado cuando se trataba de reprimirlos y perseguirlos. Sin embargo, era bueno con los pobres y redujo cuanto pudo la brutalidad de los espectáculos públicos de gladiadores.

Marco Aurelio tenía casi sesenta años de edad cuando murió en 180 dC. Había sido muy amado, pero nadie lo lamentó el día de su muerte. Todo mundo estaba seguro de que había sido enviado por los dioses y ahora regresaba a ellos. Así partió el último gran emperador. Su hijo, Cómodo, era débil e indigno, un hombre como Nerón, y fue asesinado.

## LOS EMPERADORES SOLDADOS

Durante los cien años que siguieron la muerte de Marco Aurelio, la guardia pretoriana eligió a 29 emperadores diferentes. Todos, menos cuatro, fueron asesinados por rivales. Cómodo fue asesinado, Pertinax fue asesinado. La guardia pretoriana vendió el cargo de emperador en subasta al mejor postor. Juliano, un antiguo cónsul, lo compró pero gobernó sólo dos meses.

SEPTIMIO SEVERO, un general africano al frente de las legiones apostadas a lo largo del Danubio, vino a Roma, depuso a Juliano y pasó a ser emperador. Gobernó sin el Senado. Su hijo, CARACALLA, tomó después su lugar. Caracalla dio la ciudadanía romana a todos los hombres libres en el Imperio, pero era cruel, por lo que fue asesinado.



*Septimio Severo y Caracalla*, Jean-Baptiste Greuze (1725–1805), Louvre

Tras la muerte de Caracalla, Roma tuvo un nuevo gobernante casi cada año y durante los siguientes cincuenta años hubo guerra civil constantemente en torno a la sucesión en el trono. Ni la vida ni la propiedad eran ya seguras, el ejército era débil y las tribus germanas al norte comenzaron a avanzar hacia el sur en busca de tierras y alimento. Y así asaltaron Galia y España y quemaron las ciudades romanas.

En 284 dC, DIOCLECIANO, comandante de la guardia pretoriana, fue electo Emperador. Actuó como rey persa: usaba una corona de oro, prendas de oro y pedía a la gente que se postrara frente a él. Retomó la práctica de guardarle culto al emperador y reavivó las persecuciones de los cristianos, y fueron peor que nunca. Abolió el Senado y gobernó, él solo, el Imperio. Dividió las cientos de provincias que lo conformaban en cuatro grandes grupos: Galia, Italia, Ilírico (Grecia) y el Oriente, cada una llevada por una prefectura, encabezada por un Prefecto, que le respondía directamente al emperador. Después Diocleciano dividió esto en dos partes: Oriente y Occidente; él gobernaría el Oriente y Maximiano el Occidente. Ambos tomaron el título de Augusto, pero Diocleciano era quien verdaderamente tenía el poder. Dos césares fueron designados para apoyar a los dos emperadores.



Ilustración que representa el palacio del emperador Diocleciano, Ernest Hebrard, 1912

En 305 dC, Diocleciano abdicó y forzó a Maximino a hacer lo mismo. Los césares pasaron a ser emperadores y se designaron nuevos césares. Uno de los nuevos emperadores fue CONSTANCIO. Murió un año después y el ejército en Bretaña llevó a su hijo, Constantino, a ser emperador del Occidente.

## CONSTANTINO EL GRANDE

Constantino tuvo que derrotar a un rival que había sido nombrado Emperador por el ejército en Italia. Nuevamente: ¡guerra civil!

La madre de Constantino, Helena, era cristiana que se había unido a una peregrinación a Tierra Santa y traído de regreso un trozo de leño de la Cruz. Constantino no era cristiano, pero se cuenta que, cuando se aproximaba a Roma con su ejército para expulsar a su rival, vio en el cielo una enorme cruz en llamas bajo la cual pudo leer las palabras “In hoc signo vinces” (Bajo este signo vencerás). Tomó esto como una señal de que el Dios de los cristianos lo ayudaría en la batalla y ordenó que la Cruz fuera puesta



*Aparición de la Cruz de Constantino*, Jacopo Vignali, siglo XII, Florencia

como símbolo en los escudos de todos sus soldados. Ganó la batalla y se convirtió en único gobernante del Imperio. En 313 dC, publicó un edicto, el edicto de Milán, en el que daba la libertad y la seguridad a los cristianos. Después escogió una ciudad oriental como su capital, Bizancio, en las costas del mar Negro. Cambió el nombre de Bizancio a Constantinopla. Sintió que Roma era ya un anciano cercano a la muerte, y que la grandeza de su espíritu podría recuperar la vida en un nuevo lugar.

Se dice que el Paladio de Atenea, una imagen de la diosa, cayó del cielo en la antigua Troya. Se dice que el pueblo que la poseyó y la preservó tendría garantizado ser el líder del mundo. En tiempos antiguos, la imagen había sido traída a Roma y enterrada en un lugar secreto. Constantino tomó el Paladio a Constantinopla para que fuera enterrado en la nueva tierra. También se le aconsejó hacerse de pedazos de la Cruz en la que Cristo murió, y atesorarlos. Incorporó estos pedazos a la manufactura de un pedestal de la imagen del dios Apolo, y transformó los clavos de la Cruz en los rayos de una corona para la

cabeza de Apolo. Esta estatua y su pedestal se pusieron entonces sobre el lugar de enterramiento del Paladio. En el pedestal se escribió: “Aquello que está activo aquí, perdurará todos los tiempos, como el sol, y llevará consigo toda la fuerza de su fundador, Constantino, a la eternidad”.

Bizancio, o Constantinopla, fue dedicada a la Madre de Cristo en 330 dC y desde ese momento no se permitió en ella ninguna religión pagana. Constantino mismo creía ser el iniciador de una nueva era. Fue bautizado como cristiano en su lecho de muerte, en 337 dC.

## LA DECADENCIA DE ROMA

El objetivo de Constantino de mover la capital del Imperio Romano a Bizancio era renovar la grandeza del espíritu de Roma, mas la Roma de sus días estaba enferma y moribunda. Él era un gobernante déspota, aunque más humano que otros, y los impulsos democráticos, que por cientos de años habían guiado a los ciudadanos romanos, habían sido dejados atrás por la antigua actitud oriental de depender de quien estaba en la cima de la pirámide: el emperador.

Los ciudadanos ya no podían tomar parte de las decisiones del estado. Los nuevos líderes provenían sólo del ejército, no como hombres libres de intereses, sino como hombres que buscaban el poder para sí mismos.

Tan altos eran los impuestos demandados por el gobierno que los granjeros independientes no podían sobrevivir de sus granjas. Los hombres ricos se hacían de grandes extensiones de tierra, y los ahora jornaleros tenían que trabajar la tierra para los terratenientes. Aunque estos trabajadores no eran esclavos, por ley estaban unidos a la tierra que trabajaban y pasaban con ella de propietario a propietario cuando éste cambiaba. Perteneían a la tierra que había sido propiedad de sus abuelos y que ahora pertenecía a los hombres ricos que la habían adquirido. A estos trabajadores y sus descendientes se les llamaba ‘colonos’. Roma no se había hecho de nuevas tierras, ni de esclavos nuevos como botín de guerra. Sin embargo, los colonos eran no libres como si fueran esclavos, sin esperanza de mejorar ellos ni sus hijos.

Mucha gente de campo, sin ganas de convertirse en colonos, dejó el campo y se fue a la ciudad buscando alivio. Grandes extensiones de tierra, llena de hierba y sin trabajar, eran ahora un paisaje común. No se cultivaba suficiente

comida para alimentar adecuadamente al mundo romano. Los precios en la ciudad eran tan altos, que el gobierno tenía que distribuir gratuitamente grano, vino y carne entre mucha gente pobre haciendo largas filas en la ciudad. El tiempo que debía ser dedicado al trabajo era destinado por las multitudes vociferantes a carreras de carros, juegos sangrientos y espectáculos; mas no había trabajo para ellos en las ciudades porque no había dinero con qué pagarles. Las minas de oro y plata del Imperio se habían agotado. Aquellos que todavía eran ricos tenían que proveer de fondos al gobierno. Si un hombre rico se convertía en funcionario del gobierno, tenía que asumir una carga financiera, de modo que menos y menos hombres buscaban estos honores; muchos de los ricos evitaban responsabilidad. Cuando el dinero llegó a ser tan escaso que ya no hubo transacciones comerciales, el gobierno tuvo que gravar con grano a la gente y pagar a los soldados con grano.

Estos soldados ya no eran de origen romano, sino de otras tierras. Hombres rudos y bárbaros habían pasado a ser el poder más alto en el estado. Las provincias se sentían iguales a Roma. Estos soldados bárbaros habían peleado durante mucho tiempo por el derecho de nombrar a los emperadores: 80 emperadores en 90 años durante la época de los ‘emperadores soldados’. Por su causa, los ciudadanos perdieron la libertad.

La voluntad del emperador era la ley. Sus decretos, publicados en todo el Imperio, comunicaban a los ciudadanos cuánto podían ganar como salario, cuánto debían pagar por impuestos, qué tipo de trabajo debían hacer. Ningún hombre debía cambiar de oficio. Si era carnicero, tejedor, herrero o lo que fuera, debía permanecer como tal para abastecer a la población. En algunos lugares, el estado forzaba al hijo a seguir la ocupación del padre. Así, resultaba que todo hombre no tenía más alternativa que matarse trabajando por el estado y no era libre de seguir sus propios intereses.

## NUEVOS LÍDERES CRISTIANOS

En un ámbito no relacionado con el estado romano, sí era posible que aparecieran hombres con cualidades de liderazgo. Después del edicto de Constantino, que protegía a los cristianos, más y más iglesias se establecieron, pues más y más gente se convertía al cristianismo. Los hombres que tenían capacidades de liderazgo encontraban, en las iglesias, aliento y oportunidades de ser independientes. Estos líderes cristianos ganaron influencia en el mundo

en la misma proporción en que los líderes del estado la perdieron. En toda gran ciudad, el jefe sacerdotal que pasó a ser responsable de todas las iglesias de la ciudad era llamado obispo. Él podía llegar a ser arzobispo cuando se le otorgaba autoridad sobre los obispos de ciudades circunvecinas. Debajo de los obispos estaban los sacerdotes y los diáconos, que no predicaban, pero sí ayudaban a los sacerdotes con la administración de las iglesias.

Los obispos fueron los sucesores de los apóstoles. San Pedro fue el primer obispo de Roma y hubo subsecuentes obispos de Roma, jefes sacerdotales de todas las iglesias. Cuando el emperador movió su corte a Constantinopla, el hombre más importante que se quedó en Roma fue el obispo de Roma. En 445 dC, se decretó que el obispo de Roma era el máximo gobernante de la iglesia cristiana.

El ideal ahora era unir al mundo en un gran reino espiritual, del que Roma sería el centro terrenal y Cristo sería rey de dicho reino, para siempre.

## JULIANO EL APÓSTATA

Un hombre se levantó en contra del desarrollo del cristianismo. No persiguió cristianos ni abolió sus iglesias, pero intentó renovar algo que había sido grande en el pasado, pero que había sido casi olvidado por la gente en el occidente y de lo que nunca se habían enterado los bárbaros en Galia, Bretaña, Germania y otros lados.

Si miramos hacia atrás en la historia, hacia los antiguos Grecia, Egipto, Persia e India, recordaremos que, en el pasado más distante, los seres humanos eran guiados por hombres que recibían su sabiduría en las escuelas de misterios, mediante una iniciación. La sabiduría de los reyes sacerdotes de Egipto o de los filósofos de Grecia contenía conocimiento sobre la creación del mundo y del espíritu humano. Era esta sabiduría sobre los misterios de la vida la que Juliano quería reestablecer entre la gente en la Tierra, manteniendo vivo el pasado. Nunca estuvo seguro de que Cristo continuaría este espíritu de tiempos antiguos.

Pasó a ser llamado Juliano el apóstata. Un apóstata es alguien que abandona la religión y apóstata es el nombre que los cristianos le dieron por haber abandonado el cristianismo.

Juliano era sobrino del emperador Constantino. Antes de que Juliano naciera, aquellos que actuaban como oráculos en los templos (los oráculos sibilinos) profetizaron que nacería un niño que se opondría a Constantino. Los seguidores del Emperador planearon asesinar a este niño en cuanto naciera, pero sus planes no tuvieron éxito. El niño nació y vivió y las personas que habían tramado matarlo se consolaron diciendo: “Cualquier intento de hacer algo contra Constantino será fácil de detener y se disolverá puesto que estamos advertidos”. Sin embargo, no supieron durante muchos años cómo serían estos intentos.

Estando Juliano en una expedición militar en Galia, una noche, un hombre caminó dormido. Mientras el ejército avanzaba, el sonámbulo señaló a Juliano y gritó: “¡He ahí el hombre que reestablecerá los viejos dioses y traerá las viejas imágenes!”

La familia imperial a la que pertenecía Juliano hizo todo lo posible por enseñarle la cristiandad, pero él se rebeló contra eso. Cuanto más se le presionaba hacia ello, más grande era su deseo de escapar de ello. En su lugar, desarrolló un gran amor por los escritos de los griegos, empezando con Homero e incluyendo Pitágoras, Sócrates, Platón y otros. En Eleusis, cerca de Atenas, Grecia, había todavía una escuela de misterios y sabiduría antigua. Juliano fue ahí y se convirtió en un iniciado en estos misterios.



*Juliano el apóstata presidiendo una conversación de sectarios,*  
Edward Armitage (1817–1896), Galería de Arte Walker, Liverpool,  
Inglaterra, 1877

La historia siguió su curso y Juliano llegó a ser emperador después de la muerte de Constantino. Entonces hizo todo cuanto pudo para renovar estos misterios y descubrir si el cristianismo tenía un trasfondo de realidad. Escuchó que Cristo había predicho que el Templo de Jerusalén sería destruido hasta que no quedara piedra sobre piedra. Supo que la destrucción sí ocurrió durante el gobierno de Tito, pero Juliano quería probar o desmentir el poder de la profecía de Cristo, así que se propuso reconstruir el templo. Reunió una gran cantidad de trabajadores para este propósito y cuando se acercaban al lugar para comenzar la reconstrucción, se dice que salieron a su encuentro largas lenguas de fuego y tuvieron que retirarse. El templo nunca fue reconstruido.

Entonces Juliano decidió satisfacer su propósito yendo a Persia y buscando los misterios persas. Esto coincidió con una campaña militar en contra del reino persa que estaba, como siempre, causando problemas para el Imperio. De nuevo, falló en su intento y fue muerto en batalla contra los persas.

Juliano fue el último emperador en oponerse al cristianismo; la iglesia cristiana tenía ahora el camino libre para llegar a ser la potencia más fuerte en el mundo romano.

Tu Roma murió muchas muertes. Su potencia nativa,  
Por enfermedades lentas como las conocidas por naciones  
Que han perdido la libertad, se convirtió en espectáculo  
Y esplendor para esclavos. Después vino la hora de la  
Muerte externa, como cuando una flor marchita  
Cae en una tempestad. Sobre ella yacen derrotadas  
Las bárbaras legiones en flujo que no desiste,  
Lluvia sobre mares de muerte en templo, calle y torre.

– Rev. Theodore C. Williams

# Los Bárbaros

Si viéramos un mapa de Europa trazado en la época de Constantino, no veríamos países particulares con fronteras marcadas, sino pastizales continuos al norte del Mar Negro, montañas al norte de Grecia e Italia y bosques al norte de los Alpes. Estas tierras estaban habitadas por gente que vivía en tribus; cada tribu estaba conformada por unas cien familias, que se movían de un lugar a otro en busca de forraje para sus rebaños. No construían casas, sino que tenían viviendas ligeras y pequeñas que podían mover fácilmente. No tenían ningún interés en trabajar la tierra ni en criar animales. Esta gente eran los los godos o germanos.

En apariencia, los godos tenían grandes cuerpos, feroces ojos azules, cabello rojizo y largo, a veces amarrado en un chongo arriba de la cabeza, y largas barbas. Usaban pantalones entallados y abrigos que se sujetaban con broches a la altura de la garganta.

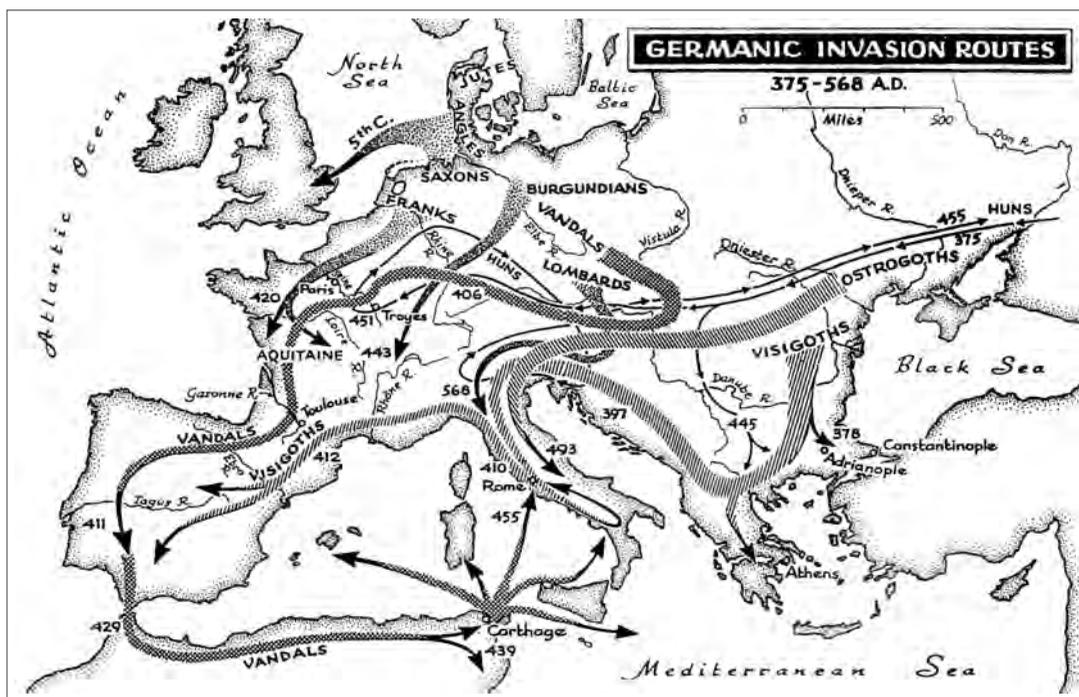
Estaban acostumbrados al frío y al hambre, pero no al calor ni a la sed. Eran muy hábiles y fuertes para pelear, pero mostraban poca voluntad para el trabajo. Su riqueza eran sus rebaños de vacas, caballos, ovejas, cabras y cerdos. Estos animales eran dinero, mientras el oro era valorado como joyería. Comían fruta, animales que ellos cazaban y grano cultivado por sus esclavos y las mujeres. Bebían agüamiel hecho de grano fermentado y leche ágría. Les gustaba jugar apuestas con los dados. Cuando había paz, los guerreros eran flojos y haraġanes, dormían, comían y cazaban, mientras las mujeres hacían tareas domésticas y labores del campo. Cuando un joven se hacía hombre, la tribu le daba una lanza y un escudo en presencia de la tribu entera. Era un deshonor perder las armas. Los guerreros se reunían en consejo o *Thing*. Si aprobaban una propuesta, chocaban armas. El líder de una tribu era llamado rey. A los guerreros no se les permitía ser más valientes que el rey. No practicaban el comercio, sino que saqueaban para obtener sus satisfactores materiales. Deambulaban aquí y allá en busca de botines, seguidos de sus esposas y familias que viajaban en pesados vagones. Sus grupos luchadores reunían cien hombres de cada aldea. Si se juntaban 50 aldeas para formar una sola banda, hacían un ejército de 500, pero en batallones de cien personas. Cada hombre conocía muy bien a los otros de su unidad, y esto hacía que cada uno peleara con determinación.

Los romanos se habían hecho suaves y amantes del confort, no podían haber repelido a los invasores; tiempo atrás, los emperadores habían permitido a los germanos traspasar fronteras para asentarse y ser contratados como soldados a sueldo en el ejército romano. Desde entonces, Roma estaba siendo defendida de los bárbaros por bárbaros.

Entre las tribus que invadieron tierras romanas estaban los francos, provenientes de las orillas del Rin; los alemanes de las riberas del Danubio; los anglos, los sajones y los vándalos de alrededor de los mares Báltico y del Norte, y los godos, Visi y Ostro (que significan Oeste y Este) de la región del mar Negro.

Cuando estos tempranos invasores se asentaron y mezclaron con la gente civilizada del Imperio, se hicieron de cargos y oficios, se desposaron con romanos de cuna de bronce, se educaron y se convirtieron al cristianismo. El obispo godo Ulfilas tradujo el Nuevo Testamento al godo; era la primera vez que se desarrollaba una escritura gótica y se hizo a partir de los alfabetos griego y latino. Este fue el ejemplo más temprano de la lengua germánica.

La mayor invasión (375 dC) fue la de los godos en el Imperio del Oriente durante el reinado de Valente, emperador del Oriente. Los godos habían huido atemorizados de las hordas de jinetes, llamados Hunos, que les salieron al paso



desde el norte y el oriente esparciendo terror, puesto que por dondequiera que pasaban los Hunos, dejaban todo en ruinas sólo por el placer de destruir y por la avaricia del oro y la plata, que atesoraban pero no usaban. Atila, su gran jefe, alardeaba con que por donde pasara su caballo, el pasto no volvía a crecer.

Los Hunos no eran de ojo azul y piel blanca, sino de ojos negros y piel amarilla, tenían cuerpos achaparrados, eran patizambos (de tanto montar a caballo), tenían narices chatas, grandes orejas y cabello hirsuto. Habituaban ser sucios y feroces. No se sabía de dónde venían, pero cuenta la leyenda que nacieron en un desierto de brujas y demonios.

Los visigodos se les adelantaron en la entrada en territorio romano con el fin de pedir asilo. Valente, que sucedió a Juliano como emperador del oriente, les dio refugio con la condición de que depusieran las armas, y así lo hicieron. Una vez desarmados, los funcionarios romanos se aprovecharon de ellos y les vendían alimentos a precios altísimos. Gradualmente, los migrados se fueron quedando sin dinero y comenzaron a vender a sus esclavos, luego a sus hijos, incluso, hasta que se quedaron sin nada. Comenzaron a tomar por la fuerza lo que les era negado. Formaron bandos, fabricaron armas y merodeaban por los campos, cometiendo pillaje. Valente reunió a sus tropas para someter a estos germanos, pero los germanos que llevaban tiempo asentados se les unieron a los godos.



Los dos ejércitos se confrontaron cerca de Adrianópolis. Pritigerno, el jefe godo, despachó primero mensajeros de paz y mantuvo a las fuerzas romanas esperando horas bajo el ardiente



*Atila, el azote de dios*, Ulpiano Checa (1860–1916), tomado de *Beacon Lights of History*, Volumen IV por John Lord

sol de un día de agosto, sin donde guarecerse. La sed, el hambre y la fatiga los agotó y cuando estaban así de agotados, los godos arremetieron contra ellos y los romanos huyeron. El emperador quedó solo, abandonado hasta por sus guardias y, herido, tuvo que esconderse en la casa de un campesino. El enemigo, que rodeó la humilde casa, le prendió fuego. Valente fue quemado vivo.

Los godos marcharon triunfalmente a Constantinopla y fueron derrotados ahí por caballería sarracena (jinetes árabes). Cuando los godos se retiraron hacia el occidente, no hubo nadie que se los impidiera. Se asentaron en las vastas tierras fértiles que llegan hasta la frontera con Italia y el mar Adriático.

El siguiente emperador del oriente, Teodosio, sabía que los godos estaban ahí para quedarse. Llegó a acuerdos con ellos, aprovechó sus líderes para gobernar el oriente e incluso dio a su sobrina en matrimonio a uno de los germanos, un vándalo llamado Stilicho, mejor conocido como Estilicón.

Este fue solo el inicio de una migración aún mayor de bárbaros hacia el mundo civilizado. Lo que trajeron con ellos, en contraste con es estilo de vida romano, era una fiera cualidad de individualidad, más que un amor por el Estado. El imperio de occidente fue lentamente absorbido por los bárbaros y partido en reinos germanos, bajo líderes militares germanos.



## TEODOSIO

Teodosio era cristiano. Ordenó la destrucción de los viejos templos y prohibió el culto a viejos dioses. La iglesia cristiana había ganado tanta fuerza que ahora podía dar órdenes al emperador.

Hubo una revuelta en contra de él en Antioquía, pero después de enjuiciar a los responsables y amenazarlos con castigarlos, los perdonó diciendo: “Aunque el ejercicio de la justicia es el deber más importante de un emperador, la dispensa de misericordia es el mayor placer de un soberano”.

Aun así, cuando uno de sus generales fue asesinado por gente de Tesalónica, perdió ese sentido de misericordia. En lugar de sólo castigar a los responsables por el crimen, su mente vaciló y aunque los obispos le rogaron

que perdonara otra vez, cedió a sus sentimientos de venganza y envió soldados a que castigaran a toda la ciudad. Se convocó, en nombre de Teodosio, a toda la gente a que asistiera al circo a presenciar ciertos juegos. Una vez reunida, los soldados la masacró, arremetiendo por igual contra culpables e inocentes, jóvenes y viejos. Entre 7,000 y 15,000 personas fueron asesinadas en tres horas. Teodosio conocía bien la ciudad, había pasado mucho tiempo ahí así que conocía muy bien cómo vivían las personas que había mandado a matar.

Cuando el arzobispo de Milán se enteró del horror, prohibió a Teodosio acercarse al altar de Cristo para la sagrada comunión hasta la hora de su muerte, y sólo le permitió entrar a la iglesia para orar pidiendo perdón.

A punto de morir, en 395 dC, Teodosio le confió a sus dos hijos, jóvenes todavía, al vándalo Estilicón. Estos hijos se convirtieron en emperadores: Arcadio del oriente y Honorio del occidente.

## “EL DUODÉCIMO BUITRE HA CONCLUIDO SU VUELO”

Antes de su muerte, Teodosio nombró a Alarico (I) rey de los visigodos. Alarico llevó a su pueblo a Grecia, la saquearon e hicieron prisionera a la ciudad de Atenas. Estilicón repeló a Alarico, pero Alarico llevó a los godos occidentales hacia Ilírico y fue hecho comandante por Arcadio, emperador de oriente. Cuando Honorio ejecutó a Estilicón, ya no hubo nadie que se le opusiera a Alarico, que capturó Roma en 410 dC.

Los vándalos y burgundíes cruzaron entonces el Rin y atravesaron Galia para llegar a España. Entonces se decidió que habría tres reinos germanos: los visigodos y burgundíes en Galia, y los vándalos en España, que reconocieron a Honorio como



*El saqueo de Roma por los bárbaros en 410, Joseph-Noël Sylvestre (1847-1926), óleo en lienzo, Musée Paul Valéry, 1890*

su emperador. Los vándalos navegaron después por el estrecho de Gibraltar y sitiaron la provincia romana de África.

Los anglos y los sajones invadieron Bretaña, de la que los romanos se habían retirado cuando Alarico estaba saqueando Roma. Los anglos y los sajones no reconocían la soberanía de Roma. El imperio occidental se había ido encogiendo hasta ser sólo Italia e incluso ahí Honorio estaba en manos de funcionarios y comandantes germanos.

En el este, los hunos, que habían forzado a los visigodos a cruzar de regreso el Danubio, habían formado un gran imperio, desde el mar Negro al Rin, bajo el rey Atila. Sometió al imperio del oriente y logró que le pagara tributo. En 450 dC condujo a sus huestes hacia Italia. Los godos occidentales, con otros germanos occidentales, se organizaron para apoyar al emperador del occidente y avanzaron contra Atila, que se encontraba en Chalons (en el Sena) en Galia y lo derrotaron. Atila se retiró, pero regresó dos años más tarde para invadir Italia. No llegó pues murió en el camino. Con su muerte, el imperio de los hunos se resquebrajó y nunca más volvió a ser una molestia para Europa. Ahora los vándalos se desplazaron desde Cartago hasta Sicilia, invadieron y llegaron a Roma por el sur, para capturarla.

A partir de 455 dC y durante 21 años, Roma estuvo en manos de líderes militares germanos, que entronizaban y derrocaban emperadores a su antojo. El último emperador fue Romulus Augustulus (el pequeño Augusto), un joven que llevaba los nombres del fundador de Roma y del fundador del imperio romano. Un día, llegaron unos soldados germanos, lo hicieron a un lado tranquilamente y colocaron en su lugar a Odoacer (uno de los soldados). Y así se puso fin al linaje de emperadores que fue fundada por Augusto. Odoacer envió un mensaje al emperador del oriente en el que reconocía su soberanía y después recibió permiso de gobernar el occidente bajo el título de “Patricio”.

En 493 dC, TEODORICO EL GRANDE, rey de los ostrogodos, avanzó a Italia, arrebató el trono a Odoacer, estableció un reino oriental godo en Italia y extendió su poder a Sicilia, Galia y España. No sabía leer, pero era sabio y gobernó bien. Parecía que el imperio occidental iba a resurgir bajo su mando.

En 527 dC, JUSTINIANO I se hizo emperador oriental y soñó con restaurar un imperio unificado. Pudo derrocar el reino vándalo en África, pasó por el norte a Italia y sacó a los godos del oriente y ganó poder sobre España. Después



Estatua de bronce de Teodorico el Grande, Peter Vischer el Viejo en la tumba del emperador Maximiliano, Iglesia Court, Innsbruck, Austria, 1512

intentó gobernar el imperio completo desde Constantinopla, pero Italia estaba indefensa y fue invadida otra vez por los lombardos, una nueva horda de germanos incivilizados que nunca permitiría el surgimiento de un estado poderoso. Justiniano no pudo unir el oriente con el occidente debido a una división entre la iglesia oriental (griega) y la iglesia occidental (latina). Así que ahora, dado que habían un imperio del oriente y uno del occidente, habría también una iglesia del oriente y una iglesia del occidente.

Ésta ha sido la historia de doce siglos, de 753 aC, el año en que Rómulo fundó Roma, a 476 dC, cuando Romulus Augustulus fue depuesto por los germanos. Se había augurado que cada uno de los doce buitres vistos por Rómulo representaba un siglo en la vida de la ciudad. Ahora, el duodécimo buitre ha terminado su vuelo.

# Bibliografía

- De Voragine, Jacobus. *The Golden Legend*, 1275. .
- Foster, Genevieve. *Augustus Caesar's World*. San Luis Obispo, CA: Beautiful Feet Books, 1996.
- Hamilton, Sir John y Dr. Harry Elmer Barnes, eds. *The Illustrated World History*. Nueva York: Wm. H. Wise, 1935, tercera edición, 1938.
- Isenberg, Irwin. *Caesar*. Nueva York: American Heritage Publishing Company, Inc., 1964, entre otros.
- Lang, George, trans. *The Meditations of Marcus*. The Harvard Classics, Charles W. Eliot, ed., Nueva York: P.F. Collier & Son Corp., 1937.
- MacCauley, Thomas Babington. *Lays of Ancient Rome*. Disponible en varios formatos, incluyendo libro electrónico, Gutenberg Project, o libro con pasta dura en CreateSpace.
- Mills, Dorothy. *The Book of the Ancient Romans*. Tacoma, WA: Angelico Press, 2007.
- Schuré, Édouard. *Great Initiates: A Study of the Secret History of Religion*. Publicado por primera vez en 1889. Hudson, NY: SteinerBooks, Garber Communications, Inc., 1961.
- Tappan, Eva March, ed. *Stories from the Classics: The Children's Hour*, Vol. III. Disponible en libro electrónico y en libro con pasta, Glouchestershire, UK: Dodo Press, 2009.
- Tappan, Eva March. *Roman History*. Nueva York: Houghton Mifflin Company, 1910.
- Williams, Henry Smith, et al., eds. *Historians' History of the World: A Comprehensive Narrative of the Rise and Development of Nations as Recorded by over Two Thousand of the Great Writers of All Ages*. Nueva York: Encyclopedia Britannica, 1904.
- Williams, Theodore C., traductor al inglés de *La Eneida*. Recomendamos mucho también la traducción de Robert Fagles, disponible en varios formatos, incluyendo el libro con pasta dura y libro electrónico.



Estado romano construido entre 80 y 90 dC;  
probablemente como obsequio de parte del emperador  
Domiciano, Patras, Grecia

*Vidas de Romanos* es un recuento colorido de la historia de uno de los grandes imperios de la civilización occidental con toda su mitología, organización y líderes geniales (¡y no tan grandiosos!). ¡Imagine un imperio entero en un solo libro! Perfecto para estudiantes de sexto y séptimo grado, el libro puede usarse como lector y como recurso para los maestros. Con sus años de experiencia como maestra Waldorf, Dorothy Harrer es una buena narradora y hace que Roma cobre vida con claridad y fuerza integral.



38 Main Street  
Chatham, NY 12037